

JACOB NUMO

Elena

BUENOS AIRES

173732 - Imprenta, Litografía y Encuadernación de J. Peuser

San Martín 200, esquina Cangallo

1905

Elena

ante la Prensa metropolitana.

”La literatura argentina ó mejor dicho nacional, desde hace algún tiempo ha producido muy pocas novelas de tinte local que hayan podido llamar la atención como la presente obra. El libro que acaba de aparecer, bajo el título de “Elena”, cuyo autor es el señor Jacob Numo, nos ofrece en forma novelística un inmenso material local, en el cual se encuentra entrelazada la trágica historia de un amor”.

ELENA von Jacob Numo. Erzählungen und Novellen mit lokalem Anstrich liefert uns die argentinische oder sogenannte nationale Literatur wenig. Das soeben erschienene Buch „Elena“ bringt nun in erzählender Form viel lokales Material, durch den sich die Fäden einer tragischen Liebesgeschichte ziehen.

Deutsche La Plata Zeitung.

ELENA. — Bajo el transparente pseudónimo de Jacob Numo, ha publicado el señor Juan M. Cobo, una dramática narración en forma de novela.

Elena, niña valiente y virtuosa, víctima de todos los que debieran protegerla, sucumbe en lucha emocionante contra la adversidad en momento en que debía realizar la dicha.

El autor nos inicia en tristes manejos de tutores, jueces, defensores de menores, casas religiosas de refugio, etc., etc., que ojalá sean pura exageración.

El autor intercala en su relato, para dar más animación al argumento, multitud de episodios que envuelven una crítica á nuestras autoridades administrativa y judicial.

Además de su acción novelesca, llena de interesantes peripecias, el libro está amenizado con curiosas y picantes referencias á los poderes públicos.

El País.

« « ELENA » — est-elle une histoire vraie? L'auteur a bien voulu nous documenter sur ce point, en nous communiquant le fait-divers publié, il y a ans, par un de nos grands collègues.

C'est donc malheureusement un roman vécu qui nous fait assister à toute une série de scènes, qui pour être vraies n'en sont que plus répulsives, mais éveillent un plus grand intérêt pour la jeune heroïne, marquée au sceau de la fatalité.

Mais ce que nous ne savions pas, c'est que Jacob Numo n'est autre que l'anagramme de Mr. Juan M. Cobo, le signataire de la fameuse lettre ouverte « J'ACCUSE » adressée au Ministre des Finances, au sujet de l'Administration des Impôts Internes, et intercalée dans le roman. Dans ces conditions, « Elena » prend une toute autre tournure. Le roman devient la partie secondaire : c'est le cadre doré qui sert à présenter une auto-défense, un « Pro Domo Sua » d'un homme qui se considère lésé dans ses intérêts et surtout dans son honneur et qui, comme Zola, réclame la lumière et la justice. . . . »

Le Courrier de la Plata.

I

Finalizaba el mes de Diciembre.

Era una tarde serena en que pálidos arreboles, fueron los últimos vestigios de los luminosos rayos de un Sol abrasador, que había « encendido » la tierra durante el día.

Una fresca brisa que soplaba del Sud, era el suave calmante de que gozaban las víctimas del ardiente Astro, que acababa de ocultarse bajo el horizonte.

Sucesivamente el crepúsculo vespertino fué desapareciendo y la Reina de la noche se dejó ver luego, en todo su esplendor.

Fué entónces, que pudo notarse la presencia de alguién, que caminaba trás de una jóven, siguiéndole sus pasos con marcado interés.

Quién era ella?

Elena de la Torre, que así se llamaba, tendría próximamente diez y siete años de edad. De una regular estatura y bien conformada, su rostro dejaba apreciar un cutis finísimo, de un blanco alabastrino, que hacía bello contraste con los sedosos rizos de un negro azabache, que caían airosos sobre su frente espaciosa; su mirada tranquila y un poco triste; su boca pequeña y una preciosa garganta suavemente contorneada, formaban el complemento de un busto hechicero, que ostentaba orgulloso un hermosísimo seno, donde latía un corazón virginal.

Sus seductores encantos, no pasaron desapercibidos por Carlos San Román, quien anhelaba conquistar su afecto.

Este jóven, había llegado á la feliz edad de veinte años.

Alto, un poco delgado, bastante blanco y de rostro simpático, albergaba en su pecho un alma bien templada, y á cuyo impulso se lanzaba con facilidad, en aventuras de éxito difícil, contando para ésto, con la firmeza de su carácter y con una resignación admirable.

Cuando Carlos vió por primera vez á Elena, su imágen quedó grabada en su corazón y desde entonces, no perdiendo oportunidad de verla en paseos, en la iglesia y en el teatro, ella fué siempre el objetivo de su mirada, manteniéndolo-

se extasiado horas enteras, en su dulce contemplación. Pero esta silenciosa simpatía, debía declararse por fin, un día no lejano.

Aprovechando una feliz oportunidad, Carlos envió una carta á la jóven, en que le revelaba sus afectuosos sentimientos.

Al cabo de cinco días, recibió un billetito concebido en estos términos:

«Muy grata impresión, ha producido en mi alma su carta de Vd.

«Quise contestarle en seguida. No pude... Después he luchado diariamente con este fin, hasta hoy, en que creo ser fiel intérprete de mi corazón, al manifestar á Vd., que me siento dichosa con su cariño.»

Como era natural, á partir de este momento, Elena de la Torre y Carlos San Román, quedaron ligados por recíproca correspondencia de amor.

Algún tiempo después, se celebró una gran fiesta en Santa Lucía, honrando á su patrona la virgen de este nombre.

Con una semana de anticipación habían empezado los arreglos, notándose en toda la Párrquia, un movimiento inusitado.

Varias comisiones de ambos sexos se habían formado, procurando todos de que la fiesta tuviese el mayor lucimiento.

Las unas, encargadas del ornato y arreglo en

general, eran secundadas por multitud de obreros que rivalizaban en actividad—y las otras, se ocupaban en la organización de conciertos y bazares, cuyo producido era destinado á obras de beneficencia.

Según el programa de estos festejos, que se renovaban anualmente, una gran función religiosa, se celebraba en el templo de la localidad; después venían los regocijos populares, que se traducían en rifas, bailes al aire libre ó debajo de una carpa, diversos juegos de azar en pequeña escala, y funciones de acróbatas.

Por la noche, los fuegos artificiales y el corso de carruajes.

A las siete y media de la tarde, el aspecto del lugar de la fiesta, no podía ser más brillante.

De derecha á izquierda, en la Avenida principal, se veían colocados grandes arcos de luz, distante uno de otro, como treinta varas y prolongándose en una extensión de quince cuadras. Infinita variedad de banderas, se veían flamear en los edificios, cuyos frentes iluminados, presentaban un hermoso golpe de vista—y diversas bandas de música alternando sus melodías, alegraban la concurrencia.

Dos hileras de lujosos carruajes, circulaban con calma por el centro de aquella bóveda *ígneas*, presenciando su desfile, millares de personas de

toda clase, que se hallaban estacionadas en ambas veredas.

Serían cerca de las nueve más ó menos, cuando un elegante « landeau » penetraba al corso, conduciendo á Elena y su familia.

Este carruaje continuó sin interrupción, el camino marcado por aquella línea *rodante*, dirigiéndose hácia el lugar donde se quemaban bonitos y estruendosos castillos.

Haría un cuarto de hora, que varias familias se hallaban presenciando los fuegos, cuyo piro-técnico había introducido algunas novedades, cuando una bomba mal dirigida, cayó sobre el carruaje en que iba la familia de Elena, haciendo la explosión consiguiente.

La confusión y el espanto que esto produjo, es indescriptible.

Los caballos enfurecidos se encabritan, lanzando del pescante al cochero. — En seguida sin tener quien los dirija, se precipitan en una carrera desenfrenada, arrastrando al carruaje con espantosa velocidad.

Un vigilante interpuso su caballo para detenerlo, pero fué derribado por la impetuosidad de aquellos animales.

Cuántos gritos angustiosos, no fueron proferridos por aquella desgraciada familia, que iba á ser víctima de una muerte horrible, en un momento más!

Como á tres cuadras de distancia, los caballos jadeantes y cubiertos de sudor, disminuyeron un poco su velocidad, circunstancia que aprovechó un jóven, para dar un salto prodigioso y tomar de la brida á uno de ellos. — Pero inútil: — los caballos no se detuvieron á pesar de los esfuerzos del intrépido, que prendido de la rienda, era casi arrastrado con vertiginosa rapidez.

Una exclamación de asombro, arrancó en la multitud la acción denodada de aquel sér, cuya vida la veían en gravísimo peligro.

Entre tanto, un accidente imprevisto, agravó la situación.

Perpendicular á la Avenida, atravesaba á corta distancia una vía de Ferrocarril, y en ese instante un agudo silbato, indicaba la proximidad del tren.

Previendo la catástrofe que se produciría un momento después é imitando al valeroso jóven, de entre la muchedumbre, se precipitaron seis hombres sobre los caballos, y luego otros.... y en seguida otros más.... hasta formar una especie de barrera humana, que detuvo por fin al vehículo, en el instante mismo en que á cinco varas de distancia, pasaba el Ferrocarril á toda velocidad.

Cuando el peligro hubo desaparecido, la familia desahogó entre zollosos y lágrimas durante algunos segundos, su violentísima emoción.

La señora madre de Elena, después de agradecer debidamente á todos los que le prestaron tan oportuno auxilio, se dirigió al jóven su primer salvador, diciéndole:

— Caballero: — puede contar con una agradecida servidora, que recordará eternamente que Vd. le ha salvado la vida.

— Señora — le contestó aquel — me complazco en haberle sido útil, cumpliendo solo con mi deber.

En seguida el jóven, préviamente invitado, acompañó á la familia en el regreso á su hogar.

Cuando llegaron, la señora renovó sus manifestaciones de reconocimiento, ofreciendo al jóven cortésmente su casa y rogándole la honrase con su visita. Este, agradeció conmovido la distinción de que era objeto, revelando al mismo tiempo su nombre: — era Carlos San Román.



II

Momentos después de concluídos los fuegos artificiales, la Policía hizo sentir como siempre, su influencia eficaz.

Se recogió al cochero que se hallaba desmayado á consecuencia del golpe, y á dos ó tres contusos, que fueron estropeados cuando se detuvo el carruaje cerca de la vía del Ferrocarril.

En seguida por orden de un Oficial, fueron remitidos á la Comisaría cercana, seis individuos por sospecha de complicidad en el incidente de la noche. Y aquí no está de más advertir, que cuando la bomba estalló, alguién dijo en alta voz, que había sido arrojada por una mano criminal.

Ante esta revelación, la Policía no debía tardar en esclarecer la verdad.

Mientras tanto veamos cómo San Román, se convirtió en salvador de su amada.

Dos días ántes del señalado para la fiesta, Elena le comunicó que se encontrarían en el corso. Por supuesto, Carlos no faltó; desde temprano ocupó en la Avenida de Santa Lucía, un lugar de observación. Así pudo cerciorarse cuando la familia llegó, y sin perderla de vista, siguió al carruaje á cierta distancia, hasta el momento que expuso su vida, ejecutando la acción heroica que conocemos.

Ahora, volvamos á los detenidos en la Comisaría, presuntos culpables del suceso anterior.

Al día siguiente se les interrogó por separado. Todos se encerraron en la más absoluta negativa. Después fueron careados, y entonces uno de ellos, hizo la siguiente exposición:

«Me llamo Matías Sandoval, permanezco soltero y cuento veintiocho años de edad.

El hecho que se me imputa, de haber arrojado una bomba al carruaje en que iba la familia de la Torre, es perfectamente cierto, del cual me responsabilizo, declarándome su único autor.

Este atentado ha obedecido simplemente á una venganza, que por otra parte, considero muy justa.

Hace cerca de diez y ocho años, conocí á Edelmira, la hija mayor de la señora de la Torre, en una escuela de ambos sexos, en que nos habían colocado nuestras respectivas familias.

Desde el principio yó y Edelmira, nos profesamos un cariñoso afecto, que en nuestra inocencia, se traducía en el deseo constante de estar juntos. En las horas del recreo juntos jugábamos y en las de clase, se nos veía sentados siempre el uno al lado del otro.

A la salida del Colegio, jamás nos separábamos, acompañándola yó, hasta la puerta de su hogar, donde nos despedíamos con un tiernísimo « adiós ».

Este cariñoso lazo que nos ligó desde la infancia, debía con el transcurso del tiempo, transformarse en ardiente pasión.

En efecto : había cumplido yó veintiún años, y Edelmira diez y nueve, cuando de común acuerdo con ella, resolví visitar en casa de su familia, solicitando después su mano, para hacerla mi esposa.

Su señora madre doña Isabel, aceptó mi proposición, concertándose nuestro matrimonio para un año después, es decir, cuando entrase yó, á mi mayor edad, y pudiera disponer de mis intereses.

Desde entonces como prometido de Edelmira, visité la casa tres veces por semana, siendo

recibido siempre como es de suponerse, «en palmas de manos». Pero desgraciadamente, siete meses después, comencé á notar cierta frialdad en la señora Isabel, que poco á poco se tornó, en bien marcada indiferencia.

Preguntando á Edelmira una vez, si sabía algo sobre la transformación de su señora madre, me contestó entre sollozos, que con ella se portaba peor, tratándola con suma dureza y amenazándola diariamente con expulsarme de su casa.

Alarmado con semejante nueva, interrogué á doña Isabel, en una ocasión, sobre su conducta hácia mí; no considerándome digno de su desprecio.

Ella no trepidó en contestarme :

— Es verdad Sandoval ; no es ilusión suya, el cambio que Vd. nota en mí. — Creo tener sobrada razón, para obrar de esta manera.

Y sin más preámbulos, con los ojos chispeantes de ira, me dijo alzando la voz :

— Me consta, pues una señora me lo ha asegurado, y yo lo creo como si lo estuviera viendo, que Vd. se ha hecho un vicioso, jugador... un depravado en una palabra—y por lo tanto, yo no pienso permitir que semejante caballerito, sea el esposo de mi hija. Lo entiende usted?

— Pero señora — le respondí — de dónde ha sacado semejantes noticias ?

— Se atreve Vd. á dudar de mi palabra—«so atrevido »? — me contestó. Pues bien : retírese de aquí y no me vuelva á poner más, los piés en esta casa.

Yó conteniendo á duras penas, el deseo que tenía de estrangularla, me retiré murmurando :

— Vieja maldita ! — alguna vez me la pagarás !

Anoche, es decir, seis años después, intenté realizar mi venganza, la que según he sabido, desgraciadamente se frustró ».

Poco después el culpable, fué condenado á un año de prisión, de la que pudo salvarse, gracias á una fuerte fianza monetaria.

Como sabemos, Carlos San Román salió completamente ileso, del accidente acaecido en Santa Lucía. Pero aunque no presentaba el jóven, lesión alguna apreciable, los esfuerzos sobrehumanos que hizo, unidos á la veloz carrera de aquella noche memorable, habían fatigado de tal manera sus miembros, que un cansancio terrible le obligó á guardar cama, hasta dos días después.

Impaciente en sumo grado estuvo durante este tiempo, pues no pudo como lo pensó, ir á saludar personalmente á la familia de su amado

Ahora, dejemos por un momento á San Román, prepararse para hacer su primera visita á casa de Elena, y adelantémonos á conocer la morada de la familia de la Torre.

Era ésta, una bella y extensa casa-quinta, situada como á cinco cuabras del Boulevard... hácia el Noroeste de la Ciudad.

Su aspecto externo y la magnífica situación en que había sido ubicada, realzaban admirablemente su valor.

Tenía dos frentes; el de la puerta principal que miraba hácia el Sud y la parte lateral del jardín, que limitaba la calle del Oeste una prolongada verja de hierro, por entre la cual se distinguía una artística glorieta, circundada de hermosos árboles y plantas de gustos variados.

Una gran puerta de calle, colocada entre cuatro elegantes ventanas, limitaba un lindísimo zaguán, coloreado con bellas alegorías dibujadas en sus paredes. Seguía un pátio de regulares dimensiones, suficiente para dotar del aire y de la luz necesaria, á los dos cuerpos de edificio en que se dividía esta propiedad, formando un conjunto de nueve piezas espaciales.

El arreglo interno de la casa, estaba de acuerdo con su exterior, notándose por doquier, el más envidiable bienestar.

Aquí moraba Elena, acompañada de su mamá Isabel Talavera, viuda del señor Aníbal de la Torre; de Edelmira, su hermana mayor y de un varoncito hermano también, como de nueve años de edad.



III

Una tarde San Román, se presentó en casa de la señora Isabel de la Torre.

Fué recibido de la manera más afectuosa por toda la familia.

Después de las saluciones y cumplimientos de estilo, la conversación versó como era natural, sobre el inolvidable suceso de Santa Lucía.

— Cuánto tenemos que agradecer al caballero San Román! — exclamó doña Isabel, dirigiéndose á sus dos hijas que se hallaban presentes.

— Absolutamente nada señora — le contestó el jóven — tengo la satisfacción de haber cumplido con mi deber y nada más.

— Sí — dijo Edelmira — pero el cumplimiento de ese deber como Vd. le llama, dió por resultado volvernos á una nueva vida. . . .

— No señorita — repuso Carlos — no ha llegado tal extremo.

— Ah! . . . qué sería de nosotros, si Vd. á riesgo de su existencia, no nos hubiese auxiliado? — terció la jóven Elena.

— Seguramente, no tendríamos el placer de encontrarnos juntos en este momento — contestó la señora.

— De todas maneras — dijo San Román — si algún pequeño sacrificio hubiese hecho, está compensado con usura al tener hoy el honor de tratar á ustedes.

— Tantas gracias — murmuraron al mismo tiempo Elena y Edelmira.

— Yó reconozco cuánta gratitud le debemos caballero — agregó doña Isabel. — Ya se lo he dicho y repito nuevamente: en esta casa encontrará Vd. siempre la estimación á que se ha hecho debidamente acreedor.

Por este estilo, continuó por largo rato la conversación, siendo el jóven Carlos objeto de las mayores distinciones.

En seguida la señora dirigiéndose á Elena é indicándole el piano le dijo:

— Hijita: queremos oír algo de lo poco que sabes.

—Tendría mucho placer en escucharla—se apresuró á decir San Román.

—Perfectamente—repuso Elena, plegando sus labios una sonrisa de ángel.

Pasado un momento, el Valz del Fausto, fué ejecutado por la jóven con toda corrección.

Carlos después de tributarle su aplauso, le rogó se dignara tocar algo más.

Entonces doña Isabel le dijo:

—«La Serenata» de Schubert, ha de agradar al jóven San Román.

—Efectivamente señora—respondió éste.

Y en seguida una melodía dulcísima se dejó oír.

Recibiendo con justo entusiasmo la simpatía que le demostraba la familia, Carlos continuó visitando la casa con frecuencia, y como había entrado allí con tan buena estrella, no tardó mucho tiempo en que el cariño recíproco, diera lugar á tratarse con suma confianza, hasta el punto que Edelmira lo consideraba como á un hermano, mirándole doña Isabel como á un hijo querido.

Poco después del suceso de Santa Lucía y aprovechando la favorable impresión que causó en su familia, la nobilísima conducta de su amado, Elena puso en antecedentes á su señora madre, con admirable discreción, de sus relaciones amorosas con Carlos San Román.

La señora Isabel, acogió con visibles mues-

tras de regocijo, la revelación que se le acababa de hacer, pues la heroica conducta del jóven, le había cautivado sobre manera. Además, su simpática presencia, la educación esmerada que le reconocía, unido á la posición en que se hallaba, todo hacía entrever á la madre, un mundo de felicidad para su hija.

Así se explica, que después de dar á Elena cariñosos y oportunos consejos, llevada por su natural entusiasmo, exclamara:

—Ojalá, hija mía!... esta ilusión se transformase en hermosa realidad!

Habían pasado seis meses.

Una noche como á las once y media próximamente, la familia de la Torre acompañada por Carlos San Román, se hallaba en el Club... donde se daba un espléndido baile, en conmemoración del aniversario de nuestra Independencia.

La señora Isabel, tuvo la suerte de encontrarse con una antigua amiga, doña Petrona Lavalle, que había asistido con su hija Matilde, acompañada á la vez, por el jóven Salazar, muy apreciado de San Román.

Las dos madres, después de felicitarse mutuamente por su feliz encuentro, empezaron á hacer sus comentarios sobre la reunión, con la sutileza característica de las matronas del gran mundo.

Entre tanto, Carlos con su amada Elena, y Sa-

lazar con la jóven Matilde, absorvidos en tiernísimo coloquio, bailaban al compás de una alegre y entusiasta mazurca.

En su gira alrededor del salón, pasaron estas parejas, cerca de donde se hallaban las dos señoras.

Doña Petrona mirando con cierta curiosidad á San Román, dijo á su amiga :

— Pues creo Isabel, que tu hija ha tenido muy buen ojo para elegir.

— Yo también lo creo ; estoy muy satisfecha con la elección de Elena.

— Y cuándo se realiza ? — preguntó doña Petrona con intención. Mira que no es bueno dejar correr no más el tiempo

— Nó ! si ya han mediado oportunas explicaciones — respondió doña Isabel. — Vez pasada San Román me pidió su mano, pero á condición de casarse en seis meses más. El quiere hacerlo cuando sea mayor de edad, para disponer libremente de sus intereses ; yó en vista de esta causa tan justa, no he trepidado en aceptar.

— Has hecho muy bien ! — En estos tiempos en que los jóvenes todo quieren, menos casarse, sería una locura despreciar un partido semejante, por un pelillo más ó menos.

— Y tú, qué me dices de Matilde ?

— Ahí anda ; enamorada también. — Salazar, que es el jóven que baila con ella, es su pre-

dilecto. A mí no me desagrada; pero es muy pobre. Y en esta época de tantas exigencias, una madre comete un verdadero crimen, en entregar á su hija, así no más, á un hombre que no tiene muchas veces, ni para comprar la cama en que han de dormir.

— Tienes razón; es una amarga verdad.

— Si pues!— continuó doña Petrona— y yo experimento en cabeza ajena; he visto tantas arrepentirse al mes de haberse casado!

— Y qué piensas ahora á este respecto?

— Lo que pienso és, que por no contrariar á Matilde, dejaré las cosas como ván, siempre que el pretendiente se porte bien. — Después no faltará un pretexto, si se presenta algo mejor, para despedirle cortésmente.

En seguida la conversación de las dos amigas, tomó diverso giro, no teniendo para nosotros mayor importancia.

Ahora, volvamos á nuestros dos amantes.

San Román, después de haber bailado con Elena varias piezas seguidas, invitó á Edelmira le acompañara en unos «lanceros», que la Orquesta preludiaba en ese momento.

Conocíamos yá, el afecto que esta jóven, profesaba al prometido de su hermana, y la gran confianza que tenían entre ambos.— Bien: pero aquel cariño fraternal, que creyó Carlos existía en la que pronto sería su cuñada, se había tor-

nado en un sentimiento de otra naturaleza. Fué oportunidad el momento del baile, para que Edelmira se manifestara con entera libertad.

San Román por su parte, tuvo esa noche la ocurrencia de dirigir á su compañera en tono de broma, algunas frases galantes.

— Sabes Edelmira — le dijo — que no me explico, cómo una mujer tan interesante, de un aire tan seductor como tú, pueda tener un corazón tan frío, y permanecer indiferente á los halagos del amor ?

— Qué quieres ! — le respondió la jóven — mi desgraciada suerte lo ha dispuesto así . . .

— Entonces quiere decir, que esperas imposible algo que pueda halagar tu fantasía en el porvenir ?

— Nó, Carlos ! sería en vano luchar contra la fatalidad que me persigue . . .

— De manera que la indiferencia que yo noto en tí, obedece á algún oculto misterio que tortura tu alma — no es cierto ?

— Es verdad, desgraciadamente ! — exclamó la jóven.

— Y á que ese misterio, que tiene el poder de entristecerte en tan alto grado, es una pasión amorosa ?

Edelmira, disimulando la alegría que experimentaba interiormente, por haber llegado la conversación á este punto, le respondió sin vacilar :

— También es cierto.

— Y si te merezco alguna confianza — continuó San Román — por qué no me comunicas la causa de tu sufrimiento?

— Ah! no intentes examinar una herida, que no cicatrizará jamás!

— Nó Edelmira: las desgracias más grandes en esta vida, si es imposible repararlas, al menos hay medios, que cual bálsamo eficaz, sirven para hacerlas más llevaderas....

— Es que en mi situación excepcional, no tengo más remedio que sufrir! — observó la jóven con cierta amargura.

— Tu creencia la considero exagerada — repuso Carlos — explícame lo que te pasa, que yo te prometo hacer en tu favor, cuanto de mí dependa.

— Y no te arrepentirás de haberme auxiliado?

— Jamás! Tendría el mayor placer en contribuir á que fueses verdaderamente feliz!

— Confiando en tu palabra, voy á abrirte mi corazón.

En seguida Edelmira, lanzando un profundo suspiro, prosiguió:

— Tú conoces la historia de mis infantiles amores con Matías Sandoval, y la manera como fueron con razón ó sin ella, cortados por obra y gracia de mi señora madre.

— En efecto: estoy al corriente de todo — le respondió Carlos.

— Muy bien. Desde entonces mi corazón, permaneció insensible á cuanto pasaba á mi alrededor.

Pero una vez, quiso la casualidad que presenciase una brillantísima acción, que ejecutó un jóven á riesgo de perder su vida. Poco después, tuve ocasión de conocer y tratar al héroe. Una emoción inexplicable experimenté, la primera vez que le ví.

En seguida, la frecuencia con que acudía á mi mente el recuerdo de este jóven, cuya imágen veía por doquier, conmoviendo las fibras más íntimas de mi corazón, me convencieron de que yo amaba por segunda vez.

Pero cruel destino! El ideal de mi amor, pertenecía á otra mujer!

— Era casado acaso ?

— Nó! — repuso Edelmira, dirigiendo una penetrante mirada al jóven, como para observar el efecto que le causaba su exposición.

— Entonces hay remedio

— Quién sabe! Para colmo de mi desdicha, yo sé que dentro de poco tiempo se casará, perdiéndole para siempre!

— Y tú le amas verdaderamente ?

— Que si le amo me preguntas Ah! por él daría gustosa, la mitad de mi existencia!

Pues, de qué me sirve la vida, si separada de él, mi alma no goza un momento de tranquilidad?

— Tienes razón. Pero quién es el feliz mortal, que ha logrado cautivar tu corazón de esta manera?

— Quieres saberlo para aumentar mi pena?
— le preguntó visiblemente emocionada.

— Nó! Tu sufrimiento Edelmira, acongoja mi alma; dímelo... quiero saberlo... pues ardo en deseos de contribuir á tu felicidad!

— Está bien! — repuso la jóven después de una breve paüsa. — Ese hombre que ha cautivado mi corazón, y á quien amo con idolatría.... eres tú!

— Yó? — le preguntó sorprendido San Román.

— Sí.... tú! Ahora que lo sabes, puedes decidir con franqueza, sobre el porvenir de Edelmira!

Fué tal el disgusto que ocasionó al jóven, esta declaración, que no pudo menos de contestarle con toda seriedad:

— Guárdate bien ese amor, verdugo de la felicidad de Elena.

Serían las cuatro de la mañana, cuando se retiraron del baile doña Isabel y su antigua amiga, con sus respectivas familias.

IV

Un otro sér, pertenecía también á la familia de la Torre.

Era éste, un varón como de cuarenta y cinco años de edad. Bajo, grueso, musculoso, de color algo trigueño, su mirada viva é inquieta, y una perpétua sonrisa que no ocultaba del todo su espeso bigote gris, retrataban al hombre astuto y desconfiado.

Irreprochablemente vestido, de negro siempre, dábase ínfulas de persona de experiencia y de saber. Su regular educación, se hallaba dominada por esta fatuidad.

Se llamaba Fernando Talavera, hermano de doña Isabel y por consiguiente, tío de la amada

del joven San Román.

Hombre avaro y sumamente hábil en el manejo de sus intereses, había conseguido hacerse dueño de una fortuna considerable.

Para él, no había negocio ilícito, siempre que pudiera entrever alguna pingüe utilidad.

Poseedor de cuantiosas propiedades, don Fernando era poco escrupuloso en la elección de sus inquilinos, con tal que éstos, de cualquier pelage que fueran y por más relajadas que tuviesen sus costumbres, le pagasen un crecidísimo alquiler.

Así es, que no era extraño, ver algunas casas del señor Talavera, ocupadas por gentes de mal vivir, y cuya desordenada conducta, tenía en continua alarma al barrio en que se hallaban situadas.

Entre los empleados de las diversas Reparticiones del Estado, don Fernando hacía su «Agosto», como él le llamaba.

Y ya que de empleados hablamos, permítase una interesante digresión dedicada exclusivamente á ellos.

Por el documento que sigue, se convencerán quizás, que para hacer carrera en una Oficina Pública, necesita el hombre decente convertirse en un autómatas de escaso pundonor.

Vamos á verlo:

Acuso!

Excelentísimo Señor Ministro de Hacienda de la Nación.

Yó, el infrascripto, Inspector Nacional de Impuestos Internos, vengo ante V. E. respetuosamente á manifestar:

Que, si el señor Ministro procediendo con su reconocida hidalguía, se dignara rever el decreto reorganizando el personal de la Repartición, encontraría consumada una injusticia que clama al Cielo, referente á mi persona como funcionario.

En efecto, señor. Se trata de un acto odioso, preparado pacientemente por el respectivo Administrador.

De los diez y nueve Inspectores antiguos, solo yó, he sido el único marcado con el dedo negro del Jefe mencionado.

Por qué razón?

En los antecedentes que siguen, V. E. encontrará la clave del enigma.

*

Hace tiempo presenté la acusación de que tres altos empleados, se habían quedado con la

suma de quinientos pesos cada uno, correspondientes á mis haberes que en diversas épocas, se comprometieron á percibir.

Mi justísimo reclamo, reiterado verbalmente hasta el cansancio, no dió resultado alguno. Pero la insistencia en pedir el reintegro del despojo de que era víctima, me conquistó sí, la antipatía de la Administración General.

*

A fines de 1896, un empleado á mis órdenes, inició el proceso Núm. 1232 C., arrastrando por los suelos mi reconocida honorabilidad.

El Jefe superior, como Juez, debió fallar en él. Estudió prolijamente la acusación y la defensa amplia; y después de tres meses en que tuvo suspendida mi reputación, se sirvió decretar:

— « Por tanto: no resultando cargo alguno contra el señor Inspector Cobo, se resuelve: Sobreseer en el presente sumario; notifíquese á los **interesados** y archívese ».

Es decir, el Administrador — abogado ilustre, funcionario modelo, maestro en Derecho — de una plumada colocó en el mismo nivel, al hombre virtuoso y al calumniador vulgar.

Y para hacer más irritante su actitud, premia después á ese individuo con el ascenso.... á segundo Jefe de una Sección!

*

Con motivo de un sumario que levanté á un subalterno — y de que trata la nota Núm. 82 de Enero 5 de 1900, que me dirigió el Administrador General — yó le contesté aclarando el caso, y diciéndole además:

« Para dar á usted una idea del sér. moral del Auxiliar acusado, bastará con manifestar, que casi no ha quedado dentro de la Sección, persona que tenga que ver con los Impuestos Internos, que no haya sido víctima de las artimañas de este empleado.

« El castigo que recibió de ochenta y dos días de suspensión, por un déficit en su Caja, no lo ha detenido en sus explotaciones inícuas, que han creado una atmósfera de vergüenza, que azota el rostro del Jefe Seccional ».

Esta nota dió por resultado que aumentase la animosidad contra mí.

*

El 27 de Abril de 1900, dirigí al Administrador la siguiente comunicación:

« Un órgano del Partido dominante en la esfera nacional, y por consiguiente, insospechable de hostilidad sistemática á ningún

agente del Gobierno, ha hecho una denuncia tan grave, envolviendo un cargo tan monstruoso, que si quedara en pié, echaría por tierra la reputación del Cuerpo de Inspectores, por el vínculo moral que á todos nos une.

Incluyo el periódico *El Autonomista*, que se publica en Corrientes, (fechas 19 y 22) para que usted se fije en la Sección « Actualidad ».

Allí verá señor, que el ataque es á la Oficina 15ª, á cuyo frente se halla el Inspector X., quien está obligado á comprobar la corrección de sus procederes, única manera de salvar incólume el decoro de sus cólegas, profundamente afectado por la mencionada publicación ».

El efecto de esta nota fué, que prévia averiguación del caso, el empleado tuvo que abandonar su puesto, á consecuencia de lo cual, yó continué siendo víctima de cruel hostilidad.

*

Respecto al celo que he desplegado en el ejercicio de mis funciones, me es honroso presentar á V. E. la siguiente prueba, en un caso extraordinario:

“ (Telegrama urgente y recomendado).

Formosa, Marzo 15 de 1899.

*Señor Ministro Plenipotenciario Argentino Doctor
D. Lauro Cabral.*

Asunción.

El Inspector de Impuestos Internos que suscribe, pide al señor Ministro, en nombre del Superior Gobierno Nacional que representa en el ramo, se digne ordenar la comprobación de que á bordo del vapor. . . . van ciento diez envases de. . . . remitidos de Buenos Aires por N. N. y C^a, sin llevar adheridos boletos de control de ninguna clase, con flagrante violación de nuestras disposiciones vigentes.

Esperando su contestación en Resistencia, tengo el honor de saludar á S. E. ”

“ *Señor Juan M. Cobo, Inspector de Impuestos Internos.*

Resistencia.

(Por correo de Asunción — Formosa — Recibido á las 3.17 p. m. del 18 de Marzo de 1899).

OFICIAL. — El Consulado General ha comprobado yá la defraudación é informará á la Administración por el primer correo.

Saludo.

Firmado.—*Lauro Cabral,*
Ministro Argentino.”

*

Es costumbre en la Administración, que cuando un Inspector entrega á otro una Oficina, se haga un inventario especial de Valores, en el cual hace pié la Contaduría, cargando la existencia al funcionario entrante y descargándole igual suma al empleado saliente.

Pues bien. Encontrándome en Resistencia—dentro de la citada Repartición y pasando sobre el documento respectivo—se permitieron aumentar una cantidad, porque así se les ocurrió.

La siguiente nota, que dirigí al Administrador en 21 de Noviembre de 1898, comprueba el caso:

« Por el inventario que por triplicado se firmó, al recibirme de esta Sección en 8 de Marzo próximo pasado, se evidencia que el Inspector Aragón me entregó, entre otros valores fiscales, trescientas mil novecientas estampillas de un centavo para cigarros, equivalentes á tres mil nueve pesos de curso legal.

La Contaduría de esa Administración, al asesorar á usted sobre este particular, ha incurrido en un gravísimo error, haciéndome aparecer como responsable por cien mil estampillas más, y cargándome su importe en consecuencia ».

La comunicación en que iba el párrafo transcrito, me fué contestada por la nota Núm. 159

de Enero 21 de 1899, sin aludir en lo más mínimo á la equivocación garrafal, que yó ponía perfectamente en claro.

Y así como se aumentó la suma que recibí en 1898, así temo que se disminuya hoy, la cantidad que entrego en 1903.

Obligado pues por justa desconfianza — al abandonar la Sección de que he sido Jefe — he hecho intervenir al Escribano Público don Bernabé Ruiz de los Llanos, levantando el acta correspondiente, en que consta la perfecta organización de la Oficina que dirigí.

*

Como una nueva prueba de la incalificable labor de la Contaduría citada, el señor Ministro podría pedir la «Factura de Valores fiscales Núm. 17», remitida al infrascripto el 1° de Marzo de 1899.

En ella V. E., con estupefacción hallaría, que dicha Oficina suscribió una monstruosidad, en una simple operación de multiplicar—es decir—un error en mi contra, cuyo importe (ciento cuarenta pesos) se me hizo abonar sin escrúpulo de ningún género, siendo hoy por consiguiente, acreedor á dicha suma.

*

Mareados los hombres de la Administración, por el capricho de encontrar defectuoso, todo lo que yó hiciera — á principios de 1902, fué uno de ellos encargado de « husmear » mi Oficina Seccional.

Con ese motivo se formó el Expediente Número 51 U., denunciador de que en mi Caja había una « falla » de dinero efectivo.

Veamos si esto era verdad.

Contesté en 23 de Junio :

« Practicado un recuento de Valores el día primero del actual, he encontrado que la existencia es exactamente la misma que aparece en dicha fecha, en el balance que he enviado á esa Administración.

Y como dicho balance por la recaudación de Mayo, tiene por base la existencia de Abril, resulta que la Contabilidad en estos dos meses, está, como en todos los anteriores, perfectamente llevada.

En consecuencia, ni existe el déficit que anotó el empleado practicante del Arqueo, ni la Contaduría está en lo cierto, una vez más, al afirmar que yó he cometido un error, pues no hay por mi parte, nada que rectificar ».

*

Hallándome en Corrientes, recibí del Administrador la siguiente nota Núm. 1894, fechada el 24 de Abril de 1897 :

« En virtud de que el señor Inspector no ha rendido cuenta hasta la fecha de la recaudación correspondiente al mes de Enero último, efectuada en la Sección 30, entonces á su cargo, me dirijo á usted haciéndole presente que deberá remitir á esta Administración General, á la brevedad posible, los documentos comprobatorios de la expresada recaudación ».

Verdaderamente sorprendido por esta comunicación, que se basaba en una inexactitud, contesté al mencionado Jefe que la rendición de cuentas que se me pedía, debió efectuarla el empleado que me reemplazó, pues yó entregué la Sección el 2 de Febrero y de la recaudación debía darse cuenta al final de este último mes.

Creí señor Ministro, que con esta explicación el asunto quedaba terminado conmigo. Pero ¡ qué error ! Pocos días después recibo otra nota que me hizo dudar de la lucidez de quien la concibiera. Ella, que lleva el Núm. 2219, decía :

« Como á pesar de lo dispuesto en el artículo 44 del Reglamento de esta Administración, el

señor Inspector no ha presentado la rendición de cuentas por los impuestos devengados en la Sección 30, ántes á su cargo, en el mes de Enero pasado, le intimo la presente dentro del tercero día de recibida esta nota ».

En el acto, con profundo desagrado le respondí:

« Mi contestación es confirmar lo manifestado en mi nota anterior, agregando, que la entrega de la Sección fué completa, y por consiguiente, que no adeudo absolutamente nada ».

Y el Administrador eximio, retrocedió cabizbajo, ante la brillante actitud de un Inspector decente!

En presencia de esta exposición documentada ¿qué confianza puede V. E. tener en los balances, que por sendos millones le presente ufana, la Administración de Impuestos Internos?

*

Hoy también formalmente denunció, que dicha Administración retuvo durante seis años, la suma de mil pesos de curso legal, de que me despojó — *manu militare* — en los meses de Agosto y Setiembre de 1898.

El señor Ministro podrá apreciar este censurable proceder, teniendo en cuenta de que en aquella época me encontraba en pleno ejercicio

de mis funciones, al frente de una Oficina situada en las fronteras de la República, pasando verdaderos sufrimientos.

Y el Administrador que no podía con razón, arrebatarme el puesto como lo deseaba con ardor, me sitió por hambre, reteniendo mis haberes para obligarme á renunciar.

Parece increíble señor, que en una Repartición séria, medios semejantes pudieran ponerse en juego!

*

Pasemos ahora al Expediente Núm. 444 C. de 1900.

Allí consta una acusación gratuita que se me hizo, por deuda de siete mil pesos, y allí también V. E. vería con asombro, de que aquello era una celada vil, pues no solo comprobé de que no adeudaba nada, sino que resulté acreedor á un saldo de veintinueve pesos con setenta y un centavos!

Y para cubrir el vergonzoso ridículo, que le hice pasar á esa Administración, hoy se me rebaja como á un verdadero inservible, privándome á la vez, del sustento de mi familia.

Se me ha querido hundir á todo trance.

Y cuando yo contesté en el Expediente mencionado — « Repito una vez más, á pesar de lo aseverado por Contaduría, que no adeudo abso-

lutamente nada», — me imaginé que esta respuesta, verdadera marca de fuego que apliqué veloz, — sería la causa de mi ruina.

Pido, señor Ministro, justicia y solamente justicia!

Reclamo una investigación imparcial, para que V. E. sepa y el pueblo entero conozca, quiénes son los que merecen, la infamante degradación!

*

Ahora bien: De mi competencia y honradez acrisolada, hay pruebas indestructibles.

Jamás una equivocación en mi contabilidad. Nunca la falta de un céntimo en mi Caja fiscal, á pesar de haber manejado millares de pesos en los ocho años que cuento como funcionario, habiendo actuado en San Juan, Mercedes, San Nicolás, Corrientes, Formosa y el Chaco en general.

Soy argentino, señor. Y el brillo del apellido que llevo, lo conservo inmaculado. En estas condiciones, me siento capaz de comer cáscaras primero, ántes que aceptar el puesto deprimente que se me brinda!

Saludo al señor Ministro con mi respetuosa consideración.

Juan M. Cobo.

El lector se preguntará como es natural—qué contestó el aludido magnate, á esta acusación que afecta la probidad del funcionario, el lustre del hombre docto, la delicadeza del caballero?

Respondemos — Ni una sola palabra!

Y bien. Se olvida por ventura que ante la gente de honor, ciertos silencios importan balbucear el « Mea Culpa » en lastimosa retirada?

O se crée que los álbums y las medallas — ofrendas de triste adulación — colocan al Gefe endiosado, en un ambiente de infalibilidad?

A vista de autos, pronúncie su fallo la República pues!

Continuemos ahora con los empleados en general.

Es sabido que estos servidores del Pueblo, pasan verdaderas miserias, al principio y al final de cada mes.

Muchas veces el Gobierno, demora por cualquier causa el pago de sus haberes, seis ó nueve días, y entonces estos desventurados, que no tienen siquiera la satisfacción de declararse en huelga, como los Cocheros ó los Operarios del Ferrocarril, se vén en la obligación de vender sus sueldos, para satisfacer apremiantes necesidades de familia, al primer rapaz que encuentran á mano.

El señor Talavera que con la bolsa llena, asechaba ansioso esta oportunidad, se presenta

en el acto, y ofrece á los empleados en ruina, auxiliarles con paternal solicitud. Aceptan, como es de suponerse, y poco después la casa de don Fernando, se transforma en una verdadera romería.

Multitud de empleados, de varias edades y diversas categorías, se hallan en continuo movimiento, hacinados en un salón de espera, hasta que llegado el turno, se les despacha, después de haber pasado por las « horcas caudinas », que les ha preparado el dueño de casa.

Para obtener sus favores, era necesario que el empleado le llevase un recibo de su « haber », con el « Visto Bueno » del Habilitado de la Repartición. Entonces don Fernando, prévio un descuento, del diez, quince ó veinte por ciento mensual, según las circunstancias, que él explotaba con rara inteligencia, hacía entrega á su víctima, del saldo que le correspondía.

Calcúlese pues, cuál sería el temple moral de este hombre, que valido de la situación angustiosa de un semejante, le obligaba á pagar un interés, de doscientos cuarenta por ciento anual!

Cuando doña Isabel enviudó, don Fernando fué encargado en los primeros momentos, de la administración de sus intereses. Pero poco después, la señora tuvo que arrepentirse de la autorización que le diera.

Durante ese tiempo, el señor Talavera explotando tal vez, el servicio que hacía á la familia, fué tomando tal ascendiente en la casa, que pretendió varias veces que doña Isabel y sus dos hijas, obedecieran ciegamente su despótica voluntad.

Todo el afecto que le tributaban, fué tornándose poco á poco en aborrecimiento, sobresaliendo Elena, en su entrañable ódio hácia él.

Más adelante veremos, cuánta razón tenía la noble jóven para proceder así.



Doña Isabel de la Torre, madre de la amada de Carlos, frisaba en los cuarenta y nueve años próximamente.

De mediana estatura, y cabeza bastante canosa yá, su tez pálida, sus pómulos salientes, y sus negros ojos hundidos en el fondo de las órbitas, revelaban un sér concluído por intensos sufrimientos.

Adolecía de una crónica enfermedad que la había postrado en cama, dominándola una debilidad extraordinaria.

Hacía cerca de un año, que se habían manifestado en ella ciertos síntomas de carácter alarmante.

Con mucha frecuencia se veía un médico á la cabecera de la enferma, prodigándole diversos remedios para calmar paulatinamente su cruel afección.

Varias veces que se agravó, hubo consultas de tres facultativos, que solícitos se apresuraban á investigar el medio más eficaz, que sirviera de consolador lenitivo á la infeliz señora.

Entre paréntesis.

El médico, cuando es digno, bondadoso y desinteresado, se convierte en un verdadero apóstol de la humanidad doliente. Pero este apóstol, es víctima muchas veces de injustas recriminaciones, cuando en un caso extremo, como el de que se trata, todos sus esfuerzos son impotentes, para contrarrestar los funestos progresos de una enfermedad. En esta situación, el facultativo salvando su responsabilidad, enseña al ignorante que lo ataca, la divisa de su noble profesión:

« La medicina cura algunas veces ;
alivia á menudo ;
consuela casi siempre ».

La afección que había postrado á doña Isabel, bastante rara, tiene períodos en los cuales alterna, puede decirse, la salud y la agonía.

Hubo momentos en que el hogar de la familia, presentaba el aspecto de casa mortuoria,

por los lastimeros sollozos exhalados por aquellas jóvenes, que veían cercana su tristísima orfandad. Otros instantes, parecía que no existiese tal enferma en la casa, viéndose á doña Isabel, caminar con todas las apariencias de un sér en buena salud.

En todas estas circunstancias, San Román era el consuelo de la familia, cuya madre miraba en él, á un noble caballero, muy digno de su ideal Elena.

Desgraciadamente la feliz estrella que iluminaba al jóven, parecía que álguien trataba de eclipsarla.

Despejemos esta incógnita.

Edelmira, la hija mayor de doña Isabel, contaba de edad, veintiseis años más ó menos.

Blanca, de cabello ondulado castaño oscuro, su fisonomía era atrayente, su figura airosa, y á su mirada llena de inteligente expresión, se unia un carácter tenaz, de corte varonil. Y aunque habitualmente mostraba su rostro risueño, parecía tener un alma muy en oposición con su apacible físico.

Era de aquellos séres, que cuando reciben una ofensa y no encuentran ocasión propicia para su venganza, la conservan latente en su pecho, cubriéndola con una capa de dulce calma. Luego, con increíble constancia, observan esmeradamente á su ofensor, como buscando en

su cuerpo el punto donde certeros, introducirán en oportunidad, su ponzoñoso « dardo ».

Edelmira desde su niñez, alimentaba dentro de sí, un *fuego* que la devoraba, y era su misma madre, quien lo había encendido sin sospecharlo.

Doña Isabel desde que Elena apareció ante la sociedad, manifestó por ella una predilección á toda prueba ; cualquier capricho, el menor deseo, le era satisfecho inmediatamente.

En cuanto á Edelmira, era tratada siempre con mucha severidad, no conociendo jamás esta jóven, lo que se llama el goce tranquilo del hogar. A esto se agrega la belleza de Elena y por consiguiente las distinciones á que se hacía acreedora.

Muchas veces doña Isabel en su casa, habiendo algunas personas de visita, y tratándose sobre el cariño de sus hijos, decía en alta voz: «nunca llegará á poner la cara Edelmira, donde ponga los piés mi hija Elena ».

Consecuente con su proceder, algunos años atrás, doña Isabel trató bastante mal, sin motivo, al jóven Sandoval, cortejante de Edelmira. Esta, en solitarias horas, comparaba el cariñoso trato que recibía Carlos, por ser el prometido de Elena y el que se le dió á su novio, tan contrario, nada más que porque ella no era la predilecta de su señora madre.

Ahora, el corazón de Edelmira, encerraba los sentimientos más terribles que se pueda imaginar.

Deseaba vivir, solo para vengarse.

.....
Frente á la casa de San Román, habitaba una señora, cuya conducta, que era un misterio para muchas personas, debía rodearla en lo sucesivo de triste celebridad.

Se llamaba Magdalena Montero.

Huérfana de padre y madre á la edad de diez años, pasó á poder de su abuela materna, que fué investida con el cargo de tutora.

Magdalena, desde los primeros años de su pupilaje, se reveló un carácter verdaderamente indomable. Díscola, mal intencionada y envidiosa, desdeñaba altanera los virtuosos consejos que constantemente le daba su anciana abuela.

Con el transcurso del tiempo, esta lucha sin tregua, entre la bondadosa tutora y la terca pupila, debía tener un desenlace ruidoso.

Efectivamente. El día que cumplió veintidós años, resolvió declararse completamente libre. Consecuente con esta idea, desplegó tal lujo de actividad en sus diligencias, que sesenta días después, no solo había obtenido de su tutora el arreglo de sus intereses, á que la obligó judicialmente, sino que la abandonó, fijando su residencia en otro lugar.

Cuando empieza nuestra exposición, Magdalena Montero contaría treinta y nueve años de edad, conservándose soltera, desgraciadamente.

A la Iglesia, donde acudía con frecuencia, se presentaba vestida con suma elegancia.

Era alta, gruesa, de formas esbeltas, muy blanca, de anchas caderas admirablemente contorneadas, y su espléndido busto, ostentaba soberbio un seno redondo, que más parecía un nido de encantos.

Su rostro sin ser hermoso, era simpático. De ojos grandes y negros, su mirada era muy viva. Su boca, formada por labios rojos y un poco gruesos, era graciosamente adornada por un bozo finísimo.

El menos perspicaz al conocerla, no hubiese dejado de sospechar en ella, á la mujer sensual por excelencia.

Cuéntase que en una ocasión, el Lego de un Convento campanero y sacristán, al verla salir del templo con ese aire lleno de voluptuosa gracia, cimbrándose como un mimbre, corrió presuroso á la pila de agua bendita y santiaguándose con mano febril, murmuró:

— Jesús! . . . libramé de tentaciones y peligros!

Dotada de clara inteligencia, de palabra fácil y amena, esta solterona era un sér privilegia-

do para malquistar las más sinceras y unidas relaciones.

Su mayor placer consistía en averiguar la vida privada de cuanta persona de alguna importancia conocía, no valiéndose jamás de ningún medio que pudiera comprometerla.

Era secundada maravillosamente en su conducta, por un círculo de amigas que la rodeaba con frecuencia.

Su hogar, era más bien un recinto donde se daban y quitaban reputaciones, con admirable facilidad.

Desgraciada familia aquella que fuera el tema de conversación de Magdalena Montero!

La honra de una esposa, la castidad de una doncella, la dignidad de un hombre de bien, eran vilipendiadas horriblemente por aquella mujer abominable, entre el eco de una sonora carcajada.

Y cosa extraña! Magdalena era una fervorosa católica. Diariamente oía misa—se confesaba cada semana—recibiendo el Sábado, la sagrada Comunión!

Entre las amigas que concurrían asiduamente á sus reuniones, se hallaba Matilde, relacionada con la familia de la Torre y que ya tuvimos oportunidad de conocer en el baile del Club.

Esta jóven, de estatura regular, de rostro agraciado y en extremo vivaracha, era yá, dentro

de sus veinte años con que contaba, veterana en intrigas y chismes de salón.

En su intimidad con Elena, pudo Matilde conocer hasta en sus menores detalles, los amores de su amiga con Carlos San Román.

Inmediatamente que estuvo en posesión de todos los datos, que con su fin particular había logrado obtener, resolvió comunicar la nueva á su amiga Magdalena. Esta, como es de suponerse, la recibió con verdadera alegría, pues se le brindaba una oportunidad más para entretener sus ócios, de la manera ruin que hemos visto anteriormente.

Así es, que después de haber escuchado á Matilde, exclamó con cierta satisfacción:

— Con que el vecino de enfrente, había sido el novio de Elena de la Torre!

— El mismo — dijo la jóven — ese estudiantillo altanero, que crée que no hay nada mejor que su orgullosa tilinga!

— Y, díme — agregó la señora — en qué funda su orgullo Elena?

— No sé. La otra noche en el baile, la hubiera visto! Se daba unos aires de marquesa, mirando á todas por sobre el hombro....

— Váya una pretensiosa ridícula!

— Oh! Si crée esta estúpida que casándose, vá á tocar el Cielo con las manos!

— Entonces, no dejándola casar — observó

Magdalena—se le quebrará el orgullo una vez por todas.

—Ah! si esto fuera posible, cuán feliz no me llamaría!

—Pues llámate desde yá, si has de seguir mis indicaciones....

—Al pié de la letra!—contestó Matilde alborozada.

—Perfectamente—dijo la señora.



VI

En la tarde del día siguiente, Matilde se dirigió hácia la casa de la señora Isabel.

La recepción que le hizo la familia fué como siempre, sumamente cordial.

Por largo rato mantuvieron una conversación animada, en que se hizo la crónica del baile anterior; no escaseando ciertas bromas intencionadas respecto á noviazcos, es decir, á Matilde por su pretendiente Salazar, y á Elena respecto de San Román.

Al llegar á este punto la conversación, Matilde, recordando el objeto que la llevara á la casa, invitó á Edelmira á pasearse un momento por el jardín.

Un rato después, las dos jóvenes sentadas en un lecho de flores, sobre un banco de mármol artísticamente tallado, aspiraban un perfume embriagador.

Matilde, aprovechando la ocasión propicia en que se hallaba, abordó á Edelmira de este modo:

— Es verdad que Elena se casa muy pronto?

— Nó, no es cierto. Quién te ha dicho eso?

— Oh! por ahí se dice con generalidad....

— Pues es gusto de exagerar las cosas! Se casará sí, pero falta todavía algún tiempo.

— Y qué espera San Román? No es amado con idolatría y tiene el consentimiento de la señora Isabel?

— Es cierto. Pero Carlos quiere realizar su matrimonio cuando sea mayor de edad.

— Y qué tiempo le falta?

— Cinco meses.

— Y cinco meses vá á esperar la pobre Elena? Para allá me las guarden!

— Y qué tiene eso de particular?

— Tiene — dijo Matilde — que esas son vivezas de San Román, para ganar tiempo, sabe Dios con qué fines....

— Qué antecedentes tienes para juzgar á Carlos de esta manera? — le preguntó Edelmira, tratando de disimular una emoción inexplicable que experimentaba.

— Tengo uno, y muy sério. Oyeme con atención y lo conocerás.

En seguida Matilde miró para un lado y otro, como para cerciorarse de que no era escuchada, y luego acercándose más á Edelmira, prosiguió:

— La otra noche, un caballero amigo de San Román, estuvo en casa de visita, y hablando con mamá sobre los casamientos de actualidad, recayó la conversación sobre Elena y su novio.

Mamá, como estaba enterada por la señora Isabel, de que Elena debía casarse en primera oportunidad, lo manifestó así al caballero de que se trata, notando con sorpresa, que éste lanzó una estruendosa carcajada.

Desconcertada como era natural, quedó mamá en el primer momento, cuando el caballero por vía de satisfacción, le dijo :

— Señora, no se sorprenda; me conoce usted que soy muy franco y como tal voy á proceder. El novio de Elena de la Torre á que usted alude, es Carlos San Román — no es verdad ?

— Es cierto — contestó mamá.

— Muy bien: San Román no es tal novio ni cosa que se parezca.

Anoche mismo me decía, siendo acosado por las bromas de varios amigos: — la muchacha de que se trata es realmente espléndida, pero eso no quiere decir que yo la pretenda por

esposa, cuando es mi «querida»... hace ya mucho tiempo — y para que no lo duden, no tardaré en tenerla á mi lado en esa condición.

Matilde, cuando hubo concluído su relato, preguntó á la jóven:

— Ahora, tengo ó nó motivo para creer, que ustedes son el juguete de Carlos San Román?

Edelmira, profundamente impresionada, no contestó. Apoyada su frente sobre la palma de su mano izquierda, estuvo pensativa algunos segundos; luego irguiendo su cabeza con altivez, le preguntó:

— El autor de esta historia, quién és?

— No puedo darte su nombre.

— Me lo dices ó te pesará! — gritó Edelmira, levantándose y dirigiendo á Matilde una mirada terrible, quien, dominada completamente, respondió con tono humilde:

— Te recomiendo reserva; no me comprometas: — el autor es... Pedro Salazar.

Cerca de las seis, Edelmira se hallaba en su dormitorio reclinada sobre un diván, recordando con detención una por una, las palabras que á Matilde le escuchara momentos ántes, referentes á la conducta de Carlos San Román.

A decir verdad, la revelación que se le hizo, no conmovió su ánimo en sentido favorable á su hermana; por el contrario, consideraba que

era un arma preciosa que la casualidad había puesto en sus manos, para empezar su terrible venganza.

Reflexionaba sobre el modo más eficaz que la conduciría á la realización de su propósito, cuando el sirviente le anunció que era hora de pasar al comedor.

Un momento después, Edelmira se sentaba á la mesa acompañada de toda la familia.

Durante la comida se habló de cosas indiferentes. Concluída ésta, Elena se levantó dirigiéndose al jardín, como lo hacía todas las tardes.

Después que cortó varias flores, con las que formó un hermoso ramo, se dirigió al salón, donde, sentada al piano, empezó á recorrer varias piezas de su lucido repertorio.

Cuando doña Isabel y Edelmira quedaron solas, ésta, que deseaba preparar el terreno, donde más tarde germinaría la semilla de la discordia más atroz, principió así :

— Y, mamá, no ha resuelto Carlos acortar un poco el plazo que dió ?

— No hija. El otro día precisamente, viendo que Elena delira yá en su pasión, le hablé en ese sentido, pero él me respondió, como la primera vez, que espera cumplir veintidós años.

— Y está segura usted, que de aquí á entonces, Carlos cumplirá su palabra ?

— Segura nó!... Que tengo muchas probabilidades, eso sí.

— Pero de lo probable á lo cierto, hay alguna distancia.... — observó Edelmira con intención.

— Es verdad — contestó doña Isabel — pero la conducta que este jóven ha observado hasta aquí, no me hace dudar de la sinceridad de sus sentimientos.

— Justamente — dijo Edelmira — la conducta que Carlos observa hoy fuera de nuestra presencia, me hace creer, no solo que deje engañada á Elena, sino que estamos muy cerca de perder nuestra reputación.

— Qué estás diciendo! — ¿Has oído algo sobre este particular ?

— Lo suficiente — respondió la jóven con viveza — para reputar á Carlos como un grosero farsante.

— Bendito sea Dios! — exclamó doña Isabel, entristecida y colérica al mismo tiempo.

En seguida, en corroboración de su aserto, contó á su señora madre todo cuanto acababa de saber por la jóven Matilde.

Durante su relato, Edelmira desplegó tal habilidad para hacer quedar vilmente á San Román ante el juicio de doña Isabel, que ésta, convencida yá del mal proceder de su predilecto, exclamó:

— Villano!... pretender que mi hija sea su concubina!

Y levantándose, se dirigió nerviosamente hácia el salón donde estaba Elena.

— Hija mía!— ¡Cuán desgraciada eres!— exclamó al llegar, precipitándose en brazos de la jóven, cuyo rostro cubrió de besos y de lágrimas.

Elena, ignorando por completo de lo que se trataba, ante la repentina aparición de su señora madre, recibió la sorpresa más grande que es dado imaginar.

Pasado el primer momento, la jóven condujo á doña Isabel hácia un sofá donde se sentaron, diciéndole en seguida:

— Pero mamá, por Dios!... Qué ha sucedido?

— Qué ha de suceder hijita!... Que nuestro buen Carlos anda publicando entre sus relaciones, que se burlará de tí!

— Dios mío!... Es posible semejante cosa? — exclamó Elena con angustiada voz.

— Es más que posible, es cierto!— contestó Edelmira, que entraba al salón en ese momento.

En seguida doña Isabel, secundada por su hija, refirió á Elena con todos sus coloridos, la versión que en mala hora, saliera de boca de la pérfida Matilde.

Cuando hubieron concluído su exposición, doña Isabel, dirigiéndose á la jóven, le dijo :

— Ahora, hija mía, no queda más remedio que sacrificarse, despreciando á este canalla que ha intentado sepultarnos en el lodo.

— Pero, mamá— observó Elena — por qué no esperamos á Carlos, para pedirle cumplida satisfacción?

— Porque no podrá darla de ningún modo — le respondió Edelmira— Una de las personas que le oyó calumniar tu honor, es don Pedro Salazar, quien está dispuesto á atestiguar la verdad en cuanto se le solicite.

— Santo Cielo! — exclamó la jóven, lanzando un lastimero sollozo.

Doña Isabel, compadecida de su hija, le prometió que esperaría á San Román, de acuerdo con su pedido, añadiendo:

— Pero te juro, Elena, que si Carlos no dá una satisfacción á mi paladar, en el acto será expulsado de mi casa.



VII

El día siguiente, fué no solo caluroso, sino también sofocante.

Un viento norte huracanado, que corría desde las primeras horas, levantando espesas nubes de polvo, era más que propicio para irritar los nervios mejor templados.

Felizmente con el descenso del Sol, la temperatura cambió, y de una tarde apacible pudo gozarse en compensación.

Aprovechándola pues, San Román á eso de las seis y cuarto, fué de visita á casa de su amada Elena.

Cuando hubo llegado, el jóven se dirigió con toda confianza hácia el comedor donde estaba

la familia, tarareando el «Brindis de Traviata».

Al verlo llegar cantando y con aire risueño, Edelmira murmuró entre dientes :

— Pero es atrevimiento !

— Déjalo no más — dijo doña Isabel, que había oído las palabras de su hija.

— Buen provecho y felicidades mil ! — exclamó Carlos saludando á todos al penetrar en el comedor.

— Así se las dé Dios á usted, cuando llegue á merecerlas ! — contestó la señora, dirigiendo una mirada de inteligencia á Elena y Edelmira.

Por las palabras que acababa de oír, el tono seco con que fueron pronunciadas y la palidez mortal, que cubría el semblante de su amada, San Román, con la velocidad del relámpago, comprendió que algo extraordinario había sucedido. Pero la sorpresa que recibió fué fugaz.

Disimulando su desagrado, se acercó á una percha donde colocó su sombrero con lentitud ; luego tomando una silla se sentó á corta distancia de doña Isabel.

— Con que no me cree digno mi buena señora, de que el Todo-Poderoso me haga feliz ? — le preguntó.

— Desgraciadamente bastante tarde, he venido á comprenderlo ! — repuso aquélla.

San Román, convencido yá del desfavorable

cambio que se había operado en la familia hacía él, é impulsado por su altivo carácter, resolvió aclarar en el acto este misterio, que empezaba á impacientarlo. Así es que, encarándose con doña Isabel, le dijo con toda seriedad:

— Señora, yo no estoy acostumbrado á que nadie me desaire, máxime cuando me conduzco dignamente con todo el mundo....

— Menos con nosotros! — le interrumpió Edelmira.

— Pero qué hay, por Satanás! — gritó Carlos rojo de ira.

— Y lo pregunta el descarado! — exclamó doña Isabel.

— Juro por las cenizas de mi madre, que estoy ignorante de lo que sucede!

— Pues bien: ya lo sabrá — dijo la señora. — Ayer vino Matilde de visita y con toda reserva le contó á Edelmira, que usted ha tenido la insolencia de decir públicamente, que Elena es ó será muy pronto su manceba.

— Es posible Carlos! — exclamó la jóven con un tono lleno de amargura.

— No lo creas! — repuso él — Yo destruiré pronto esta calumnia miserable....

— No la destruirá ni pronto, ni nunca — le interrumpió Edelmira — porque hay una persona que lo confundirá á usted con la verdad.

— Y quién es esa persona?

— Pedro Salazar — contestó doña Isabel.

— Bien: bajo mi palabra de honor, prometo á ustedes inmediata satisfacción.

Y sin decir una frase más, San Román tomó su sombrero, alejándose precipitadamente.

Un instante después, se dirigía hácia la morada de Salazar.

Por el camino, el jóven reflexionaba sobre la calumnia torpe que había sido vertida en su contra.

Rechazaba con indignación, la idea de que el autor fuera el noble amigo á quien iba á interrogar, y á la vez no comprendía cómo Matilde, á quien siempre trató con delicada atención, por el doble motivo de ser amiga de Elena y novia de su íntimo Salazar, pudiera ofenderle de una manera tan ruin. Y sin embargo, una de estas dos personas debía ser la culpable.

Sin poder hallar la clave de este enigma, San Román llegó á casa de su amigo.

Con verdadera desesperación, supo que Salazar se hallaba de paseo en la estancia de un pariente, de donde no volvería hasta ocho días después.

Esta contrariedad dejó al jóven completamente anonadado. El, inocente, que había prometido en casa de doña Isabel, destruir en el acto la calumnia atroz, que justamente había indig-

nado á su amada Elena, verse ahora impedido para proceder por más de una semana!

Tres días después, sin saber que partido tomar, San Román encontró por fin una fórmula, la única posible en su circunstancia.

Dirigió á doña Isabel una lacónica carta, manifestándole que por hallarse ausente Salazar, no podía, por el momento, cumplir con su palabra; que se dignara suspender su juicio sobre el incidente, hasta cinco días después.

El jóven, aunque comprendió que esta carta no había de satisfacer á la señora, no llegó á imaginarse nunca el efecto que ella causára.

Yá hemos visto que la familia de la Torre, se había dividido para apreciar la conducta de Carlos San Román.

Elena, desde el primer momento, desechó entre sí, con energía, toda idea en contra de su amado, considerándolo, como siempre, su perfecto ideal. Pero tuvo que violentar su corazón enamorado, no dando á conocer su pensamiento, por evitar graves disgustos con su señora madre, que aconsejada por Edelmira, creía que Carlos era yá un sér funesto para su casa.

Un día, como á las dos y media de la tarde, se hallaba la señora en compañía de sus dos hijas, haciendo los honores debidos á un exquisito lunch.

Edelmira que como sabemos, no perdía oportu-

tunidad para hablar del incidente que se conoce, reabrió la discusión, diciéndo á Elena :

— Qué te parece la conducta del caballero San Román? No habrá tenido tiempo para vindicarse «inmediatamente» como lo prometió?

— Quién sabe! —murmuró la jóven casi maquinalmente, pero sin dejar de dirigir una mirada severa á su hermana.

Edelmira prosiguió :

— Váya que indiferencia! Dios bendiga tu cachaza!

— Cállala por Dios hija —le interrumpe doña Isabel — este asunto maldito, creo que me vá á hacer morir de desesperación el momento menos pensado.

— Es un disparate afligirse de esa manera — le respondió Edelmira — no es con desesperaciones ni con indiferencias, con lo que se ha de remediar el mal; proceda usted con energía y nada más.

— La verdad, que no careces de razón — repuso la señora — hoy hacen tres días que prometió vindicarse y... ni una palabra! Se necesita ser cínico!

Elena, al oír tratar así á su adorado, no pudo guardar silencio por más tiempo y exponiéndose á las iras de su señora madre, terció en la cuestión así:

— Algún inconveniente habrá tenido Carlos,

mamá; estoy segura que de lo contrario, él hubiera estado aquí, á satisfacernos en un todo.

— Pues estamos lucidos! — exclamó doña Isabel — San Román te ha calumniado de la manera más ruin que es dado imaginar, y tú tienes la osadía de defenderlo contra viento y marea?

— Es que nadie ha probado que sea calumniador! — replicó Elena con entereza.

— Su silencio durante tres días en que estaba obligado á hablar, lo dice con bastante elocuencia — observó Edelmira.

En ese momento, el sirviente penetró al comedor y entregando una carta á doña Isabel, le dijo:

— De parte del señor San Román.

— Está bien, retírate no más.

Luego, pasándosela á Edelmira, díjole al mismo tiempo:

— Léela la satisfacción de ese malvado.

Algunos segundos después, la jóven enterada del contenido de la misiva, respondió:

— Don Carlos San Román, pide prórroga por cinco días más para vindicarse, pretextando que Salazar se halla ausente.

— Pero este condenado se ha propuesto volverme loca! — exclamó doña Isabel — es el colmo de la desvergüenza!

— Pero señora — le interrumpió Elena — qué

mal encuentra usted en que Carlos espere el regreso de Salazar, para vindicarse en su presencia ?

— El mal que encuentro — contestó doña Isabel encolerizada — es que el tal Carlos es un perverso, que quiere reirse de esta vieja, que él llamará tonta, con razón, porque ha tenido la simpleza de considerarlo como nunca mereció !

— Nó mamá ! — repuso Elena — por simples sospechas de mal proceder, no se deprime la reputación de un caballero, como es Carlos San Román. Bastantes pruebas ha dado siempre, de la nobleza de su carácter.

— Como la que ha dado hoy, de su más refinada infamia . . . — le interrumpió Edelmira.

— Faltas á la verdad, deslenguada ! — le apostrofó la jóven con imperioso acento.

— Silencio ! — gritó doña Isabel con voz de trueno.

En seguida, dirigiéndose á Elena, le dijo con toda cólera :

— Prevengo á usted, que desde este instante, quedan rotas por completo las relaciones que desgraciadamente, hemos mantenido con Carlos San Román.

— Mamá por Dios ! — exclamó la jóven con angustia infinita.

— Nada ! — repuso la señora — lo mando y

basta; pero ten cuidado en obedecerme ciegamente, porque sinó, ya sabrás quien es tu madre!

Elena, anegada en un mar de lágrimas, se retiró á su dormitorio, exclamando entre sollozos:

—Dios mío!. . . . Cuán desgraciada soy!



VIII

Entre tanto, Carlos San Román esperaba impaciente la llegada de su amigo.

El mismo día en que Salazar debía volver de la estancia, se dirigió á él por escrito, interrogándolo sobre la versión infamante que había propalado su respectiva novia.

A las seis de la tarde, es decir, horas después, obtuvo la contestación que sigue :

« Dolorosa sorpresa he recibido al leer su carta de usted.

« No le he oído jamás recordar el nombre de la señorita Elena de la Torre, sino para tributar justo homenaje á las relevantes prendas que adornan su interesante sér.

« Y si la jóven Matilde, ha tomado mi nombre para ocultar su conducta ruin, habrá perdido desde yá, toda mi consideración.

Suyo affmo.

P. Salazar ».

Al día siguiente, cerca de las diez y cuarto de la mañana, Carlos, provisto de este documento, se dirigió á casa de su amada Elena.

Previendo la frialdad con que sería tratado, al llegar, no se introdujo con la confianza de costumbre. Al contrario, entregó al sirviente que salió á recibirle, una tarjeta, diciéndole con toda seriedad :

— Anuncie usted mi presencia á la señora Isabel.

Algunos segundos después, la puerta del salón se abrió, apareciendo el mismo servidor, quien dijo al jóven :

— Dígnese pasar adelante, que la señora viene en seguida.

— Perfectamente — repuso San Román.

Al cabo de ocho ó diez minutos de espera, apareció doña Isabel, seguida de Edelmira y sin contestar á un respetuoso saludo del jóven, le preguntó con cierta altanería :

— Qué motivo explica su presencia en esta casa ?

Por prevenido que estuviera Carlos de la seriedad con que sería recibido, esta pregunta, que envolvía un cruel desaire, lo dejó perplejo por algunos segundos. Pero, reponiéndose muy luego, le respondió:

— Vengo, señora, á probar que una infame en unión de una traidora, ha pretendido empañar el brillo de mi reputación.

— Pues en ayunas nos quedamos con su explicación! — murmuró Edelmira, plegando sus labios una sonrisa de burla.

— No será por mucho tiempo! — repuso San Román, dirigiéndole una mirada reveladora del desprecio que por ella sentía.

— Qué quiere decir todo esto? — preguntó doña Isabel un tanto irritada.

— Quiere decir — le respondió el jóven — que su amiga Matilde es una calumniadora vil, y Edelmira es su digna auxiliar.

Luego, sacando de su cartera el documento que se conoce, le dijo con aire resuelto:

— Aquí tiene usted la prueba....

Y acercándose á la señora para que pudiera cerciorarse de su contenido, lo leyó en alta voz hasta su final.

Doña Isabel, á pesar de la animosidad de que se hallaba poseída, no pudo menos que aceptar la satisfacción que le daba Carlos por medio de la contestación de Salazar, condenando, á la

vez, la conducta de su amiga. Así es que, se vio obligada á decirle:

— Estoy satisfecha....

En seguida, como hablando consigo misma, exclamó:

— Pero quién había de pensar que Matilde fuese capaz de una acción semejante!

Edelmira, que no había desplegado sus labios durante la lectura de la carta, colérica, como es de suponerse, abandonó el salón, murmurando:

— Ah!... maldito!... celebra no más tu victoria, mientras estalla mi venganza!

Desde la llegada de San Román, Elena, que había permanecido oculta en la pieza siguiente, escuchando lo que pasaba entre éste y su señora madre, cuando oyó decir á doña Isabel, « estoy satisfecha » — se precipitó conmovida al salón, exclamando:

— Y yo también lo estoy!

En seguida, tendiendo la mano á su amado, que estrechó con frenesí, añadió:

— Nunca dudé Carlos, de la nobleza de su corazón!

— Gracias, Elena — le contestó el jóven — Dios quiera que este incidente, sea una lección para el porvenir.

— Oh!... no lo olvidaré jamás! — exclamó ella, dejando asomar á sus ojos dos lágrimas,

que se deslizaron silenciosas por sus pálidas mejillas.

San Román, al fijarse atentamente en el rostro de su amada, notó algo que no dejó de preocuparle. Por esta razón le preguntó en el acto :

— Estás enferma, Elena?

— No tengo novedad — contestó la jóven.

— Pero ¿qué cambio tan radical observo en tu semblante....

— No es nada — se apresuró á decir doña Isabel. — El otro día, corriendo en el jardín, tropezó en el tronco de un árbol que había sido cortado, y cayó, recibiendo en la cara un golpe de consideración.

Carlos no dejó de observar, que la señora hacía grandes esfuerzos por dar á su relato la mayor naturalidad. Después tuvo motivos para sospechar que doña Isabel, había improvisado una contestación y por consiguiente, que algo grave le había pasado á Elena. Pero como recién iba á reanudar su relación, no creyó conveniente hacer indagación de ningún género, reservándose para mejor oportunidad. Así que, con todo disimulo, dijo á su amada :

— Pero es necesario que te cuides un poco más.

— Sí! — contestó Elena, lanzando un suspiro que más parecía un sollozo. — Que me cuiden un poco mejor — no es verdad?

— Vaya, vaya! — le interrumpió doña Isabel — que parece que la fiebre no se te ha calmado.

Y dirigiéndose en seguida al jóven, le dijo:

— Bien, San Román: si grande ha sido el disgusto que he experimentado por lo que ha sucedido, grande también es hoy la satisfacción que tengo al manifestarle que en adelante, será usted recibido en mi casa con la consideración de siempre.

— En presencia de la seriedad de mi conducta — repuso el jóven — no esperaba de usted otro temperamento.

San Román se despidió dolorosamente impresionado.

Reflexionando sobre ciertos detalles que no escaparon á su ojo perspicaz, la sospecha de que su amada había sido víctima de algún tratamiento brutal, adquirió en su espíritu la forma de verdadera convicción.

Se equivocaba?

Pronto se sabrá.

Aquella tarde en que doña Isabel prohibió tan cruelmente á Elena continuar en sus relaciones con Carlos, so pena de ser tratada con todo rigor, principió la éra del sufrimiento para la virtuosa jóven.

Edelmira, no satisfecha con ser ayudada por doña Isabel, sobre la cual tenía una influencia decisiva, ambicionaba otro aliado más.

Poco tardó en convencer á su señora madre, de la necesidad que había en llamar á don Fernando y autorizarlo para que en representación de la familia, interviniera en las relaciones de San Román con su hermana Elena, procediendo como lo juzgase oportuno.

A la mañana siguiente, es decir, cinco días ántes de haber hecho las paces la señora con Carlos San Román, Edelmira envió una tarjeta á su tío, llamándole con urgencia de parte de doña Isabel.

Algún tiempo despues, el reloj de una capilla situada á corta distancia, dió las once de la mañana.

Era la hora de almorzar.

El sirviente, como de costumbre, anunció á cada una de las personas de la casa, que debían pasar al comedor. La señora y Edelmira no se hicieron esperar. Una vez sentadas á la mesa, doña Isabel notó la ausencia de Elena y esto, que en otra ocasión no le hubiese dado importancia, ese día, que se hallaba de mal humor, consideró como una falta grave.

Y dirigiéndose al sirviente que entraba en ese instante, le preguntó:

— Ha llamado usted á Elena ?

— Sí, señora — respondió Gabriel.

— Y por qué no viene ?

— Me dijo que estaba un poco indispuesta.

— Con mimos.... nó? — Estoy como para regalías hoy!

— No le he dicho, mamá, que Elena le vá á dar que hacer? Ya verá si me equivoco! — le observó Edelmira.

— Pues, te equivoques ó nó!... yo me haré respetar como corresponde.

— Gabriel!

— Señora.

— Diga usted á Elena que venga inmediatamente.

Un instante después volvió el sirviente y dijo á doña Isabel:

— La niña está llorando y me ha dicho que se siente enferma, que no puede almorzar hoy.

— Está llorando.... nó? — Porque no consiento que el pillo de Carlos haga de mí cera y pábilo?

— Ha visto, mamá!... Qué le decía yó?

— Es que nunca me imaginé que esta trompetilla pretendiese rebelarse contra mí. Pero ya lo verá!

Y llamando al sirviente le ordenó:

— Diga á esa muchacha que venga en el acto, porque sinó, le vá á costar muy caro.

El bondadoso servidor obedeció; y después de haber suplicado á Elena, con la mayor dulzura, que fuese al comedor, regresaba contestando en seguida á la señora:

— La niña se ha recostado ; dice que está muy mal, que no la incomode....

— Bandida! — rugió doña Isabel — ya verás lo que te pasa !

E inmediatamente se lanzó como una tigre hacia el dormitorio de Elena, cuya puerta abrió con estrépito infernal.

— ¿ Qué te has creído, maldita — le dijo — que á mí me has de desobedecer ?

Y abalanzándose sobre la jóven, que permanecía recostada, la tomó del cabello con tal fuerza, que la arrojó fuera del lecho, cayendo sobre el pavimento.

Elena lanzó un ¡ ay ! dolorosísimo, capaz de conmover á una fiera, que no se hubiese llamado Isabel de la Torre.

Por espacio de dos ó tres minutos, estuvo la desgraciada jóven tendida en el suelo, sin hacer el menor movimiento y exhalando apenas débiles gemidos.

Doña Isabel, que la había estado contemplando con cierta satisfacción, la tomó de un brazo en seguida y sacudiéndola con violencia, le ordenó con todo imperio :

— Levántese usted de ahí !

Elena, aterrorizada al oír la voz de su señora madre, despertando como de un letargo, se levantó con suma dificultad, cayendo en seguida pesadamente sobre el borde de la cama. Luego

empezó á sollozar de la manera más dolorosa, vertiendo un torrente de lágrimas.

Doña Isabel, sin conmoverse lo más mínimo, dirigiéndole una mirada llena de ódio, murmuró al abandonar la habitación:

— Fernando te arreglará mejor!



IX

Al lado de la casa de doña Isabel, y situada hácia la calle del Oeste, se hallaba el hogar de don Francisco Valladares, que vivía en compañía de su esposa y de cuatro hijos.

La señora, llamada Teresa, jóven aún, pues contaba treinta y dos años de edad, era verdaderamente interesante. De estatura proporcionada, de gallarda presencia y de modales distinguidos, su trato afable y la virtuosa resignación con que sufría las diversas vicisitudes del hogar, hacían de ella un sér digno de las más delicadas consideraciones.

Descendiente de una familia de fortuna y elevada posición social, desde que se casó, tuvo que vivir relativamente aislada.

Los antecedentes juveniles de Valladares, no desmerecían en nada de los de su distinguida señora. Sin embargo, los padres de Teresa trataron de oponerse al matrimonio, por haber llegado á sus oídos ciertos rumores sobre la conducta del pretendiente de su hija.

Se consideraba á Valladares, sumamente inclinado al juego y al alcohol. Pero los amores estaban ya muy avanzados y el hecho se consumó, aunque sin la complacencia natural de su familia.

En el momento que Valladares entra en escena, tendría cuarenta años de edad. Rubio, de barba cuidadosamente recortada, y con ojos celeste claro, su figura era más bien vulgar, sin dejar por esto de tener un rostro simpático.

Le gustaba vestirse bien; tenía arranques de brillante generosidad; se reunía con varios amigos, yendo á compartir de noche con ellos en diversiones sin fin, su dinero y su inacabable entusiasmo por todo lo que tuviese olor á orgía.

Era hombre prevenido. Nunca salía á la calle sin llevar un puñal en su vaina respectiva, oculto del lado izquierdo debajo del chaleco.

Su vida se deslizaba en un completo desorden.

Trataba á su familia con suma frialdad. Jamás un beso en la mejilla á sus pequeños hijos.

Nunca una broma alegre, ni una sonrisa para su esposa.

Cuando regresaba de la calle, permanecía poco menos que mudo; durante la comida pocas palabras, lo estrictamente necesario; el ceño adusto siempre.

La dolorosa impresión que esta conducta producía en el corazón de su tierna esposa, ya se comprenderá.

Ella, toda amor, toda dulzura, toda sumisión, verse correspondida de ese modo, era atroz! Y sin embargo, á todo se resignaba, con tal de que la paz reinase en su hogar.

A Valladares no le preocupaba el porvenir. Iba consumiendo con rapidez la fortuna que había heredado, pensando que cuando concluyera, trataría de obtener la que correspondía á su señora.

Y al razonar de esta manera, se lanzaba con los ojos chispeantes de avaricia á cierto «Café», donde el naípe y la ruleta evaporaban fortunas en algunos segundos.

En seguida, para ahogar las emociones del juego, venían frecuentes libaciones, las que varias veces concluyeron por embriagarlo completamente.

No extrañará á nadie, pues, que esta vida transformase su sér moral.

Hoy, era un individuo de corazón de roca,

en que la desgracia, ni el dolor de sus semejantes, casi nunca llegaban á conmoverlo.

En las diversas aventuras amorosas que arrostraba al mismo tiempo, era guiado por esta divisa : «No hay mal medio para llegar á buen fin ».

No tardó mucho tiempo en que Valladares, después de haber conocido á su vecina Edelmira, se sintiese atraído hácia ella, y por consiguiente, no despreció desde entonces, oportunidad en que la veía, para manifestarle por inteligentes miradas, lo que deseaba decirle su corazón.

La jóven, por su parte, comprendía las intenciones de Valladares, sintiendo á la vez nacer en su pecho, una afección hácia él.

A poco andar, esta ardiente simpatía, se convirtió en recíproca correspondencia de amor.

Una vez, ambos acordaron tener una cita nocturna en primera oportunidad. Trataban de verse en el jardín, es decir, ella saldría á una hora dada, hácia el interior, para encontrar á su amante cerca de la pared que dividía sus respectivos hogares. Pero había un inconveniente capital: era el bravísimo y enorme mastín, fiel guardián de la casa.

Valladares se encargó de salvar este obstáculo, prometiendo á la jóven proveerse de un narcótico, que administrado al animal, les per-

mitiría contemplarse tranquilos algunos instantes.

Edelmira, como hemos visto, había obtenido un gran triunfo en su hogar.

Ella había conseguido, desplegando una astucia sin igual, que doña Isabel, ántes bondadosa madre, se tornase en una verdadera arpía para con la inocente Elena. Pero esta victoria, no era sino el principio de la que anhelaba obtener.

Por su parte la jóven sufría resignada el trato cruel que diariamente se le daba. Pero su resignación tenía un límite: y este era el recuerdo de su amado.

Las vejaciones, el tratamiento salvaje de que hacía gala su señora madre, no arrancaron jamás una protesta de su noble corazón. Pero cuando doña Isabel ó Edelmira recordaba á San Román con sus habituales insultos, entonces la digna Elena, sintiéndose herida en lo más profundo de su alma, devolvía, una por una, estas injustas ofensas.

Y cuántas lágrimas no costó á esta desventurada jóven, su fidelidad al recuerdo de su adorado Carlos!

Hé aquí un incidente, por el cual tuvo que sufrir un verdadero martirio.

Una noche, como á las ocho y cuarto más ó menos, se hallaba la familia de sobremesa en el comedor.

Elena, cuyo pálido semblante revelaba la profunda tristeza que embargaba su alma, permanecía silenciosa, inclinada sobre un hermoso trabajo de crochet, que trataba de concluir. Y doña Isabel, abstraída por completo, escuchaba á Edelmira la lectura de una crónica en que una madre, por un motivo insignificante, presa de un acceso de furor, había arrojado unas tenazas al rostro de su hija, produciéndole una herida en la cabeza de cierta gravedad.

Cuando concluyó la lectura, doña Isabel, mirando á Elena con fijeza le dijo :

— Has oído ? Que te parece ?

Compara á esa madre conmigo y me dirás si no tengo razón para hacerte trizas, día por día !

— Señora — le respondió la jóven — tal vez esa madre tendría antecedentes poco satisfactorios de su hija. . . .

— Y los que yo tengo de tí ? — le interrumpió doña Isabel encolerizada.

— De mí, mamá. . . . no tiene otros que la virtud más abnegada !

— Bah ! Con más modestia amanecemos esta mañana ! — terció Edelmira con su habitual sonrisa de burla.

— Es la verdad simplemente ! — repuso Elena con entereza.

— Pues está visto que esta altanera es indomable! — exclamó doña Isabel.

— Creo, mamá, que no he hecho más que una observación.

— Y quién te mete á hacerme observaciones de ninguna clase? Nó!... si estas son álas, que le han dado los amoríos á la niña!

— Pues córteselas con tiempo — murmuró Edelmira.

— Ah! canalla — le apostrofó Elena — tú eres mi perdición!

— Acáso porque contribuyo á que mamá te salve de las garras de ese pillo, que quiere deshonorarte?

— Nó!... Tu ruin proceder obedece á la envidia que te devora, por lo que yo considero mi felicidad!

Esta contestación, fué como un flechazo que recibió Edelmira, la que inmediatamente agregó:

— Desvergonzada!... Amargar la existencia de una familia, por serle fiel á un depravado!

Elena entonces no pudo contenerse; se levantó y adelantándose hácia su hermana, con voz firme le dijo:

— Quien merece tal calificativo, es tu amado Sandoval, que pretendió asesinaros de la manera más cobarde que es dado imaginar!

— Sí!... —replicó Edelmira un tanto cortada—y San Román nos salvó la materia, para en seguida « asesinarnos » el alma!

— Miéntes!— exclamó Elena en el colmo del furor y uniendo la acción á la palabra, estampó su mano derecha con tal fuerza en el rostro de Edelmira, que ésta, vacilando sobre sus piés, cayó pesadamente sobre la silla que un momento ántes ocupaba.

Doña Isabel, dominada por la enérgica actitud de la jóven, no procedió como era de esperarse, limitándose á decirle con severidad:

— Desgraciada!... Mañana pagarás con creces, tu insolente proceder!

Elena respirando un aire de satisfacción, se retiró á su dormitorio murmurando para sí:

— Dios quiera que te sirva de escarmiento!

Cuando la jóven se fué, Edelmira exhaló un profundo suspiro y enjugando algunas lágrimas de reconcentrada cólera, dijo á doña Isabel:

— Ya vé señora, el resultado de sus contemplaciones! Esta perversa no tardará en hacer lo mismo con usted.

— Según se vé— repuso aquella — yo mañana tendré que lamentarme de haber creado un cuervo para que me saque los ojos....

— De lo que nadie será culpable sino usted misma.

Doña Isabel, adoptando una enérgica resolución, añadió en el acto :

— Pero nó! . . . A grandes males, grandes remedios. Mañana irás á buscar á Fernando y lo autorizaré para que la arregle una vez por todas.

— Sí: siempre que no ande después perdonando con su debilidad reconocida. . . .

— Te juro — dijo la señora — que aunque la mate, no diré una palabra en su favor !



X

Al día siguiente por la mañana, Edelmira se dirigió á casa de don Fernando Talavera.

Cuando hubo llegado, fué introducida al escritorio donde se hallaba su tío en ese momento.

Don Fernando, al ver á la jóven, le dijo sin saludarla:

— Qué milagro es éste? Tú por aquí tan temprano!

— Qué quieres! — le contestó Edelmira — las circunstancias me obligan á incomodarte.

— Como siempre!

— Gracias.

— Pero qué diablos quieren ustedes conmi-

go? Vez pasada recibí una tarjeta en que me llamaban, con urgencia decía, pero yo estaba muy ocupado y no podía perder tiempo en zoncercas.

— No eran zoncercas, sinó algo muy sério.

— Sí, ya entiendo; tal vez para darme cuenta de que Elena se casa con un cualquier cosa. No es cierto?

— Algo sobre eso; pero no hay nada de casamiento.

— Y sinó, qué hay?

— Lo que hay — repuso Edelmira — es que el pretendiente ha resultado un farsante de marca mayor, que nos desacredita públicamente; que Elena se ha vuelto una altanera insoporable, que nos insulta á cada rato, llegando su insolencia al extremo de amenazarnos con las iras de su amante. Y en fin, que nuestra casa se ha convertido hoy, en un verdadero infierno.

— Pero es curioso lo que les pasa á ustedes!

— Comprendo que es altamente ridículo. ¡Pero qué quieres! Debilidades de madre

— Siempre Isabel fué una insensata!

— Pero ahora mamá ha resuelto proceder con energía. Me ha encargado te suplique vayas inmediatamente, para que la hagas respetar como corresponde.

— Y por qué no se hace respetar ella sola?

— Porque Elena se ha convertido en un demonio, que pretende cachetearla, como anoche lo hizo conmigo.

— Pero qué se habrá pensado esta maldita! — exclamó don Fernando — En fin... vamos; yo la arreglaré!

Un momento después, Edelmira, acompañada de su tío, regresaba á casa de la señora Isabel.

Por el camino don Fernando pensaba para sí:

— Qué espléndida oportunidad se me presenta! Poder vengarme á mi gusto, sin que nadie sospeche lo más mínimo! Oh! Elena..... aquel desprecio.... me lo vás á pagar con usura!

Y lleno de gozo se sonreía ante la infamia que pensaba cometer.

Cuando llegaron, algunos minutos después, al penetrar en el zaguán, Edelmira dijo en alta voz:

— Mamá: ya está aquí Fernando.

— Bien venido sea! Pasen adelante — contestó doña Isabel, que los había estado esperando en el salón.

— Grandes deben ser las novedades que hay en esta casa, cuando se me ha llamado con tanta urgencia — dijo al entrar Talavera, haciéndose el que ignoraba por completo lo que sucedía.

— Efectivamente — repuso la señora. — Y te necesito como el pan de cada día.

— Sí, pues: solo cuando truena Santa Bárbara!

— No seas ingrato, Fernando....

— Bueno: vamos al grano. Qué es lo que quieres?

— Ya lo sabrás.

En seguida doña Isabel impuso á su hermano, con minuciosidad, de las relaciones que mantenían con Carlos San Román y de la conducta que Elena observaba en su hogar, terminando así:

— Ahora quedas autorizado para proceder como jefe de la familia.

— Está bien — repuso don Fernando.

— Dónde está Elena?

— En su dormitorio.

— Pues vamos allá.

Una vez en presencia de la jóven, doña Isabel le habló de este modo:

— Acabo de facultar á tu tío para que intervenga en tus amoríos con San Román. — Te mando acates ciegamente cuanto se sirva ordenarte.

Y sin añadir una palabra más, se alejó de la habitación con paso acelerado.

Elena, que ante la repentina aparición de don Fernando, había recibido la más desagradable impresión, al oír la orden terminante de su señora madre, se quedó como quien vé visiones.

Pero muy pronto, con su natural perspicacia, comprendió que doña Isabel la entregaba en manos de un verdugo.

Así es, que viéndose perdida, trató de dominar su emoción, y recobrando en seguida el imperio sobre sí misma, contestó :

— Nadie tiene derecho á intervenir en los sentimientos de mi corazón !

— A excepción mía!—le interrumpió don Fernando.

— A excepción de mi madre solamente! — replicó Elena alzando la voz.

— Pero yo estoy en su lugar, y me has de obedecer mal que te pese !

— Jamás ! Eres demasiado ruin para hacer las veces de mi venerado padre !

— Insolente ! — vociferó Talavera — ya me la pagarás !

Y ciego de cólera, se abalanzó sobre la jóven, dándole sobre el pecho un feroz golpe de puño, que la hizo trastrabillar algunos pasos.

— Cobarde ! — gritóle entonces Elena. Y acercándose hácia él, le escupió en plena cara, diciéndole al mismo tiempo :

— Me repugna tu presencia !

Don Fernando, al recibir esta justa cuanto sangrienta ofensa, en el colmo del furor, se precipitó nuevamente sobre la jóven; pero ésta, re-

trocedió con rapidez y se alejó corriendo por el pátio, seguida de cerca por su tío.

En ese intervulo, Edelmira fué á su cuarto y trajo una correa de cuero, de que se había provisto con anterioridad.

Talavera logró alcanzar á Elena y tomándola por detrás, la aprisionó entre sus brazos de acero.

Entonces Edelmira se acercó hácia ellos, diciendo á su tío :

— Espera, Fernando, que conmigo tiene una deuda sagrada. . . .

Y al mismo tiempo descargó con todas sus fuerzas, un latigazo sobre el rostro de la desgraciada jóven.

Un doloroso gemido contestó á esta alevosa acción.

En seguida, Talavera, extendiendo una mano á su sobrina, le dijo :

— A propósito ! Trae, Edelmira.

— Tóma ! — contestó ésta, entregando á su tío la correa de que tan infame uso acababa de hacer.

Don Fernando dió entonces á Elena un fuerte empujón, derribándola como una masa inerte.

Una vez en el suelo, se precipitó sobre ella y empezó á castigarla con verdadera fúria.

Los gritos desgarradores que profería esta des-

venturada, parecían alentar en su inhumana tarea á aquel salvaje verdugo.

Llegó un momento en que Talavera, sumamente fatigado, dejó de azotarla y entonces pudo ver con espanto lo que había sucedido.

Elena, con sus cabellos en desórden, su rostro amoratado, cubierto de sangre y de polvo, no daba señales de vida.

Edelmira se acercó hácia ella y examinándola con detención, pudo notar que un sudor frío bañaba su frente y que su respiración era casi imperceptible. Entonces, con toda sorpresa, dijo á su tío :

— Parece que se ha desmayado !

Don Fernando, que contemplaba á su víctima, con sarcástica sonrisa, murmuró con cierta amargura :

— Expuesto estoy á ir á una cárcel, por culpa de esta bandida !

Luego, disponiéndose á retirar de aquel sitio, se adelantó hácia el cuerpo inanimado de la joven, y dándole un puntapié, exclamó al mismo tiempo :

— ¡Tóma ! para que otra vez aprendas á respetarme !

Elena, en un estado lamentable, fué levantada en seguida y llevada á su dormitorio por la an-

ciana Rosa, antigua sirvienta de la casa, que lloraba como un niño. Y debido exclusivamente á los cuidados de esta fiel servidora, pudo la víctima de este criminal atentado, levantarse de la cama una semana después.



XI

Edelmira de la Torre, como sabemos, mantenía ocultamente relaciones ilícitas con su vecino don Francisco Valladares.

Este era, pues, el tercer afecto que había conmovido el alma de esta rencorosa mujer. Pero, en obsequio á la verdad de nuestra exposición, debemos advertir que esta veleidad, no obedecía á los impulsos de un sensualismo vulgar.

En efecto: Edelmira había amado, como se ama una sola vez en la vida: con la vehemencia del primer amor.

El ideal que su mente acarició desde los albores de su juventud, era Matías Sandoval.

Ya conocemos la manera como doña Isabel,

expulsando á este jóven de su hogar, tronchó la felicidad de su hija mayor.

Cuando Carlos San Román, solicitó la mano de Elena para hacerla su esposa, Edelmira recordó tristemente sus desgraciados amores y el menosprecio con que siempre la trató su muy injusta madre.

Impulsada entonces por un sentimiento de venganza, muy explicable en su situación, trató de interesar el corazón de Carlos, manifestándole su ardiente pasión. Y si el jóven hubiese caído en esta hábil celada, Edelmira, descubriéndolo ante su familia, le habría hecho pasar un soberano ridículo.

Desairada como fué por San Román y enardecida por su anhelo de venganza, influyó, como hemos visto, para que doña Isabel y su tío don Fernando martirizasen á su digna hermana.

No satisfecha aún, trató de conquistar un aliado que secundase hábilmente su conducta en el porvenir.

A las once y media de una noche tormentosa y lúgubre, en que la tierra era iluminada por relámpagos violáceos que se sucedían sin cesar, Edelmira salió de su dormitorio, dirigiéndose en seguida cautelosamente hácia el jardín.

Cinco minutos después, Valladares la estrechaba entre sus brazos.

La jóven, que ya había formulado un plan

incalificable y que necesitaba la ayuda de su amado para realizarlo, se empeñó con éste, en animadísima conversación.

Pasada una hora, más ó menos, Valladares díjole al despedirse :

— Ojalá, perla mía! cuando estés satisfecha, no me desaires con la crueldad de siempre!

Entonces Edelmira, tomando una mano á su amante y oprimiéndola entre las suyas, le respondió :

— Si me cúmple su promesa, juro pertenecerle en cuerpo y alma!

— Tú lo verás, querida.

— Está bien Adiós!

El día siguiente Edelmira lo pasó sumamente agitada. La intranquilidad de su conciencia, no le permitió un instante de reposo.

Llegada la noche se encerró en su dormitorio, y recostándose en su lecho, comenzó á reflexionar por la centésima vez, sobre la terrible venganza que preparaba á su aborrecida hermana.

Preocupada en sus meditaciones se hallaba, cuando el reloj del comedor le recordó que eran las doce.

Como impulsada por un resorte se levantó, y dirigiendo una mirada verdaderamente feroz hácia el dormitorio de Elena, exclamó :

— Ah! Dios es testigo que me pierdo por lograr tu perdición!

E inmediatamente, apagando la luz, se deslizó como una sombra, hácia el mismo sitio en que la vimos la noche anterior.

Habría andado veinte varas á lo más, cuando oyó un silbido que en el acto reconoció.

— Me espera — dijo entre sí — y acelerando el paso, llegó á donde estaba Valladares.

Por largo rato ambos se entregaron á un amoroso coloquio.

Cuando la jóven trató de retirarse, dijo á su amado:

— Oh!... Nö me equivoqué, al cifrar en usted mis esperanzas!

— De manera que me juzgas digno de tu amor?

— Bastantes pruebas le he dado....

— Pero no la que me hará, el más feliz de la tierra!

— Por Dios! Qué más?

— Nö, Edelmira: ha llegado por fin el momento decisivo. O cúmples tu promesa ó anulo cuanto hemos pactado!

La jóven, entonces, al oír esta enérgica imposición, se separa con rapidez del lado de Valladares. Detiéndose en seguida; piensa un instante.... vacila.... y luego se precipita en brazos de su amante.

Un día, como se recordará, San Román sos-

pechó de que su amada Elena había sido maltratada en su hogar. Deseando convencerse á todo trance, á las seis y media de la mañana siguiente, se hallaba parado en una esquina, á inmediaciones de la casa de doña Isabel, esperando á álguien parecía, según la impaciencia con que miraba á cada instante, en determinada dirección.

Diez minutos después, observó á un hombre que con un cesto de mimbres en el brazo, avanzaba resueltamente hácia él.

Al reconocerle, el jóven murmuró :

— Ese es Gabriel. . . . Ahora todo lo sabré.

En efecto : era el sirviente de la señora Isabel, que se dirigía al mercado á efectuar las compras de costumbre.

— Es usted señor don Carlos ?— le preguntó sorprendido al aproximarse — Qué hace aquí tan temprano ?

— Aquí estoy esperándote. . . . mi buen Gabriel.

— A mí, señor ?

— Sí — y te necesito mucho.

— Y en qué puedo servirlo ?

— Ya te lo diré, siempre que me confieses la verdad.

— Señor !. . . no comprometiéndome. . . . haré todo cuanto me ordene.

— Te doy mi palabra de que nada se sabrá.

Y sacando de su cartera un billete de diez pesos, el jóven lo entregó al sirviente diciéndole:

— Tóma!... y respóndeme con cuidado.

— No señor!... nó....

— Guarda eso, te digo!

— Tantas gracias, — Dios se lo pague! — contestó Gabriel, depositando el dinero en el bolsillo del chaleco.

En seguida San Román, le interrogó sobre cuanto deseaba saber á cerca de Elena, en sus relaciones con su señora madre, tío y hermana.

El bondadoso servidor, le impuso fielmente de lo que había sucedido. Y por este mismo conducto, el jóven estuvo al corriente, en lo sucesivo, de todo lo que pasaba en el seno de la familia de la Torre.

Ahora bien. Carlos San Román, dotado de un carácter altivo é impetuoso, no podía contemplar impasible el brutal tratamiento, que su querida Elena recibía en su hogar.

Varias veces, que al recordar los sufrimientos de su ídolo, profundamente indignado, estuvo á punto de precipitarse sobre los verdugos de esta mártir, la reflexión vino á tiempo, moderando sus nerviosos arranques. Pero había llegado el momento de ajustar su conducta á un plan bien meditado. La situación excepcional en que se hallaba, así lo exigía.

En efecto: Elena, siendo menor de edad, es-

taba bajo el dominio de su señora madre, cuya vénia era indispensable para que pudiera contraer matrimonio.

Y si la martirizaba tan cruelmente, para eliminar todo afecto de su corazón hácia él, — cómo era posible que otorgase su consentimiento ?

Si procedía violentamente, separándola de su hogar, — qué sacerdote bendeciría su unión, sin el permiso materno ?

Por otra parte ; no era indigno rebajar á la condición de una manceba vulgar, á la elegida de su corazón, inter la Iglesia pudiera santificar sus amores ?

Finalmente — si provocaba á don Fernando — no se exponía á que se le cerrase por completo, la puerta del hogar de su amada ?

Después de reflexionar sériamente sobre su situación, San Román resolvió proceder con la prudencia más grande que es dado imaginar.

Para él, no había sino dos caminos que le conducirían á su anhelada felicidad. O, con su conducta ejemplar, en el transcurso del tiempo, lograba ablandar el *empedernido* corazón de la señora ó esperaba resignado que Elena llegase á su mayor edad.

Una tarde, como de costumbre, á las tres y media próximamente, San Román se encon-

traba de visita en casa de la familia de la Torre.

Doña Isabel, que á la sazón se hallaba muy abatida por su enfermedad, permanecía en cama, silenciosa y un tanto preocupada al parecer. Y el joven, con su amada, estaban á cierta distancia de la enferma, hablando muy despacio sobre temas diversos.

De repente la señora se incorpora en el lecho y llama á San Román. Este, se aproxima. Elena le sigue; pero notando que desea hablar solo con él, se retira, dirigiéndose al jardín.

Doña Isabel toma entonces una mano del joven; se la oprime con dulzura, y apareciéndole algunas lágrimas en los ojos, le dice luego con voz sollozante:

— Carlos: usted ha procedido siempre en mi casa como un caballero; yo le distingo lo mismo que á un hijo querido. Por estas razones no puedo consentir que sea usted por más tiempo el juguete de mi hija.

Elena lo engaña!... Anda en amores con un hombre casado.... con nuestro vecino Valladares!

San Román, aturdido con esta declaración, permaneció silencioso algunos segundos; luego, preso de una emoción terrible, contestó á la señora:

— Está bien!... Yo sabré cumplir con mi deber!

En seguida tomó su sombrero, y vá á salir precipitadamente, cuando Edelmira entra en la habitación y con voz angustiosa le dice :

— Carlos : suplico á usted me escuche dos palabras.

— Qué hay ? — le preguntó el jóven.

— Hay — prosiguió ella — que usted me aborrece ; que siempre creyó que mi corazón solo respiraba venganza y crueldad.

— Y bien ?

— Llegó la ocasión, al fin, de que usted palpe mi conducta noble.

Luego después de exhalar un profundo suspiro, continuó :

— El otro día buscando en el ropero de Elena, unas cintas que había guardado para concluir un vestido, encontré un paquetito de papeles prolijamente acomodado ; me dió curiosidad y lo abrí. Contenía cinco cartas. Me puse á leerlas detenidamente una por una. Y Carlos ! Cuál no sería mi sorpresa, transformada momentos después en cruel desesperación, cuando esas cartas me manifestaban de relieve, la correspondencia amorosa que Elena mantiene secretamente con don Francisco Valladares, nuestro vecino, con ese hombre villano, padre de cuatro hijos !

Después de una breve pausa, la jóven prosiguió :

— Ahora, ella está triste.... teme.... se desespera, por hallarse en cinta, y trata á todo trance de huir con él.

San Román, que la había escuchado con profunda atención, le contestó :

— Bien Edelmira : si ustedes prueban lo que han aseverado, mi venganza no se hará esperar.

— Mañana — dijo la jóven — á las tres de la tarde, usted se convencerá.



XII

El día siguiente amaneció húmedo y tibio. Una densa neblina envolvió toda la ciudad hasta cerca de las once. Después empezó la lluvia, que gradualmente llegó á convertirse en algo como la parodia del Diluvio.

Apenas hubo disminuído su intensidad, Carlos tomó un carruaje haciéndose conducir á casa de doña Isabel de la Torre.

Edelmira, que le había prometido presentarle la prueba de la culpabilidad de su amada, esperaba nerviosa cerca del lecho de su señora madre, el momento decisivo.

Cuando el jóven hubo llegado, se dirigió directamente hácia el dormitorio de la enferma.

Al penetrar en la habitación, San Román fué sorprendido por la presencia de un tercer personaje que se hallaba de visita.

Visiblemente disgustado por aquel testigo importuno, después de saludar cortésmente á todos, dijo á Edelmira :

— Creo que esta hora fué la que se me citó ayer y según veo, no será posible tratar ese asunto

— Al contrario — le interrumpió ésta — Aquí está el señor Valladares, de quien ya hemos hablado á usted, y que podrá atestiguar la verdad de nuestra revelación.

Y en el acto, sacando de un cofrecillo, cinco cartas que desdobló con ligereza, se las presentó al jóven diciéndole :

— Aquí tiene usted la prueba prometida.

Dominado por los celos, San Román las tomó, y de una rápida ojeada, pudo convencerse de la realidad de su desventura.

En ese momento, Elena entró en la habitación. Al verla, Carlos se adelantó hácia ella, y tomándola bruscamente de un brazo, le dijo con toda cólera :

— Infame ! . . . Con que de esta manera correspondes mi dignísimo amor ?

— Por Dios ! . . . Qué hay ? — preguntó la jóven profundamente sorprendida.

— Lo que hay, es ésto ! — le contestó San Ro-

mán, arrojándole al rostro las cartas que conservaba en su mano, — Que tú, despreciando mi acendrado cariño, te has convertido en la manceba de un villano!

Elena, pálida y temblorosa, recogió maquinalmente una de las cartas que había caído al suelo, posando en seguida, su vista sobre ella.

Un grito de dolor, se escapó en el acto de su pecho y tratando de arrojarle en brazos del jóven, exclamó :

— Carlos mío!.. Es falso!.. Mil veces falso! Yo no he amado jamás á otro hombre que á tí!

Entonces San Román, tomó una de las cartas y aproximándose á Valladares, se la presentó diciéndole :

— Usted ha escrito ésto?

— Sí!— respondió con sequedad.

— Es una infamia!— repuso Elena alzando la voz — Soy víctima de una intriga criminal!

— Qué cinismo por Dios!— gritó Edelmira.— Tiénes la audacia de llamar intriga, al descubrimiento que casualmente hemos hecho de tu escandalosa conducta?

— Dios mío!... Tú eres testigo de mi inocencia!— exclamó Elena, elevando al Cielo sus ojos preñados de lágrimas.

— Bien pues! Es necesario que concluya esta comedia ridícula!— vociferó Carlos á su turno.

Y luego, dirigiéndose á la jóven, le dijo con cierta amargura :

— Anda desgraciada ! Y olvida para siempre al que tan noblemente te amó !

Elena, sin saber á que atinar, salió de la habitación, llorando desesperadamente.

En seguida San Román, se dirigió á Valladares diciéndole :

— He aquí su obra . . . digna tan solo de un degradado !

— Califíqueme hoy como quiera — repuso aquél — pero tenga entendido que no lo hará segunda vez.

— Lo haré segunda, tercera y siempre — le replicó el jóven — y para que no lo dude, voy á invitarlo á cambiar un par de balas en el Parque . . . esta noche mismo.

— A qué hora ?

— A las nueve en punto.

— Aceptado — contestó — despidiéndose en seguida.

Doña Isabel, que no había desplegado sus labios durante la escena que tuvo lugar en su presencia, cuando Valladares se retiró, dijo al jóven en tono de súplica :

— Carlos, por Dios ! Evite el duelo ; me desespero al considerar que pueda usted morir á manos de un individuo de esa calaña !

San Román, ciego de ira, salió precipitadamente de la habitación.

Elena, que se encontraba en la pieza adyacente al dormitorio de la señora, había sentido el disgusto de su amante con Valladares y la cita de desafío.

Cuando el joven atravesaba el pátio, ella le siguió, y al llegar al zaguán, lo alcanza y lo detiene abrazándolo :

— No vayas!— le dice, anegada en llanto— no soy una infame... soy inocente!

Carlos de mi vida! Ten compasión de mí!

La inmensa cólera que dominaba á San Román, no le permitió escuchar con la atención que merecía, la dolorosa súplica de la joven, y obedeciendo solo á los impulsos de la ira, la desprendió de sus brazos con tal fuerza, que la infeliz rodó sobre el pavimento.

.

Valladares regresó á su hogar, agobiado por mortal pesadumbre.

El lance á que fué provocado y que debía realizarse algunas horas después, le causó profundísima impresión. Pero en honor de la verdad, debe decirse, que esta impresión no era el resultado de su carácter pusilánime, pues más de una vez había probado ser hombre capaz de afrontar las más peligrosas situaciones.

Entónces-- á qué debía atribuirse el hondo pesar que experimentaba ?

Tal vez más adelante se descubra este misterio.

Llegada la noche, á hora oportuna, Valladares se dirigió hácia el Parque, llevando en su corazón el propósito de contribuir á que el duelo, no tuviese consecuencias que lamentar.

Por su parte San Román, después de haberse retirado de casa de doña Isabel, se hallaba verdaderamente entristecido, contemplando la situación desesperante en que el destino le había colocado.

Y cuánta razón no tenía el jóven! Verse traicionado en sus más caras ilusiones y expuesto á perder la vida en un momento más!

Entre tanto, la hora fatal se acercaba.

Eran las ocho y cuarto más ó menos.

Convenientemente preparado, San Román se dirige en un carruaje con relativa tranquilidad, hácia el campo del honor.

Cinco minutos ántes de las nueve, hora de la cita, llegaba á la Estación.... Allí, Valladares le aguardaba.

El jóven le hizo señas que se acercase y un instante después los dos se dirigían hácia el Parque, en el mismo vehículo.

Como se recordará, este duelo fué concertado é iba á efectuarse sin las formalidades de

estilo, yendo ambos contendientes confiados tan solo, en su recíproca hidalguía.

San Román creyó oportuno hablar algo sobre el particular.

— Me parece — dijo á su acompañante — que debíamos examinar respectivamente nuestras armas....

— Soy de la misma opinión — respondió aquél — sacando de su cinto un revólver que presentó al jóven. Este, imitó la acción, ofreciéndole á la vez el suyo. Eran de igual calibre, pero de diverso sistema. Smith el uno y Bull Dog, el otro.

Una vez revisados, volvieron á su lugar.

En seguida Valladares tomó la palabra :

— Creo — dijo — que podríamos arreglar las condiciones del duelo.

— Vamos á ello — repuso Carlos.

— Es decir, en el supuesto de que siempre le lleveis á cabo.

— Lo dudais aún?

— Observaba esto — dijo Valladares con calma — porque entonces.... podríamos ahorrarnos un amargo trance.

— En un momento más, os probaré que sé mantener mi palabra.

— Está bien. Y en qué forma quereis realizar el lance ?

— En cualquiera, con tal de que tenga lugar.

— Os propongo entonces, que el duelo sea á tiro simultáneo ; hacer tres disparos y que entre uno y otro, medie cuando menos un intervalo de cinco minutos.

— No tengo inconveniente — contestó el jóven.

Un momento después, el carruaje llegaba al Parque.

En el acto los dos rivales descendieron, encaminándose callados por la Avenida principal, hácia el interior de este soberbio paraje.

El silencio profundo que reinaba en aquel lugar, solo era interrumpido por la corneta del Tramway, que á largos intervalos se dejaba oír.

Como tres cuartos de cuadra habrían andado nuestros hombres, cuando de repente Valladares se detiene, distante de su adversario como quince ó veinte pasos.

San Román se detuvo también.

Pasado un instante, aquél, interrogó al jóven :

— Estamos ?

— Yá !— contestó éste.

E inmediatamente un relámpago de fuego, anticipó dos detonaciones simultáneas.

En seguida Valladares en voz alta preguntó :

— Herido ?

— Nó !

— De lo cual me felicito !

— Gracias ! — murmuró San Román.

XIII

Qué había sucedido pués ?

Los proyectiles no tocaron á ninguno de los rivales.

Tal vez el Creador permitió que estos dos seres, que se presentaron frente á frente, enviándose la muerte en el centro de una bala, quedasen sin la menor herida, para que pudiesen poco después, tributar á la virtud, justo homenaje.

Transcurrido un corto rato, Valladares, que se había aproximado al jóven, le dijo :

— Antes de dar por terminado el lance, quiero hacer á usted una importante revelación.

— Perfectamente — repuso Carlos con cierta sorpresa.

Su rival empezó así:

— Cuando en casa de la señora Isabel me provocó á duelo, le admití, no porqué deseara hacer algún daño á usted, sinó porque una vez desafiado un hombre y delante de mujeres, pasará por un cobarde sino acepta el reto inmediatamente.

— Y á qué viene ésto?— le interrógó el jóven.

— Ya lo sabrá, siempre que me permita continuar.

— Prosiga usted.

Valladares agregó:

— Ante todo, debe usted saber, que yo he mantenido hasta hoy, relaciones amorosas con Edelmira....

— ¿Es posible?— le preguntó sorprendido San Román.

— ¡Como lo oye! Y si usted quiere escucharme con paciencia, conocerá algo muy grave.

— Le prometo no interrumpirle más.

Valladares prosiguió:

— En la penúltima cita que tuve con ella, resolví acceder á un pedido que me había hecho anteriormente. Me exigió escribiera cinco cartas dirigidas á la jóven Elena y firmadas por mí, sin que ésta tuviera el más mínimo conocimiento, puesto que de mi mano pasaban á la de Edelmira.

Estas cartas debían ser comprometedoras en

un todo para el honor de su hermana; obligándome á que las redactase más ó menos en esta forma:

.... Manifestándole mi amor, por el cual renunciaba al cariño y al deber que tengo hácia mi esposa é hijos.

.... Expresándome como si recibiese cartas amorosas tuyas, correspondiendo á mi pasión.

.... Recordando, placentero, aquel beso ardiente que me dió la noche que tuve la dicha de tenerla entre mis brazos.

.... Aconsejándola acerca de la fuga que intentaría nuevamente, para no ser sorprendidos como la primera vez.

.... Consolándola en la desesperación terrible que experimentaba, por hallarse en cinta, al asegurarle que no la abandonaría jamás.

Valladares concluyó así:

— Al descubrir á usted esta intriga, debo manifestarle que me pesa de veras haber tomado en ella participación.

.

La noche en que tuvo lugar el lance, Elena se encontraba en su hogar, verdaderamente de duelo.

Sin poder conciliar el sueño, esta desventurada jóven, temiendo por la existencia de su amado, lloraba sin cesar, presa de cruel desesperación.

A la mañana siguiente, con el permiso de su señora madre, Elena, vestida completamente de negro, se dirigió á una iglesia cercana, con el propósito de oír una misa que se anunciaba en ese instante. Pretexto hábil para encaminarse hácia la morada de San Román, con el exclusivo objeto de indagar en las inmediaciones, la suerte que hubiese corrido su idolatrado amante.

Edelmira, que desde algún tiempo atrás vigilaba constantemente á Elena, no dejó de sospechar algo, cuando ésta se determinó á salir.

Fué entonces á la pieza donde se hallaba su hermanito y después de abrazarle con dulzura, dándole un beso en la frente, le ordenó:

— Mira, Pedrito, anda pronto; sigue á Elena hasta donde vaya, cuidando de que no te vea; fíjate bien en todo lo que haga y de vuelta me lo cuentas á mí sola ¿Entiendes?

— Bueno, ya voy — dijo el niño, tomando su sombrero y saliendo con rapidez á la calle.

A las nueve de la mañana próximamente, San Román salió de su casa y al doblar la esquina situada hácia el Oeste, encontró á su amada.

Gratamente sorprendido se adelanta hácia ella, exclamando:

— Elena adorada! ¡Cuánto celebro en encontrarte!

— Y yo en verte salvo, querido mío! — con-

testa la jóven, estrechando con frenesí la mano de su amante.

—He descubierto— agregó éste—que éres inocente como el «ángel de nuestra guarda!»

— ¡Oh!... mi Dios! — exclama Elena — era imposible que retardases tu divina intervención!

— Todo cuanto ha pasado —dijo San Román — es obra de tu rencorosa hermana.

— Ah!... perversa! — murmuró la jóven — Cuánto me has hecho sufrir!

— Bien, querida mía. No hay tiempo que perder: los momentos son supremos. Voy á hacerte presentar al Juez de 1ª Instancia por medio de un «escrito», poniendo en su conocimiento la insoportable vida que pasas al lado de tu familia.

Este «escrito» tú lo firmarás.

— Esto será imposible, Carlos, porque no creo encontrar una oportunidad para escribir dos líneas siquiera.

— Nó. Hay un medio — le observa San Román. — La señora Mercedes, nuestra amiga, nos servirá; inmediatamente me pondré de acuerdo con ella.

En seguida los dos amantes se despidieron.

Mientras tanto, Pedrito había ejecutado su comisión admirablemente. Siguió los pasos de Elena en las diversas cuadras que caminó, hasta encontrarse con San Román. Entonces se

ocultó trás de un carruaje que estaba parado cerca de ellos, hasta que los jóvenes se separaron. Luego se dirigió casi corriendo á su hogar.

Edelmira, que lo esperaba paseándose en el pátio, cuando lo vió llegar, le preguntó :

— Y?

— Los ví! Los ví! — contestó alegremente el niño.

— Dónde? Cómo?

— Allá, cerca de la peluquería de Núñez, se encontró con Carlos; conversaron un rato largo.

— Y Elena, qué decía? No le oiste algo?

— No pude oir nada — dijo Pedrito — solo ví que se despidieron más alegres que nunca.

Entonces Edelmira, pálida, con la faz descompuesta por una emoción terrible, se dirigió á su dormitorio, exclamando para sí :

— Me ha vendido !

Luego, sentándose en un sillón cerca del lecho, pareció reflexionar algunos segundos, pasados los cuales, dijo con satánica satisfacción:

— Ah!... pero las cartas están en mi poder. Ya veremos si se cümple mi venganza!

Una hora después San Román se dirigía á casa de doña Mercedes Ormeño.

Cuando estuvo en su presencia, previos los saludos y cortesías de estilo, el joven puso en antecedentes á la señora de lo que había pasa-

do en el hogar de la familia de la Torre, terminando su exposición así:

— En vista de la situación tristísima en que se halla Elena, no he trepidado en venir á suplicarle un favor.

— Siempre que pueda, San Román, tendré la mayor satisfacción en servirlo.

— Bien. Acabo de encontrar á Elena y nos hemos puesto de acuerdo en que se presentará á la Justicia, pidiendo que se la ampare contra el proceder criminal de su familia.

— Nada más acertado — observó doña Mercedes.

— Ahora — continuó el jóven — como yo no iré más á la casa y ella no podrá salir seguramente por temor de sus verdugos, es que deseo tenga usted la bondad de molestarse, yendo un día á casa de la señora Isabel y con cualquier pretexto, trate de que Elena venga acá, un instante, para que una vez enterada del « escrito » que yo le traeré, pueda firmarlo con toda tranquilidad.

— Lo haré con mucho gusto, basta que se trate de salvar dignamente á una jóven tan merecedora de mejor suerte. Yo me las arreglaré — agregó la señora — de manera que usted pueda hablar aquí con Elena, en tres días más, á las diez de la mañana.

XIV

Don Fernando desde aquella vez en que martirizó á Elena de una manera tan salvaje, no cesó de ir á casa de la señora Isabel.

Como se comprenderá, estas frecuentes visitas, no tenían otro objeto que estar al corriente del sucesivo desarrollo de los amores de su sobrina con Carlos San Román.

Edelmira, desde que supo por el niño, que los jóvenes amantes se habían encontrado en la calle y despedido alegremente, comprendió que su intriga había sido descubierta y por consiguiente, que por ese lado su plan fracasaba.

Había pues, que proceder de otra manera. Y

como no era mujer de vacilaciones, cuando de satisfacer un capricho se trataba, decidió ponerse inmediatamente en movimiento.

Dos puntos importantes tenía hoy que abordar.

El primero, la traición de Valladares, como ella llamó al desenlace de la intriga. Esto la había convertido en una fiera verdaderamente.

Ella, que pensó sacrificarse para comprar el secreto de las cinco cartas, verse ahora impedida para realizar su soñado propósito, encontrándose á la vez en el ridículo mayor.... Jamás! Se presentaría á la esposa de su infiel amante y lo acusaría como seductor de su hermana.

Las funestas consecuencias de esta acción, ya las preveía:— un nuevo triunfo para ella.

El segundo punto, era Elena en su hogar. Oh!... pero ésta, estaba ahí, á su lado, y con las cartas que conservaba en su poder, la tenía suya, encadenada de piés y manos.

Entregada á estas reflexiones se hallaba en su dormitorio, al día siguiente como á la una de la tarde, cuando la presencia de su tío la sorprendió de pronto.

— Hola! — dijo éste, al entrar. — Cómo vamos?

— Cómo estás Fernando! Llegas en el momento que te necesito.

— Ya lo sé, que no hay como yó para llegar á tiempo.

— Figúrate—dijo Edelmira— que los «nenes» ayer han estado en plena calle, deleitándose en sus amores!

— Pero habrá paciencia por mil diablos!— exclamó el tío con cierta cólera.

— Pues sí señor!... La muy hipócrita, engañó á mamá que iba á misa y se fué derecho á casa de él, en cuya puerta los vió Pedrito, á quien yó mandé que la siguiera, porque desconfié desde el primer momento.

— Bueno. Y qué piensas hacer ahora?

— Sencillamente: llevarla á la Comisaría y pedir su prisión en vista de los comprobantes que tenemos.

— Me parece!— exclamó don Fernando, riendo como un condenado.

En seguida tío y sobrina se dirigieron al comedor, donde se hallaba doña Isabel.

Allí, impusieron á la señora de lo que pensaban hacer, á lo que ella contestó:

— Ya saben ustedes que apruebo todo cuanto hagan por cortar esos malditos amores... aunque Elena reviente!

Y en el acto se dirigió á la habitación de la jóven, donde le ordenó que se preparase para salir.

Elena, que desde el día del suplicio á que fué sometida, hacía en su hogar el papel de

una esfinge, tal era el terror que le infundía aquella gente, se dispuso á obedecer, sin tentar la menor objeción.

Al poco rato, vestida de negro y oculto su rostro por un largo crespón, subía con sus verdugos á un carruaje que estaba á la puerta, poniéndose en marcha en seguida hácia la Comisaría cercana.

Cuando llegaron al recinto policial, se les hizo pasar al salón de espera. Un cuarto de hora después, el ordenanza avisó á Edelmira y su tío, que el señor Comisario les esperaba en su despacho.

Una vez en su presencia, Edelmira tomó la palabra :

— Representando á mi señora madre, un incidente desgraciado me obliga á hacer á usted la siguiente declaración:

Tengo una hermana cuya conducta desordenada, traspasó ya los límites en que la familia por sanos consejos y aún por imperiosa autoridad, pudieran contenerla.

Mantiene secretamente, relaciones ilícitas con un hombre casado, cuya esposa que conozco, vive en compañía de cuatro hijos.

Más de una vez ha intentado huirse de nuestro hogar, lo que no pudo conseguir, porque la sorprendimos á tiempo.

El otro día, casualmente, encontré estas cinco

cartas de su correspondencia amorosa — agregó Edelmira — entregando al Comisario un paquetito que las contenía.

Después de una breve pausa, la jóven prosiguió:

— Harto doloroso es para nosotros, dar este terrible paso, pero lo exige una necesidad imprescindible, en bien de ella misma y de la familia entera.

Y al pronunciar estas frases, Edelmira sintió que las lágrimas se agolpaban á sus ojos.

El Comisario se puso á leer las cartas detenidamente. Cuando se hubo enterado de su contenido preguntó:

— Y este individuo que firma, quién es?

— Se llama Francisco Valladares — repuso la jóven — es vecino de casa y varias veces yo he sorprendido á esta malvada en citas con él.

Don Fernando, que ya se había hecho conocer como tío de la jóven, dijo en seguida al funcionario policial.

— Quiero, señor, que en el acto, mande usted á Elena presa al Departamento General, en castigo de su escandalosa conducta.

Elena, que se encontraba en la pieza adyacente á aquella en que tenía lugar esta escena, y que no había perdido una sola palabra de las que habían sido vertidas en su contra, se

precipitó maquinalmente donde estaba el Comisario y descubriéndose con fuerza el largo velo que ocultaba su rostro angelical, humedecidos sus ojos de lágrimas, le preguntó con voz dolorosa:

— Señor, por qué razón voy á ser conducida presa?

— Porque éres una ramera! — vociferó don Fernando.

— Silencio! — gritó con imperioso acento el funcionario.

Luego con manifiesto desagrado, se expresó así:

— A una niña de esta clase, se le juzga como merece, no mandándola al Departamento como una presidaria.

Ahora, ustedes recurrirán al Defensor de Menores, que es él quien debe juzgarla.

Los acusadores y el «reo» salieron de la Comisaría y por la calle fueron haciendo á la amada de Carlos, las más terribles amenazas para el porvenir.

Atravesando pátiós, galerías y vestíbulos de un grandioso edificio, ocupado por diversas Reparticiones del Estado, se encontraba el despacho de don Hermenegildo Rocamora.

Debido á una condescendencia increíble, este señor había logrado obtener el delicado puesto de Defensor de Menores.

Este cargo, que necesita cierta instrucción y sobre todo, probada rectitud de conciencia para desempeñarlo fielmente, fué entregado sin escrúpulo de ningún género, al señor Rocamora, que era la personificación de la más completa nulidad.

Hombre de proporcionada estatura, de facciones toscas y bruscos ademanes, don Hermenegildo era un sér verdaderamente original.

Dos personas acompañaban al Defensor en sus funciones.

La una, era el escribiente, jóven de veinticinco años, que permanecía cabizbajo, arrimado á un escritorio de pino, con la cara lánguida, como si ayunara desde la semana anterior.

La otra, que dormitaba muy tranquilamente, sentada á la puerta del despacho, era un viejo veterano, que había servido á la Patria como soldado, desde principios del siglo.

El sargento Peñaflor, que así se titulaba, encontrándose inválido, pues era manco y tuerto, en prémio de sus antiguos servicios, había obtenido una plaza de vigilante.

El Comisario de la Sección á que pertenecía, no pudiendo utilizar semejante mómia, lo había puesto á disposición de don Hermenegildo, para que le sirviera como Ordenanza de la Defensoría.

Sigamos ahora los pasos á Edelmira.

Inmediatamente que llegó á su hogar, empezó á hacer todas las diligencias que debían darle por resultado su anhelada victoria: la encarcelación de Elena.

Se presentó en la Defensoría de Menores, y allí expuso, con los detalles más minuciosos lo mismo que dijo en la Comisaría anteriormente.

Don Hermenegildo, después de haber examinado las cartas de Valladares, que Edelmira le entregó momentos ántes, comprobando la exactitud de su exposición, con tono solemne exclamó:

— Vaya una oveja más que debo llevar al redil!

Luego al devolverle las cartas, dijo á la jóven:

— Por lo que veo, usted representa á su madre. . . .

— Sí, señor: aquí tiene usted el poder que acredita mi personería — repuso aquella — presentando al Defensor un documento que leyó en seguida, y que decía así:

« Faculto á mi hija Edelmira de la Torre para que me represente en todas las diligencias necesarias para depositar á mi hija Elena donde el señor Juez de Menores juzgue conveniente, por haber intentado huirse y cometido faltas graves. Hallándome enferma, imposibilitada en cama, doy por bien hecho todo cuanto ella hiciera en mi nombre.

Isabel de la Torre. »

Cuando hubo concluído su lectura, el Defensor Rocamora, dijo á Edelmira:

—Está bien. Pasado mañana dése una vuelta por aquí, y se le entregará una órden para que esa muchacha sea encerrada en la « Santa Casa de Ejercicios ».

XV

Hacia el Sud Oeste de la ciudad, se levanta un vetusto edificio, que ocupa una manzana de terreno.

Examinándole con detención, se nota en su frente, hacia la parte superior de la portada, un letrero que dice: « Fundado el año 1748 ».

La puerta principal, de un grueso desmedido, formada de una madera durísima, está materialmente cubierta de clavos enormes que la atraviesan, sosteniendo al centro dos colosales cerrojos de doble cerradura.

Salvando la portada, se encuentra un vestíbulo, en cuyo frente se vé un «Crucificado».

A derecha é izquierda, hay dos departamentos

que ocupa una Comunidad religiosa. Siguiendo hácia el interior, se halla una gran puerta, tan firme como la principal.

Un corredor larguísimo y semi-oscuro, iluminado débilmente por algunas claraboyas, limita por un lado, la entrada á pequeñas celdas, y por el otro, dá acceso á un extenso pátio, lleno de arbustos y plantas variadas.

Ciento cincuenta años há, santos varones resolvieron construir este edificio para una Comunidad femenina.

Desde entonces, la «Santa Casa de Ejercicios», que así se llamó, fué gobernada por una Superiora, empleo que sólo era renovable por el fallecimiento de la persona que lo desempeñaba.

Algunos años después, la Superiora, de acuerdo con el Defensor de Menores, determinó que el lúgubre departamento de celdas, fuese convertido en cárcel, destinándose para morada de aquellas «dejadas de la mano de Dios», que la Justicia enviase para corregir sus faltas.

Hecha esta descripción, acudamos á la citada por doña Mercedes Ormeño.

A las diez en punto, San Román se presentó en casa de su protectora amiga.

La jóven, que se encontraba allí, como lo había prometido la señora, al ver á su amado, se adelanta, y entre dos apasionadas exclamaciones:

— Carlos de mi vida !

— Elena de mi alma! — los dos amantes se estrechan con frenesí, en un tiernísimo abrazo.

Pasado un momento, San Román presentó á la jóven el «escrito» que sería elevado al Juez de 1ª Instancia.

Elena, después de haberlo leído con detención, lo firmó, diciendo :

— Solo es, un pálido reflejo de la realidad!

Doña Mercedes que hasta entonces había permanecido callada, dejando á los jóvenes comunicarse sus impresiones con relativa libertad, le dijo á él :

— Bien, pués. Ahora voy á pedirle tenga á bien retirarse, porque si Edelmira llegase á venir por casualidad, yo me vería en un sério compromiso.

San Román, después de agradecer profundamente á la señora el servicio que acababa de hacerle, se despidió verdaderamente complacido.

Poco después, Elena contó á su amiga la série de tormentos á que la sometía su familia, llegando al extremo de encontrarse una vez tendida en tierra, bajo la vil planta de don Fernando.

— Pero señora— dijo la jóven— mi tío no hace más que vengarse, al tratarme así, respirando por la herida que yo abrí en su corazón en tiempo no lejano, al haberle despreciado como á un verdadero canalla. . . .

— Pero hija— le interrumpió doña Mercedes—

qué conducta tan indigna ha podido observar don Fernando, cuando te animas á tratarle de esta manera?

— Ah! señora—repuso Elena—usted ignora un secreto verdaderamente horrible. Y aunque me causa dolor su recuerdo, en breves palabras voy á comunicárselo.

Apenas contaba catorce años de edad, cuando mi madre, por consejos de mi tío Fernando, me sacó del colegio donde me encontraba á pupilo.

Volví á mi hogar feliz y contenta, hallándome rodeada de mi familia, que me trató siempre con el afecto más grande que puede desear una hija criada con toda regalía.

Contribuía á mi más dulce bienestar, el marcado cariño que me manifestaba mi tío desde mi salida del colegio, cuidando esmeradamente que no me faltase lo más mínimo.

En diversas ocasiones, le suplicaba que no se molestase tanto por mí, al recibir multitud de regalos, como riquísimos cortes de vestidos, anillos, aderezos de brillantes, etc.

La conducta tan noble que observaba para conmigo, me afectó de tal manera, que extrañaba entristecida, el día que debiendo ir á casa, faltaba por cualquier inconveniente.

Yó, inocente de la miseria y de la perfidia que pudiera ocultar un sér, cuya sangre sentía circular en mis venas, tomaba este excesivo cariño

como una generosa deferencia hacía mí, por verme sin padre, al cual tuve la desgracia de perder algún tiempo después que nació.

Pero, cruel desengaño !

Una vez, mi tío, estando en casa, en ausencia de mamá y de mi hermana, pretendió besarme en la mejilla, á lo que me resistí un poco.

Entonces, con frase vivaz, me declaró la pasión ardiente que le dominaba, manifestándome que yo era la única mujer que en realidad, ocupaba su corazón.

Luego me tomó con fuerza de una mano, y sentándome sobre sus rodillas, trató de levantarme el vestido....

En el acto yo dí un grito y corrí hacía afuera; me detuve en seguida y le dije que era un degradado; que él, siendo mi segundo padre, pretendía vilmente mancillar mi honor.

—Qué individuo tan ruin... estando casado y con familia! — exclamó doña Mercedes.

—Esa es la causa de su ódio—prosiguió Elena —pues cuando vió mi firme rechazo á su indigna proposición, me juró se vengaría alguna vez cruelmente de mí.

Entre tanto, Edelmira procedía con suma habilidad.

A las once de la mañana se presentó en la Defensoría de Menores.

Media hora después obtuvo de don Hermene-

gildo una órden por escrito, para encerrar á Elena por tiempo indeterminado en la « Santa Casa de Ejercicios ».

En seguida se dirigió á la Comisaría respectiva. Allí, exhibiendo la órden del Defensor, pidió el auxilio de la fuerza para cumplir sin inconvenientes, el mandato de la autoridad. Para afianzar mejor su petición agregó :

—Me consta que Valladares, acompañado de un amigo, interrumpirá la acción de la justicia:

El Comisario ordenó entonces que se prestase el auxilio solicitado por la jóven, que en un carruaje se trasladó á su hogar.

A las dos de la tarde regresaba Elena, acompañada por la señora Mercedes.

Don Fernando y Edelmira la esperaban en el salón, cuya puerta estaba guardada por dos polizontes.

Un momento después, Elena, profundamente sorprendida, se halló en el centro de la habitación rodeada por su hermana y por su tío.

Edelmira, que deseaba gozarse una vez más en el sufrimiento de la digna jóven, después de leerle la órden del Defensor, con tono solemne le dijo :

—Ya vés, hermana mía, en qué dolorosa obligación ha puesto á los que deben velar por tí, tu extraviada conducta. Pero para que te con-

venzas cuán terrible es para nosotros este amargo trance, vamos, por última vez, á interrogar tu corazón, en un instante en que te encuentras á la puerta de la cárcel, quizás para salir cada- vérica. . . . no sé en qué tiempo !

Las palabras de Edelmira, su tono, y su mirada, afectaron á la jóven de tal manera, que pudo hallarse un momento fuera de sí.

Don Fernando, entonces, interrumpió á su sobrina, diciendo :

— Bien, Elena : tú quedarás tranquila en vuestra casa, gozando del cariño de todos nosotros, si en cambio prometes una sola cosa, la más sencilla que puede haber.

Colocada la jóven en esta terrible situación, se decidió á salir de tan mortificante duda, y con voz resuelta les preguntó :

— Qué es lo que quieren, después que me han martirizado tan cruelmente ?

— Queremos — contestó don Fernando — que renuncies al amor de San Román, y serás coronada de dulce felicidad, ó perseveres en él, y tu desgracia será eterna !

— Mi desgracia ! — exclamó Elena — mi desgracia eterna ! prefiero mil veces, ántes que proferir semejante palabra ! Carlos de mi alma ! Yó te seré fiel hasta la tumba !

Dios mío ! . . . Socorredme ! . . . No me desamparéis !

Y al pronunciar esta última frase, cayó al suelo de rodillas bañada en lágrimas.

En seguida elevando sus ojos al Cielo, continuó :

— No permitas, Todo-poderoso ! que la fuerza.... ni el temor al suplicio más cruel, quebranten el divino sentimiento que mora en mi pecho !

Mantenedme !... Consuelo de los inocentes ! con toda la potencia de que sea capaz una mujer, para guardar siempre la fidelidad que debo, al único dueño de mi corazón !

Don Fernando, que había escuchado indiferente la dolorosa plegaria de la desventurada jóven, cuando hubo observado en ella un poco de calma, le preguntó con la más grosera altanería :

— Por último, renúncias al amor de Carlos ?

Elena no pudo sufrir más esta ruin interrogación. Se levantó, y con voz enérgica les dijo :

— Miserables !... llevadme al sacrificio, porque vuestro infame deseo no lo veréis cumplido jamás !

Yá no hubo más que hablar ; un vigilante tomó de la mano á Elena por órden del tío Fernando ; subió la comitiva al carruaje que esperaba á la puerta, y poniéndose en marcha en seguida, media hora después se detuvo frente á la « Casa de Ejercicios », donde fué encerrada la noble mártir.

XVI

La desesperación más grande que es dado imaginar, se apoderó de San Román al saber que su amada Elena había sido encerrada en la « Casa de Ejercicios », por orden del Defensor de Menores, á pedido de su familia feroz.

El único recurso que quedaba, era presentar el « escrito » que tenía en su poder, yá firmado por la jóven y concebido en estos términos:

« Señor Juez de 1ª Instancia:

Elena de la Torre, menor de edad, y constituyendo domicilio legal, en la calle... N.º.. ante V. S., como mejor proceda, digo:

Que durante los diez y ocho años de edad que

actualmente cuento, he vivido en el seno de mi familia, sin experimentar ninguna de las dolorosas contrariedades, que por desgracia dán márgen á disgustos y disidencias entre personas que siempre deberían tratarse con afecto y con todo género de consideraciones.

Después de ocurrido el fallecimiento de mi señor padre, continué viviendo al lado de mi señora madre y de mi hermana, en nuestra casa calle... N.º.. sin que felizmente sucediera nada que pudiese alterar en lo más mínimo, la armonía de nuestras relaciones.

Pero desgraciadamente, señor Juez, desde cuatro meses á esta parte, vengo siendo objeto de hostilidades injustificables y de tratamientos increíbles por parte de esas dos personas, que tanto cariño debían profesarme.

Diariamente se me insulta, se me veja, se me calumnia, se abusa de mi debilidad para cometer conmigo verdaderas crueldades, habiéndose llegado, en este camino, hasta el extremo de conducirme presa á una Comisaría y pretender colocarme en el Depósito respectivo del Departamento General de Policía, confundiéndome con todas las gentes perdidas á quienes su conducta desordenada sita en ese paraje y sometiéndome á la vergüenza de alternar con tales compañías.

V. S., comprenderá todo lo profundamente doloroso que me habrá sido resolverme á dar este

paso; pero las violencias de que se me hace víctima, toman cada día un carácter tan alarmante, que prefiero cualquier solución compatible con el decoro de una jóven honrada, ántes de continuar viviendo en casa de mi familia.

En esta situación, á mérito de los hechos expuestos y á fin de preparar como es debido el ejercicio de las acciones que me corresponden, vengo á solicitar del Juzgado, como esencialmente previas, las siguientes medidas:

1ª Se me tenga por presentada en forma y por constituído mi domicilio legal en la calle y número indicados.

2ª Se me acuerde la correspondiente vènia judicial, para poder litigar con mi señora madre.

3ª Se me nombre tutor especial para asistir-me en esta causa, á cuyo efecto, sin perjuicio de las facultades que las leyes generales confieren á V. S., propongo desde luego al doctor. . . . domiciliado en la calle. . . N.º. . . por ser persona en quien he depositado mi confianza en este delicado asunto.

Dígnese V. S., proveer en todo de conformidad, que será de justicia, etc.

Elena de la Torre».

Dos días después de presentado este «escrito», el señor Juez ordenó se diese «Vista al Ministerio de Menores».

El Asesor era quien debía expedirse ahora.

Al otro día, al siguiente, y durante una semana, San Román se presentó repetidas veces ante este magistrado, al cual le pidió primero, le suplicó en seguida, le rogó después, se dignase despachar el expediente seguido por la menor Elena.

Todo fué inútil.

El Asesor, con calma desesperante, contestaba siempre á sus instancias: «luego mi amigo» — «más tarde se hará» — «mañana á primera hora».

En fin: aquello era un colmo de haraganería, con sus ribetes de desvergüenza.

Carlos puso en conocimiento de su abogado lo que sucedía. El doctor A., resolvió entonces ayudarlo de todas maneras.

Apelando al medio de las recomendaciones, dirigió por conducto del jóven, tres cartas á diferentes amigos suyos, en que les suplicaba recomendasen al Asesor, el pronto despacho del expediente seguido por Elena de la Torre.

Los amigos del doctor A., accedieron solícitos á su pedido, entregando al jóven especiales recomendaciones para el Asesor de Menores.

San Román fué personalmente á casa de éste, y después de presentarle las cartas que llevaba, suplicó al magistrado, accediese á lo que se pedía, en vista de las circunstancias supremas en que se encontraba la menor.

Le prometió sería atendido puntualmente.

Al otro día, sabiendo el doctor A., que el Asesor, desairando las recomendaciones de sus amigos, no se había expedido aún, determinó ir él mismo, á hablarle.

Fué efectivamente; le manifestó la injusticia de que era víctima la menor Elena y que solo se pedía activar la cuestión, para probar su inocencia.

Obtuvo la promesa de que veinticuatro horas después, el expediente sería despachado.

De una á cuatro de la tarde del día siguiente, Carlos estuvo esperando en los Tribunales el despacho prometido.

Pero inútil: el Asesor faltó á su palabra.

El doctor A., viendo que no había medio para hacer cumplir con su deber á este magistrado, dijo á San Román que fuese á verlo por última vez.

Al poco rato, el joven se hallaba en presencia del Asesor. Le suplicó encarecidamente se expidiese en la «Vista» dada por el Juzgado, pues se trataba de salvar á una inocente y le imploraba justicia.

Recibió la promesa de que al otro día «sin falta», á las dos de la tarde, habría despachado el expediente.

Carlos, puntual á la cita, esperó al Asesor en su Oficina, hasta las tres y media que recién llegó.

Una vez que se vieron, el magistrado le dijo :

— Yá el expediente está despachado; pero es necesario què la menor en persona ó alguno de su familia venga á recibirlo, porque de lo contrario no lo entrego y lo « archivo » sin más trámite.

San Román le contestó:

—La menor Elena no puede venir, porque se encuentra encarcelada y todos los de su familia están en su contra en esta cuestión.

El Asesor se encogió de hombros por toda respuesta.

Tal vez la Providencia quiso que un empleado le pidiese su encarpetao expediente, y hé ahí, como pudo saberse de qué manera se expidió por fin. Fué así:

« Señor Juez :

Sírvase V. S., ordenar que comparezcan á juicio verbal, la recurrente y la madre de la misma, en el día que tenga á bien el Juzgado designar ».



XVII

Las relaciones entre Valladares y su esposa, se habían puesto tan tirantes en los últimos días, que era de temer un estallido el momento menos pensado.

La señora, comenzaba á sospechar de la fidelidad de su marido y aunque no se lo manifestara claramente, él comprendía bien que los celos, empezaban á torturar el corazón de su ántes bondadosa compañera.

Valladares, lejos de tratar con su conducta, de que aquella nube que empezaba á oscurecer el hogar, se disparara, parecía pretender que densas tinieblas los envolvieran por completo.

El desórden de su vida llegaba al colmo.

No vivía yá sino en el «Café». Regresaba

al amanecer, casi siempre ébrio y de un humor negro, según los azares del juego, al cual profesaba yá, un verdadero culto.

El día que nos ocupa, después de almorzar, Valladares hizo un balance de lo que le quedaba, al abonar una cuenta que le trageron. Disponía aún, de quince mil pesos, cantidad pequeñísima, en relación á lo que había disipado.

Con la mayor indiferencia constató el saldo á su favor y después de haber visto en su reloj, que eran las doce exclamó:

—El diablo me lleve, si hoy no me desquito de cincuenta mil!

En seguida se dirigió al cuarto de su esposa.

—Teresa —le dijo— voy á la Bolsa y si á las seis no vengo, no me esperes á comer.

Y sin esperar contestación, se alejó con rapidez.

La señora que se hallaba en la pieza, inclinada sobre su *secreter*, examinando la cuenta semanal de la planchadora, cuando oyó la voz de su marido, levantó la cabeza, le miró rápidamente, y se inclinó en seguida, continuando su labor.

Cuando Valladares se fué, ella, lanzando un profundo suspiro exclamó:

—Pero Dios mío! . . . hasta cuándo apuraré este cáliz de amargura! —Yo sin esposo! . . . Mis hijos sin padre! . . . Y un sollozo trás otro, ahogó

su voz, mientras sus lágrimas corrían á raudales.

Largo rato estuvo entregada á su justo dolor, cuando un grito agudo la hizo pararse en seguida y dirigirse á la pieza de donde partía, que era su dormitorio.

Una preciosa niña, hija suya, era la que se despertaba llorando. Estaba en su cunita tendida como un ángel; rúbia, de ojos color de cielo; tenía diez meses apenas y parecía tener el doble.

Cuando la señora llegó, la tomó en sus brazos, la besó repetidas veces con ternura y sentándose, comenzó á desabrocharse la bata, apareciendo entonces el seno izquierdo, divino, blanco, redondo, semi-duro, bajo su piel de raso, el que, con suavidad, fué puesto en la boquita de la hija, que empezó á absorber el néctar celestial.

Embelesada contemplando á su ángel, que dormitaba en su regazo, permanecía Teresa cerca de una hora hacía yá, cuando la sirvienta apareció:

— Señora — dijo — la niña Edelmira, de la familia de aquí al lado, desea verla.

— A mí? — repuso un tanto sorprendida.

— Según entiendo, tiene muchos deseos de hablar con usted.

— Bien: hacedla pasar al salón.

Luego la esposa de Valladares se levantó; acostó suavemente en su cunita á la niña y le dió dos besos en la frente.

Dirigióse en seguida al tocador, donde permaneció un instante y luego penetró en el salón.

— Señora — dijo Edelmira levantándose — usted me dispensará la libertad que me he tomado en venir á saludarla.

— Señorita, tengo el mayor placer de que usted favorezca mi casa — repuso Teresa, tendiendo la mano á la jóven, que oprimió amistosamente.

Luego después de haberse sentado y cambiado algunas frases triviales, durante algunos segundos, Edelmira trató de hacer girar la conversación hácia el punto que le convenía, diciéndole:

— Hay veces señora, en que la fatalidad parece gozarse, en perseguir los hogares más dignos, los séres más inocentes!

— Estamos en el mundo pues hija — y esas injusticias del destino, se puede decir que forman parte de nuestra existencia.

— Ah! . . . pero qué crueldad algunas veces, Dios mío!

— Efectivamente! — exclamó despacio Teresa, sintiendo como una oleada de sangre que le subía al rostro, al recordar á Valladares.

— Figúrese, señora, que acá, muy cerca . . . en casa mismo, tenemos algo doloroso . . . atroz!

— Cómo ! . . . Ustedes?

— Sí . . . nosotros! — dijo Edelmira, decidiéndose á entrar en materia.

Y Teresa se puso á escucharla con suma atención :

— Usted sabía que Elena, mi hermana, debía casarse en poco tiempo más. No es cierto?

— Sí, por referencias.

— Bien. Pero es el caso que hoy, el noviazco se deshace; San Román que es el novio, está hecho una fúria, porque Elena, seducida por otro, está en cinta, y mi madre que tan débil se hallaba por su enfermedad, á causa de este disgusto, se encuentra moribunda.

— Oh! . . . qué horror! — exclamó la señora.

— Vea usted — prosiguió Edelmira — Vez pasada, estaba concluyendo un vestido y no sé cómo Pedrito, en un momento que jugaba me quemó la parte delantera de la bata. Yo me disgusté muchísimo, porque de ese género, me era muy difícil encontrar; pero recordé que me quedó de él, poco más de un metro.

En el acto me puse á revolver mi ropero, un baúl, una cómoda de mamá; pero nada, en ninguna parte le encontré.

Lo único que me quedaba sin registrar era el ropero de Elena. Ese día no estaba ella en casa

y como viese que había dejado olvidada la llave, pues estaba en la cerradura, lo abrí, revolviendo todo á mi gusto.

Al desdoblar una enagua de batista, flamante, ví que entre sus pliegues había un paquetito de papeles muy perfumado; me dió curiosidad y lo abrí. — Qué hallazgo señora!

La atención de Teresa crecía.

—Era la correspondencia del seductor de mi hermana! ..

—Yá me lo imaginaba....

—Pero lo que usted no se hubiera imaginado nunca — dijo con presteza la jóven — es que ese seductor fuese un hombre casado.

—Mil veces criminal—repuso la señora.

—Pero hay más. Ese criminal como le llama, no le es á usted desconocido.

Teresa, mujer muy perspicaz, adivinó, se puede decir, á donde iba su interlocutora. Fuertemente impresionada y resuelta le dijo:

—Bien Edelmira; basta de rodeos. Mi corazón me dice que debo conocer al autor, para tratarle como corresponde.

—Señora — le contestó — somos mujeres las dos. Debo pues á usted un acto de franqueza, y aunque experimente un verdadero pesar, debo decírselo: — su esposo es el seductor!

No obstante esperar esta manifestación, cuando la oyó Teresa, sintió algo como si la casa le

hubiera caído encima. Luego con mal reprimida cólera, dijo á Edelmira :

—Las pruebas quiero !

—Aquí están! — repuso la jóven — abriendo su cartera y presentándole las cinco cartas.

La señora, tomándolas, las revisó primero de la cruz á la fecha, y leyólas en seguida con calma, una por una, es decir, con calma exterior, — mientras que por dentro bullía la más terrible desesperación.

Cuando concluyó de leerlas, habiéndose convencido que eran escritas por su marido, pálida y temblorosa, dijo :

—Con estas cartas me quedo yó; — ellas servirán para levantar mi dignidad, tantas veces humillada !

Edelmira no hizo ninguna objeción, despidiéndose en seguida.

Al llegar á su casa, satisfecha y contenta, murmuró :

— Tú me vendiste!.. Yó te despedazo el hogar !



XVIII

Poco después de haberse expedido el Asesor de Menores, el señor Juez, procediendo de acuerdo con lo dictaminado por éste, resolvió:

« Vengan á juicio verbal para la audiencia del día . . . á las dos de la tarde ».

El Secretario que entendía en este asunto, manifestó, dos días después, lo siguiente:

« Señor Juez:

En el domicilio denunciado calle . . . N° . . . manifiestan que la madre de la demandante no está allí, y que se encuentra en el Partido de . . . como así mismo, en la calle . . . N° . . . dicen que la me-

nor Elena se encuentra detenida en la « Casa de Ejercicios. »

El señor Juez, dictó entonces la resolución que sigue :

« Atenta la exposición que precede, líbrese exhorto al Juez . . . para que sea citada la madre de la compareciente y oficiese á la Policía, á fin de que comparezca á este Juzgado la menor Elena, al juicio verbal que tendrá lugar el día . . . á las doce en punto. »

Debemos advertir, que por la circunstancia de lo manifestado por el Secretario, el señor Juez, en su última disposición, prorrogaba nueve días más el juicio verbal.

Cumpliendo lo ordenado por su señoría, se dirigió el exhorto siguiente :

« Al señor Juez de 1^a Instancia en

El de igual clase que suscribe, tiene el honor de dirigir á V. S., el presente, á fin de que se sirva ordenar lo conveniente para que el Juez de Paz del Partido de . . . haga saber á doña Isabel de la Torre, domiciliada en la calle N^o . . comparezca á este Juzgado, el día . . . á las doce en punto, al juicio verbal decretado en los autos seguidos por doña Elena de la Torre, sobre nom-

bramiento de tutor, ofreciéndole reciprocidad en casos análogos. »

Este exhorto, Carlos personalmente lo hizo llegar á su destino y mediante algunos sacrificios, pudo obtener la « nota » que se solicitaba, llevándola en el acto al Partido de . . .

Decía así :

« Al Juez de Paz

El que firma se dirige á usted, á fin de que haga saber á doña Isabel de la Torre, domiciliada en la calle N° . . comparezca al Juzgado á cargo del doctor . . . el día . . . á las doce en punto, á efecto de que tenga lugar un juicio verbal en el expediente seguido por doña Elena de la Torre, sobre nombramiento de tutor. »

Después fué redactado el siguiente « oficio » :

« Al señor Jefe de Policía de

Me dirijo á usted, para que se sirva impartir las órdenes necesarias, á fin de que comparezca á este Juzgado el día . . . á las doce en punto, la menor Elena de la Torre, que se encuentra depositada en la « Casa de Ejercicios. »

Dos días después, el señor Jefe ordenó fuese pasada esta nota — « Al Comisario de Ordenes á sus efectos ».

A las once de la mañana del día citado para el juicio verbal, San Román tuvo una entrevista con el Oficial de Policía, encargado de acompañar á la menor Elena, de los « Ejercicios » al Juzgado.

En ella, el jóven suplicó al empleado se dignara aceptarle un carruaje que ponía á su disposición, para que se condujera á su amada.

No sin alguna resistencia, el Oficial admitió, dirigiéndose poco después á la « Casa de Ejercicios » en cumplimiento de su comisión.

Entre tanto, Edelmira y el Defensor de Menores, obraban de otra manera.

Desde que Elena fué encarcelada, su pérfida hermana tuvo frecuentemente largas conferencias con don Hermenegildo, tanto en su despacho como en su casa particular.

Como se comprenderá, Edelmira estando en comunicación diaria con el Defensor, conocía en todos sus detalles la cuestión promovida por el jóven San Román.

El día que nos ocupa precisamente, como á las ocho de la mañana, Edelmira se hallaba en el hogar de aquél, departiendo con el magistrado sobre el asunto de su hermana. Escuchemos algo de su conferencia :

— Y bien! — qué tiene eso de particular? — preguntó don Hermenegildo, á propósito de una observación de la jóven.

—Pero por Dios!—respondió ésta— parece que usted no tiene en cuenta las mortificaciones que está pasando mamá, por causa de esta maldita cuestión.

—Y qué le vamos á hacer al dolor!— repuso el magistrado.

—Le podríamos hacer mucho . . . si usted no desconociese la razón que nos asiste.

—Pero por mil diablos!—exclamó el Defensor—no es que desconozca nada, sino que no podemos privar á esa muchacha del derecho de defensa.

—Pero esa defensa—replicó Edelmira—aún suponiendo que fuese justa, no se ha entablado ante usted, pasándose por sobre la persona del Defensor, que de hecho le correspondía entender en ella.

—Hóstias!—repuso don Hermenegildo—rección me fijo en que han atropellado mis atribuciones!

—Y quizás no haya tiempo de remediar el mal—le observó la jóven con intención—pues hoy mismo tiene lugar el juicio decretado por el Juez.

—A qué hora?

—A las doce en punto, según le han notificado á mamá.

—Está bien!—repuso el Defensor con tono sentencioso. Pero no se la han de llevar pelada!

E inmediatamente se acercó á su escritorio, donde con pulso firme y letra clara, comenzó á escribir una nota.

Cuando la hubo concluído y cerrado, estampó en el sobre su sello oficial.

· Luego hizo sonar un timbre.

En el acto apareció el sargento Peñaflor.

Don Hermenegildo le ordenó:

—Esta nota llevará usted pronto á la Superiora de la « Santa Casa de Ejercicios. »

El fiel servidor, saludando militarmente, partió con rapidez.

En seguida el Defensor Rocamora, volviéndose hácia la jóven, exclamó:

—Lo que es hoy, no habrá juicio, ni *escrito* ni verbal!

Un momento después, Edelmira se retiraba verdaderamente satisfecha.

Ahora, vamos á encontrar al Oficial de Policía, que ya había llegado á la « Casa de Ejercicios. »

Una vez en presencia de la Superiora, al presentarle la órden que llevaba, con todo respeto le dijo:

—Traigo para usted esta nota, de parte del señor Jefe de Policía.

—Debe padecerse una equivocación lamentable—observó la Hermana.

—Por qué razón?—le interrogó el Oficial sorprendido.

—Porque la Santa Casa que dirijo, nada tiene que ver con la autoridad policial.

—Sin embargo—repuso el empleado—en el sobre se expresa con claridad, á quien vá dirigida.

—Lo consultaré—respondió la Superiora—pasando en seguida á una pieza contigua, de donde regresó cinco minutos después.

—Dígnese abrirla—dijo entonces al Oficial, entregándole la nota.

Este, la tomó, rompió el sobre y desdoblándola, se la presentó nuevamente.

La Hermana leyóla entonces con detención.

Visiblemente disgustada, respondió al jóven con terquedad:

—No la entrego!

El Oficial, ante tan inesperada negativa, pidió á la Superiora reflexionase un poco sobre su proceder.

Entonces le contestó:

—No entregaré á Elena de la Torre, sin prévio consentimiento del Defensor de Menores, pues así me lo ha ordenado en una nota que acabo de recibir.

El representante de la autoridad, regresó entonces al Departamento General, dando cuenta de lo sucedido al Comisario de Ordenes, quien á su vez, lo comunicaba á su Superior en los siguientes términos:

«Señor Jefe :

La Hermana Superiora de la «Casa de Ejercicios », se niega á hacer entrega de la menor Elena de la Torre, á menos que no se le presente una órden del señor Defensor de Menores.

Por esta causa, no se dá cumplimiento á lo dispuesto por el señor Juez, en la presente nota».

El Secretario político, al saber el resultado de la comisión, resolvió :

« Vuelva al señor Juez, para la resolución que corresponda ».



XIX

Don Francisco Valladares no regresó á la hora de comer, como lo había insinuado á su señora.

A las nueve de la noche se presentó en el « Café » que frecuentaba. Atravesó una pieza donde había varios jugadores de naípe, que discutían acaloradamente y penetró al salón de la Ruleta.

Había en él, como unas cincuenta personas, alrededor de las dos largas mesas, cubiertas por los treinta y seis infernales números.

Una vez provisto de fichas y al iniciarse una vuelta, gritó:

—Quinientos á mayores!

La bolita se deslizó formando círculos mil, hasta que el apuntador anunció:

—El ocho — negro y menor.

Valladares había perdido.

En la jugada siguiente, colocando un montón de fichas sobre la mesa, dijo:

—A colorados el doble!

El apuntador gritó en seguida:

—El veinte—negro y mayor.

Valladares perdió también.

Sin embargo, continuó jugando y aunque alternaba con alguna ganancia, resultó que ántes de las doce de la noche, había perdido siete mil pesos.

Nervioso, mal humorado, maldiciendo su suerte, pasó á una pieza donde se servían licores. Allí, en compañía de dos amigos, empezó á tomar copa tras copa, hasta que sintió el principio de la embriaguez.

Entonces se levantó, dirigiéndose al cuarto donde se jugaba al naípe.

Algunos amigos estaban allí, y cuando llegó, todos le hicieron lugar para que se sentára al lado del tallador.

Se jugaba al « monte ».

Pronto no más aparecieron dos cartas sobre el tapete: una Sota y un Cuatro.

—Cien pesos á la Sota!—dijo Valladares.

El tallador se dió vuelta y comenzó á des-

lizar las cartas de encima, con cierta lentitud.

—La Sota! — exclamó poco después.

Valladares recibió su ganancia.

En otra nueva jugada, salieron el Rey y el Siete.

—Cuatrocientos pesos al Rey! — gritó, colocando el dinero respectivo.

La suerte no le favoreció; el Siete apareció en puerta.

Y como le había ido en la Ruleta, le fué también aquí. La noche le era fatal.

Medio bamboleante se levantó, despidiéndose con frialdad, de sus antiguos compañeros.

Serían las tres de la mañana.

En casa de Valladares todos dormían á excepción de Teresa, que tendida en su lecho é iluminada su faz por la luz de la lámpara colocada á cierta distancia, parecía sumida en profundas meditaciones.

De pronto, como impulsada por un resorte, al sentir que la niña se despertaba, se levantó, y habiéndola tomado en brazos, volvió á sentarse sobre el borde de la cama.

Allí, después de cubrir de besos el rostro de su angelito, volvió de nuevo á meditar sobre su tristísima existencia. Y recordando lo que había pasado con Elena, la infamia cometida por su marido y el desgraciado porvenir que le es-

peraba, pues las relaciones conyugales las consideraba rotas, no pudo resistir su dolor y empezó á llorar amargamente.

Entre tanto, Valladares regresaba.

Abría yá la puerta de calle cuando notó luz en el dormitorio y al acercarse á la ventana, oyó que su esposa lloraba.

Impresionado, como es natural, salvó la puerta y sin acordarse de cerrarla, se precipitó hácia la habitación de la señora.

Al entrar le preguntó:

— Qué hay? — Por qué estás llorando á esta hora?

Teresa, sorprendida por la aparición repentina de su marido, se turbó en el primer momento; luego, dejando á la criatura en el lecho y poniéndose frente á él, le contestó con altivez:

— Y á usted qué le importa?

— Me importa — repuso con sequedad — saber lo que sucede, pués para algo soy, el amo y el señor!

— De tus concubinas! — exclamó Teresa con rapidez.

Valladares, al oír esta contestación palideció; luego, haciendo esfuerzos para no estallar, le dijo con imperiosa voz:

— Te prohibo que me hables jamás de esta manera!

— Cállate, desvergonzado! — le gritó la se-

ñora — Ya pasó el tiempo de mis humillaciones! . . .

— Bueno; basta de comedia — acuéstate tranquila, que mañana yo te arreglaré — agregó el esposo, dándole la espalda con intención de retirarse.

Teresa entonces se abalanzó sobre él, y tomándole con fuerza su brazo izquierdo, lo arrastró al centro de la habitación, diciéndole :

— Pues yó te arreglaré hoy!

Valladares, al sentirse oprimido por aquella mano férrea, no salía de su asombro. Nunca hubiera creído á esta mujer, tan bondadosa, capaz de encarársele de tal modo. Así es que, dominado por tan enérgica actitud, esperó á que su esposa acabara de hablar. Esta, habiéndose retirado algo de él, le dijo con voz trémula por la emoción:

— Oyeme bien! Las relaciones entre nosotros han concluído. La mujer que tienes ahí, en casa de doña Isabel, y el hijo que lleva en sus entrañas. . . . te reclaman!

Valladares comprendió en el acto de lo que se trataba, pero deseando disimular lo posible, le contestó :

— Pero tú estás soñando!

— Nó!. . . . El que sueña con su cinismo éres tú!

— Pues entonces miéntes!

— Ea, cobarde! — exclamó la ofendida esposa. — A una mujer digna, no la desmiente un depravado!

Y al acercarse al lecho para tomar las cartas que había colocado debajo de la almohada, Valladares, rojo de ira, se precipitó sobre ella.

— ¡Insolente! — le gritó con voz de trueno, dándole tan feroz empellón, que la hizo caer de bruces sobre el borde de la cama, al mismo tiempo que la niña lanzaba un agudo grito.

— ¡Hija mía! — exclamó Teresa al levantarse, tomando en brazos á la niña. Luego, con ella cargada, se abalanzó sobre su marido.

— ¡Infame! — le dijo — todavía te atreves á humillarme?

Y veloz como el rayo, levantó su mano derecha, azotándola con tal fuerza sobre la mejilla izquierda de aquél, que trastrabillando sobre sus piés, fué á dar con la cabeza en la puerta del ropero.

Valladares, ciego de furor, se endereza; saca su puñal con rapidez por la abertura del chaleco; de una ojeada mide la distancia que le separa de su esposa, y se lo lanza con todas sus fuerzas, en dirección á la cabeza.

Un grito agudísimo, seguido de una imprecación horrible se dejó oír.

— ¡Asesino!... ¡asesino! — gritaba Teresa

desesperada, mientras que su vestido se ponía rojo de sangre.

Y Valladares, con los brazos cruzados sobre el pecho, contemplaba impasible su obra, afirmado á la puerta que daba al salón.

Como el dormitorio tenía ventana á la calle, los gritos pronto fueron oídos por el vigilante que rondaba la manzana.

Poco después el agente policial, daba cuatro silbidos llamando al superior.

Pasados quince minutos, el Oficial se presentó en la habitación de la señora.

Impuesto de lo que había sucedido, ordenó á Valladares que le acompañase á la Comisaría. Este, no hizo resistencia, entregándose al representante de la autoridad.

Teresa se hallaba en un estado desesperante.

El puñal lanzado con terrible fuerza contra ella, no la tocó, gracias al precioso escudo que oprimía contra su corazón.

El médico, que llegó con alguna tardanza, constató en la niñita una herida gravísima en el muslo izquierdo, que había dividido la arteria femoral. Le sobrevino una fuerte hemorragia, quedando muerta pocos momentos después.

Pasó algún tiempo.

Antes de fallarse el proceso criminal que se siguió, Teresa, patrocinada por un inteligente

abogado, hizo valer las cinco cartas escritas por su marido, para probar el adulterio en su demanda de divorcio.

Alguna vez Valladares, pudo exclamar en su prisión : « Con la vara que midieres, has de ser medido ! »



XX

La desobediencia de la Superiora al mandato del Juez de 1ª Instancia, fué al conocerse en los Tribunales, el tema de todas las conversaciones.

Fiscales, Asesores y Escribanos, comentaban con verdadero asombro, hecho tan inusitado y sin precedente alguno.

Temían, con razón, que el Juez, justamente indignado, mandase allanar la «Casa de Ejercicios».

Y sería de ver entonces, á la fuerza pública, penetrar á aquel sagrado recinto, procediendo violentamente, entre la confusión y el espanto de las tímidas religiosas, que no tendrían

más remedio que elevar sus preces al Creador, en demanda de justicia, contra la *profana* autoridad.

De tan terribles consecuencias, el único responsable sería, como sabemos, don Hermenegildo Rocamora.

Momentos después de haberse recibido la nota devuelta por la Policía, el señor Juez dictó la siguiente resolución:

« Vengan nuevamente á juicio para la audiencia del jueves próximo, á las dos de la tarde; líbrese exhorto al doctor . . . para notificar á la madre de la menor Elena, é importando la negativa de la Hermana Superiora, de que se dá cuenta en el oficio precedente, una desobediencia manifiesta á las órdenes de este Juzgado, líbrese nuevo oficio á la Policía para que se impartan las órdenes necesarias á efecto de que comparezca ante el Juzgado la menor detenida, en el día y hora designado, en la inteligencia de que deberá usarse de la fuerza, sino hubiese otro modo de conseguirlo ».

Esta resolución retardaba siete días más el juicio verbal.

Poco después se dirigió al Juez de 1ª Instancia en . . . un exhorto, para que ordenase nuevamente la notificación de la madre de la menor.

A su turno, fué dirigido un « oficio » para el Juez de Paz del Partido de.... con igual fin.

Al mismo tiempo era redactada la siguiente nota :

« Al señor Jefe de Policía de....

Tengo el honor de dirigirme á usted, á fin de que se sirva impartir las órdenes necesarias para que la menor Elena de la Torre, que se encuentra depositada en la «Casa de Ejercicios», comparezca á este Juzgado, el día.... á las dos de la tarde, en la inteligencia de que deberá **usar de la fuerza**, sino hubiese otro modo de conseguirlo ».

Esta nota siguió, para su cumplimiento en la Policía, el trámite ordinario.

Transcurrida una semana, llegó el día en que iba á tener lugar el juicio decretado por segunda vez.

Antes de la una de la tarde, en el Departamento General de Policía, se observaban ciertos preparativos acerca del asunto que nos ocupa.

El Comisario de Ordenes llamó á su despacho, al mismo Oficial que hemos visto anteriormente desempeñando una comisión — y le dió algunas instrucciones.

Entrególe dos notas. Una de ellas, para la

Superiora de la « Casa de Ejercicios », diciéndole al mismo tiempo :

— Usted intimará á la Hermana la entrega inmediata de la menor. Si se resistiese como la otra vez, se dirigirá usted en el acto á la Comisaría respectiva, donde presentará esta orden.

— Y en seguida ? — se atrevió á preguntar el Oficial.

— En seguida — repuso el Superior — tomará usted de la fuerza que se ponga á sus órdenes, el número de agentes que juzgue necesario, para entrar á los « Ejercicios », y sacar á la menor Elena de la Torre.

Cinco minutos después, el empleado policial se alejaba del Departamento en un carruaje que le había preparado San Román.

La Superiora que no ignoraba, como veremos en seguida, lo que iba á suceder, recibió al Oficial cuando llegó, con la más cristiana humildad.

Al presentarle la nota de que era portador díjole el jóven :

— Creo, Hermana, que hoy no se resistirá... pues la orden es terminante.

La Superiora, sin contestar á esta observación, abrió la nota y al haberse enterado de ella, respondió :

— Todo este alarde de fuerza, para atropellar la casa de Dios, es inútil : pues la jóven Elena ha sido yá conducida al Juzgado.

En seguida la Hermana, en corroboración de su aserto, enseñó al Oficial una nota del Defensor, en que le ordenaba entregase á la menor Elena de la Torre, al « Ordenanza de la Defensoría ».

El empleado regresó entonces al Departamento General.

Ahora debemos al lector una explicación.

Se recordará que Don Hermenegildo, en la creencia de que se habían usurpado sus facultades defensoriles, ordenó á la Superiora resistiese el mandato del Juez de 1ª Instancia.

Bien. En la mañana del día fijado para cumplir la orden de allanamiento, el Secretario del Juzgado, trató de convencer al Defensor, de que se había metido en un callejón sin salida, al provocar un conflicto cuyas consecuencias no era fácil de prever.

Don Hermenegildo, firme en sus trece, no cedía ante ninguna observación.

El Secretario le hizo ver en seguida, que si la fuerza pública violentaba la « Casa de Ejercicios », como se había ordenado, él no continuaría veinticuatro horas más en su puesto de Defensor.

Entonces Don Hermenegildo palideció de pronto, y abriendo inmensamente los ojos, respondió:

— Quizás tenga razón amigo, porque estos bellacos, pueden traer á machetazos á todas las beatas de la « Casa, »!

Algunos minutos después, el Defensor Rocamora enviaba á los «Ejercicios» una nota con el sargento Peñafior. Esa nota yá la conocemos.

El día que nos ocupa, el Comisario de Ordenes dió cuenta á su Superior del resultado de su comisión en los términos que siguen :

« Señor Jefe :

La Hermana Superiora de la «Casa de Ejercicios» ha manifestado que la menor á que se hace referencia, ha sido llevada yá, por órden del señor Defensor de Menores, á prestar la declaración que solicita el señor Juez en esta nota ».

Poco después el Jefe Político resolvió :

« Vuelva al Juzgado de su procedencia ».



XXI

Como hemos visto, Don Hermenegildo asustado ante la enormidad de lo que iba á suceder, por culpa suya en la « Casa de Ejercicios », se apresuró á ejecutar la órden del Juez de 1ª Instancia.

A las once y media de la mañana, Elena fué conducida á los Tribunales por el sargento Peñafior.

Véase hasta qué extremo llegaba la negligente conducta del Defensor de Menores, haciendo atravesar á pié, media ciudad, á esta virtuosa joven custodiada por un grosero vigilante, cual si se tratase de una presidaria.

Cerca de dos horas, don Hermenegildo tuvo á Elena en su despacho, haciéndole múltiples reflexiones acerca del « escrito » presentado.

A las dos de la tarde el Defensor y la jóven pasaron al Juzgado de 1^a Instancia, donde yá se encontraba Edelmira, que concurría al juicio verbal, en representación de su señora madre.

Una hora duró la audiencia.

Concluída ésta, Don Hermenegildo, Elena y Edelmira, volvieron á la Defensoría.

Entre tanto, San Roman, que había seguido los pasos del Oficial en su ida á los « Ejercicios », regresó á su vuelta, encontrándose en los Tribunales, cuando Elena estuvo en el juicio verbal.

Sumido en las más profundas meditaciones, se paseaba el jóven en el pátio cerca de la Defensoría, cuando de pronto un Ordenanza que se acercó hácia él, le dijo que el señor Defensor le llamaba.

Carlos se presentó en seguida, en el despacho de Don Hermenegildo. Este, con toda seriedad, dijo al jóven:

—Me ha pedido esta niña (señalando á Elena) que lo llame, porque quiere hacer algo con usted.

—Estoy á sus órdenes—contestó San Román.

Entonces Elena tomó la palabra:

—Mi hermana Edelmira—dijo—acaba de afirmar en presencia del señor Juez, que yo tengo relaciones ilícitas con Don Francisco Valladares. Dígnese usted manifestar la verdad de lo que ha pasado.

—Perfectamente—repuso el jóven.

Luego dirigiéndose al Defensor, agregó:

—Ante todo, señor, prometo bajo el juramento más solemne, decir la verdad en cuanto mis labios pronuncien en este momento.

—Nó... nó! Nó jure... nó hay necesidad!—se apresuró á decir Don Hermenegildo.

—Entonces tendré la satisfacción de que se me crea, sin cumplir con esta formalidad....

—Le creeremos, siempre que no mienta!—contestó con cierta sorna el Defensor.

Como es de suponerse, ante un sarcasmo semejante, San Román recibió la más horrible sorpresa.

Sin embargo, pudo darse cuenta con rapidez, que de su actitud en ese instante, tal vez dependía el porvenir de su amada, y esta consideración logró serenarle en seguida.

Edelmira, que no perdía el menor detalle de lo que pasaba á su alrededor, al notar la turbación momentánea del jóven, dijo á su hermana:

—Parece que se le ha agotado el repertorio á tu oficioso defensor!

Carlos al oír esta sátira mordaz, contestó en el acto á su autora:

—No hay tal!... podré confundirte, si tu ruin proceder....

—Buenopués!—le interrumpió Don Hermenegildo—No entremos en filosofías.... al grano!

—Está bien, señor—repuso San Román.

Y en seguida, hizo un resumen breve de los sufrimientos transformados después en suplicios, de que Elena había sido víctima en su hogar.

Cuando llegó al relato de la intriga tramada por Edelmira y Valladares, el Defensor volvió á interrumpirlo, diciendo:

—Cállese hombre! No diga eso... porque quien le vá á creer!

Carlos comprendiendo yá que sería inútil todo cuanto dijera, se decidió á cortar su exposición.

Don Hermenegildo le dijo entonces:

—En cuanto al « escrito » ... será anulado!

—¿Por qué razón?—le preguntó el joven.

—Porque sí!

—Pero señor! ¿Por qué no se permite la cuestión, para declararle inocente ó para duplicarle la pena, si realmente es culpable?

—Porque nó!— contestó Don Hermenegildo.

Inmediatamente San Román se retiró del « justiciero » despacho. Y algunos minutos después, Elena regresó á la « Casa de Ejercicios », acompañada por el sargento Peñaflor.

Dos días después del juicio verbal, Carlos se presentó en la Secretaría del Juzgado por donde tramitaba el expediente de Elena, para conocer la resolución á que había dado lugar.

El Secretario le manifestó que el Juez para resolver, necesitaba conferenciar con el Asesor de Menores.

Cerca de un mes estuvo el joven yendo diariamente á los Tribunales, en busca del despacho que anhelaba.

Al fin, el Asesor se sirvió firmar el acta que se levantó en el juicio verbal y que decía así:

«En el día y hora designado, comparecieron á la audiencia la menor Elena de la Torre, el señor Defensor de Menores y doña Edelmira de la Torre, por su señora madre doña Isabel de la Torre.

Hecha relación de los hechos alegados y lectura del escrito de f. 1—no se ratificó la menor Elena, en las aseveraciones del escrito.

El Juzgado dió por terminado el acto y ordenó que se pasasen los autos en vista al Ministerio, por no haber estado presente el señor Asesor y una vez expedido, volvieran al despacho para proveer lo que corresponda.

Leída que les fué, firmaron los presentes con su Señoría, ante mí, de que doy fé ».

Una tarde San Román, se encontró con el Asesor de Menores, en el salón de una Repartición Oficial, en el instante mismo en que diversos dignatarios saboreaban algunas tazas de aromático thé.

—Usted por acá, mi amigo!— dijo el Asesor, una vez que se apercibió de la presencia del joven.

— Sí doctor — contestó éste — he venido á traer un Oficio del señor Juez de 1ª Instancia.

— Buen artillero!... así me gusta — exclamó, palmeando con cariño la espalda de San Román. — Siempre firme al pié del cañón!

En seguida, dirigiéndose á un caballero que permanecía sentado cerca de un escritorio ministerial, le dijo:

— Pero hombre: éste muchacho me hace rejuvenecer veinte años cuando le escucho! Le han encarcelado la novia y héte aquí, que el mozo se ha propuesto libertarla á todo trance.

— Es mi deber, señor — repuso el jóven.

— Pero qué ardor! Qué constancia! Santo Padre! — continuó el Asesor, dándose una palmada en la frente. — Este diablo ha puesto en conmoción, á toda la justicia del país!

Sí señor: como lo oye! — agregó. — Dirigido por un abogado jóven, que es una luz, él, se ha convertido en procurador de su novia y no nos deja dormir, materialmente.

— Y á pesar de tantas diligencias y de súplicas sin fin — le observó San Román — el expediente se tramita con calma desesperante.

— Pero por Dios, mi amigo: cómo quiere que nos ocupemos solamente del asunto de su amada?

— No pretendo tal cosa señor; pero sí creo que debía considerarse un poco más, la situación

tristísima en que se halla esa virtuosa joven, víctima del proceder criminal de su familia.

—Tantas cosas hay compañero, que debíamos considerar un poco más! Pero el tiempo es corto y no se puede dar preferencia á ninguna.

Por ejemplo: en un armario de mi Oficina, tengo doscientos ochenta expedientes que esperan mi consejo. Qué quiere que haga? Nada más que despachar lo que puedo; uno ó dos, al día: tres, cuando más!

—Es laboriosidad! — exclamó uno de los caballeros presentes.

—Demasiada! — le contestó el Asesor — el sueldo es reducido y el empleo está sujeto á los vaivenes que le imprima el primer postulante de favorecida recomendación.

Qué le parece mi amiguito? — agregó, dirigiéndose á San Román — no todos son jolgorios! Estoy expuesto, como cualquier escribientillo, á que el momento menos pensado me pongan en la calle, para dar el puesto á algún pelafustán de la alta política. Y con semejante estímulo—trabaje usted . . . tenga su despacho al día . . . qué disparate!

—Triste situación es, en efecto — le observó el joven. — Y por qué no abandona este empleo, doctor?

— Porque sea como sea, este puestito sirve para escalar alturas; de aquí puedo pasar á Juez

de 1ª Instancia; en seguida á la Corte Suprema, y después, veríamos lo que conviniera.

— Entonces es otra cosa, puesto que tiene esperanzas fundadas para el porvenir. . .

— Sí, como usted también las tiene, en sus amores con la hermosa Elena.

— Es verdad, señor; siempre que ustedes no la encarcelen á perpetuidad. . . alguna ilusión tendré. . .

— Y qué novia tiene este pillo! . . . — exclamó el Asesor.

En seguida, dirigiéndose á uno de los personajes de la reunión, agregó:

— Pues ha de saber, amigo, que este jóven anda la ceca y la meca, cuestionando un «Astro», en figura de mujer. Qué ojitos tan picarescos! . . . Qué formas tan redonditas. . . compañero!

— No le haga caso al doctor — dijo á Carlos en tono de broma, el caballero que le escuchaba.

— Pero cáscaras! — continuó aquél — si es un bocado de Cardenal! . . . Le dieran á usted la novia del señor!

Luego, dirigiéndose á San Román le dijo:

— Convénzase, mi jóven amigo: todos los obstáculos que usted encuentra para activar el asunto, y las trabas que se le pondrán más tarde, tienen por causa principal, la influencia de « un par de enaguas ».

—Y qué tiene que ver esto, con la justicia verdadera é imparcial?

—Ah!... su inexperiencia es la que lo hace dudar de estas cosas, que son tan claras como la luz del día.

En seguida el Asesor, se dirigió á una puerta que daba al vestíbulo y después de mirar á derecha é izquierda, regresó murmurando: . . .

—Es necesario, cuando se habla entre amigos, cerciorarse de que no está escuchando algún repórter.

—Y entre paréntesis, doctor—dijo entonces el jóven—Qué opina usted sobre la fulminante revelación, que el público indignado comenta hoy?

—Opino, compañero, como todo el mundo opina ya—Que al recibir el golpe aleve, tramado con negra perversidad, la víctima se armó de un «Látigo», con el que ha logrado humillar á sus míseros detractores!

XXII

Luego, tomando el hilo de su conversación, el Asesor continuó:

—Usted no comprende, mi amigo, cuán poderosa es entre nosotros la influencia de una mujer.

Y si esta mujer es elegante y hermosa, esa influencia no reconoce límites.

Se trata de un jóven, por ejemplo, instruido, educado, con pruebas de acrisolada honradez. Busca un empleo en cualquier rama de la Administración. «No hay vacantes» — se le contesta.

Se hace recomendar por Pedro, Juan ó Diego, que aunque personas honorabilísimas, no están

en el Candelero. « Se le tendrá presente » — es la contestación que recibe esta vez. Y por entendido que el empleo no lo consigue jamás.

Muy bien.

Ahora: en casa de un Ministro, Juez, Alcalde ó cualquier Perico de los Palotes, que pueda disponer de un empleo de cuarenta pesos siquiera, se presenta una dama ó una jóven, ataviada con lujo ó sin él, de formas esbeltas, con unos ojos negros que atraen, y una boca pequeña formada por rojos y voluptuosos labios, en fin, un tipo capaz de despertar alguna placentera sensación.

Solicita con cierta habilidad, un empleo para su padre, marido ó hermano, sin dar más recomendación de lo que és, y será, que la suya propia.

Prévias ciertas manifestaciones del más sincero agradecimiento, la dama sale contentísima, habiendo obtenido todo cuanto anhelaba.

No importa que el agraciado, poco después abandone su Oficina, y tome las de Villadiego, llevándose algún dinero que le hayan dado en guarda.

A la inversa.

Si algún empleado puede y quiere poner en juego alguna « influencia de faldas », cuando ha faltado á su Oficina más de veinte días, por enfermedad ó haraganería, no hace más que

mandar la dama á conferenciar con alguno de los Jefes, que de seguro le consigue, no solo la disculpa de su inasistencia, sino hasta prórroga, para quedarse muy tranquilo en su casa.

—No hay duda, señor — dijo San Román — que esas damas habían sido capaces de conseguir más de lo que yo me imaginaba.

—Oh!... hay mucho más todavía.

En los Tribunales, este poder también se hace sentir.

Expedientes hay que la polilla, habría dado yá buena cuenta de ellos, si una influencia femenina no hubiese logrado ponerlos á la órden del día.

Yo mismo, contagiado con lo que pasa á mi alrededor, demoro muchas veces el despacho de alguno, para tener el placer de que me vengán á rogar, y puedo decirle con franqueza, mi amigo, que jamás desairé á una dama de las condiciones de la que le he pintado.

—Pero — dijo el jóven — de qué talismán misterioso se proveen para obtener lo que se niega á la generalidad ?

—No se proveen de nada, compañero. El verdadero talismán lo llevan siempre consigo... cuando tienen, linda la cara y preciosas las formas. Entonces, la galantería por un lado y la fuerza de atracción del sexo por el otro, unido á la habilidad suma que desplegan al hacer su

petición, dán por resultado que triunfen en toda la línea.

— Pero, doctor, la persona que recibe un servicio de cierta importancia, queda, cuando menos, obligada á retribuirlo, y tratándose de una dama. . . .

— Justamente — le interrumpió el Asesor — es la reflexión que yo me he hecho siempre.

¿ Cómo una dama, hermosa, después de presentarse muy suelta de cuerpo, ante un hombre que ni su apellido conoce muchas veces, y le pide, y le suplica, y le llora, si así conviene. . . un empleo bien rentado ó la disculpa de una falta grave,—cómo, repito, puede dirigirse á su casa, y decir á alguno de los suyos: « Acabo de conseguirte un empleo de ciento cincuenta pesos mensuales; ó, el señor H., me ha dicho que el puesto lo tienes seguro, que puedes faltar no más el tiempo que juzgues necesario ». — agregando en seguida: — « Todo esto lo he obtenido solo por mi bella faz ».

Historias! — exclamó el Asesor — lo que es á mí, no me la pegan!

— Así és — observó San Román — la cosa se presta á comentarios. . . .

— Mire, mi amigo; para hacerle más palpable la convicción que tengo yo á este respecto, voy á ponerle un ejemplo:

Supongamos que la dama de que he hablado

fuese mi misma hija, á quien considero un ángel, y que un buen día, después de haber salido á la calle, regresase y me dijera:

— Papá: he estado con el señor tal, y me ha concedido un empleo para mi hermano, de cien pesos al mes.

Sabe usted, mi amigo, lo que le contestaría?

— Lo ignoro, doctor.

— Pues bien. Le diría sobre tablas: infeliz! lo que es ahora no doy un comino por tu virtud!

— Qué severidad... Dios mío! — murmuró uno de los presentes.

— Nó señor!... No hay tal!... Vea, compañero: en esta tierra donde hemos nacido, se profesa un verdadero culto á la hermosa mujeril.

Hoy por hoy, no se dá puntada sin nudo.

Un servicio con un favor se paga, y no hay remedio!

Por consiguiente: una mujer que ha implorado un favor de la naturaleza de que se trata, y que se le ha concedido, queda obligada á retribuirlo.

Lo retribuye? No sé, ni quiero saberlo. Pero estoy convencido de que nadie la servirá, sin su interés particular.

Después de una breve pausa, el Asesor prosiguió:

— Ahora, mi amigo, que le he demostrado lo que puede una mujer, comprenderá lo que le

pasa en el asunto que le preocupa. Estoy al corriente de todo. Voy á darle mi opinión personal. Edelmira, la hermana de su novia, representa á su señora madre en esta cuestión—no es cierto?

— Es verdad.

— Muy bien. Ella, pues, está sumamente interesada en que Elena permanezca en los «Ejercicios» hasta su mayor edad.

Ha influido poderosamente en el ánimo del Defensor, á tal punto, que creo que usted, con todos los esfuerzos y sacrificios que haga, no logrará contrarrestar el poder de Edelmira.

— Pero, esto es inícuo, señor! Es inconcebible!

— Es, mi amiguito, lo que le he dicho ántes; que las polleras en esta tierra tienen más poder que un cañón Krupp.

— Pero, y el expediente que se ha formado?

— Terminará de cualquier modo; pero desfavorable á su novia, y por consiguiente, á usted.

— Espero, dóctor, que no permitirá que se consume tamaña. . . .

— Ah, amigo mío! El puesto que ocupo en este asunto, es muy secundario. El Defensor de Menores, que es muy zorro y muy beatón, es el todo.

El, informa al Juez de lo que ocurre, y el Juez me dá « Vista » á mí, más por fórmula que por otra cosa, puesto que se reserva el derecho de aceptar ó nó mi consejo.

— Pues estamos lucidos !

— Cuando usted tenga mi experiencia, no se sorprenderá como hoy!

Treinta y seis días después de haberse conocido el resultado del juicio verbal, el Asesor de Menores se expidió de esta manera:

« Señor Juez:

« No habiéndose ratificado la recurrente en su escrito de fs... como aparece del acta corriente á fs..., este Ministerio es de opinión que V. S., dé por terminado este asunto. »

En seguida, el Juez de 1ª Instancia, se sirvió resolver así:

« Vistos: de acuerdo con la vista que precede, de cuyos fundamentos encuentra ajustado el Juzgado, fallo: no haciendo lugar á lo solicitado en el escrito de f... y dado por terminado este incidente, y repuestos los sellos, archívese ».

Algún tiempo después de terminado el asunto que nos ocupa, don Hermenegildo Rocamora fué jubilado en premio de sus *meritorios* servicios, como él mismo decía.

El nuevo Defensor que entró á reemplazarle, se propuso, desde el primer momento, hacerse digno de la confianza que en él se había depositado.

Cuando visitó la « Santa Casa de Ejercicios », fué sorprendido por una novedad que le impresionó desagradablemente.

La Hermana Superiora puso en su conocimiento de que una jóven que había sido depositada allí, por órden de don Hermenegildo, se hallaba gravemente enferma, y que, según el médico de la Comunidad, su forzada reclusión precipitaría su fin.

El Defensor de Menores supo entonces que la enferma era Elena de la Torre.

Prometió á la Superiora ocuparse con preferencia de este asunto.

Cuando regresó á su Oficina, examinó con suma atención el expediente seguido por la menor, y después de calificar duramente el proceder de Don Hermenegildo, resolvió proteger con actividad á la desgraciada jóven.

Efectivamente.

Veinticuatro horas después, Elena fué sacada de su prisión y conducida á casa de una respetable familia, á quien el Defensor recomendó la tratasen como hija adoptiva, rodeándola de todas las consideraciones que su estado anormal exigía.

Al fin, esta virtuosa jóven encontró quien se condoliera de su tristísima existencia!

Pero muy tarde, desgraciadamente.

En efecto. Víctima de los intensos sufrimien-

tos que el lector conoce, esta desventurada había adquirido en su prisión, una pulmonía agudísima y como funesta consecuencia, el período de consunción, era recorrido con espantosa rapidez.

En este estado la infeliz Elena, consiguió su libertad.

Dos noticias que fué imposible ocultarle, agravaron su afección. El fallecimiento de doña Isabel, víctima de su crónica enfermedad; — y la ausencia de San Román, que había partido para otra ciudad, por un asunto testamentario.

Y como era de esperarse: los esmeradísimos cuidados de que Elena fué objeto, por parte de la familia en cuyo seno se encontraba, debían resultar completamente inútiles.

Los terribles progresos del mal, continuaron sin cesar hasta veintitrés días después, en que esta verdadera mártir entregó su alma al Creador.

XXIII

Habían transcurrido dos años desde el fallecimiento de Elena.

Edelmira vivía en casa de su tío.

La existencia que pasaba se le había hecho insoportable.

Eduviges, la esposa de don Fernando, que era una mujer malísima, la hostilizaba de todas maneras. El motivo más insignificante, siempre era causa poderosa de continuas reyertas.

Edelmira muchas veces se quedó perpleja, no sabiendo que partido tomar. Llegó en su desesperación á creer, que la soledad y la miseria misma, serían mejores que su permanencia en casa de la familia Talavera.

Su única distracción, si así puede llamarse, era la Iglesia.

Allí acudía todas las mañanas y algunas veces de noche, en días festivos, en que se celebraba alguna solemnidad.

Mas de una vez, estando en misa, arrodillada frente al altar de su devoción, al elevar sus preces al Créador, gruesas lágrimas se deslizaron silenciosas por sus pálidas mejillas.

Dos personas, antiguas conocidas del lector, tuvo Edelmira la satisfacción de encontrar en sus místicos paseos.

La una, era Magdalena Montero de Tolosa, que desde su casamiento no la había vuelto á ver. La otra, su nunca olvidado novio don Matías Sandoval.

Qué impresión indefinible no experimentó la vez primera, en que notándole cerca de una columna del templo, se cruzaron una mirada por casualidad, teniendo ella sus ojos húmedos aún, en esos momentos de amargura porque pasaba!

Ah!.. si fuera casada!.. Si doña Isabel en mala hora no hubiese tronchado su felicidad, haciendo germinar en ella la semilla de la venganza — no sería completamente feliz?

—Sí, lo sería!—pensaba—mientras que ahora no era más que un sér aislado, víctima de crueles remordimientos.

Una noche, al finalizar una « Novena », después de haber escuchado la palabra elocuente de un orador sagrado, Edelmira se encontró con Magdalena.

Después de haberse saludado con cariño, la señora le dijo :

— Pero por Dios Edelmira, qué cambiada te encuentro !

— Sí ? — repuso ésta sencillamente.

— Si pues — continuó aquella — estás delgada, pálida, ojerosa ; qué te pasa ?

— Nada de particular.

— Pero nó ; algo te sucedé ; tu semblante lo dice á gritos.

— Quizás sea efecto de la tristeza en que vivo desde la muerte de mamá — contestó la jóven.

— Pero déjate de tonteras ; lo sucedido no tiene remedio y debemos resignarnos cuando se cümple la voluntad de Dios.

— Así debía ser, señora, pero

— No hay *pero* que valga — le interrumpió Magdalena. — Mira : el próximo domingo es Carnaval, y voy á recibir en mi casa algunas comparsas. Con ese motivo varios amigos, Sandoval, Matilde y otros concurrirán, y nos divertiremos en grande. Así es, que espero no me faltes por nada de este mundo.

— Ah ! . . . no podré concurrir — dijo Edelmira con tristeza.

— Por qué?

— Porque á más de no hallarme con el ánimo para diversiones, no tengo con quien ir.

— Pero y tu tío?

— Estamos medio etiquetados con Fernando y Eduviges.

— Eso no importa — repuso la señora — vés con Pedrito y santas páscuas, que de vuelta yo te haré acompañar mejor.

— Bueno — contestó la jóven decidiéndose.

— Pero, me prometes ser puntual, nó?

— Sí, iré sin falta.

Y las dos amigas se despidieron, dándose un beso en la mejilla.

Edelmira regresó á casa de la familia Talavera, sumamente preocupada.

Cerca de las diez, luego que concluyó de tomar el thé, sintiéndose algo resfriada, se retiró á su dormitorio.

Allí, después de echar llave á la puerta, se preparó para acostarse. Apagó el gas, encendiendo en seguida una bugía que se hallaba en el velador.

Luego empezó á desnudarse perezosamente.

Una vez en el lecho, y después de sentir el primer chuscho, producido por el roce de las sábanas heladas, comenzó á reflexionar sobre el convite que le hiciera momentos ántes su amiga Magdalena Montero de Tolosa.

Consideraba esta invitación como un feliz augurio para el porvenir. Iba á encontrarse allí con Sandoval y esta idea la mantenía contenta y satisfecha.

Las veces que la había mirado en el templo, su insistencia en seguir sus pasos, saludándola siempre con cortés afecto, donde quiera que la viese, la convencían de que aún conservaba él, algo del intenso cariño de otros tiempos. Y entonces ella, con su habilidad proverbial, podría en casa de su amiga, hacer revivir la casi extinguida pasión.

Sin embargo, un detalle de importancia se interponía al completar sus risueñas ilusiones.

Era éste, el suceso de Santa Lucía.

No podía olvidar, aunque quisiera, que Sandoval cometió una acción incalificable y que las más amplias explicaciones de su parte, no serían suficientes para vindicarlo por completo.

Pero hay momentos en la vida humana tan supremos, que las acciones más viles se ennoblecen, los actos más criminales se atenúan, cuando de aquel villano ó de este criminal, depende nuestra conservación ó nuestro bienestar.

A esta conclusión arribaba Edelmira.

Su existencia en el mundo era desesperante.

Sin familia, sin hogar, ya bastante madura para emprender la árdua campaña de buscar

marido — qué debía hacer? Nada más que aprovechar la feliz oportunidad que se le brindaba.

Eran las ocho de la noche del domingo de Carnaval.

La ciudad entera engalanada con banderas, gallardetes y luces á millares; saturada la suave brisa en las calles por deliciosas armonías, que se escuchaban por doquier, y el ir y venir constante de gente en carruaje ó á pié; la variedad sin fin de sus trajes, y el paso lento y acompasado de alegres comparsas de toda clase que se sucedían sin cesar, hubiera hecho creer que la población se hallaba en un paraíso encantador.

La casa de la señora de Tolosa, situada en una de las vías que recorría el corso, era una de las más favorecidas.

En su gran salón á la calle, por entre cuatro ventanas abiertas de par en par, podía contemplarse el hermoso espectáculo que tenía lugar allí.

No menos de cien elegantes niñas, con vistosos y variados trajes de fantasía, oculto graciosamente su rostro por un pequeño antifaz, danzaban en alegre algazára, al compás de la música que magistralmente tocaba una brillante orquesta, colocada sobre un tablado en un ángulo del pátio.

Poco á poco la concurrencia aumentó y entonces la señora tuvo que habilitar, para que se sentaran siquiera, las piezas siguientes hasta el comedor, que, resplandeciente de luz, iluminaba una mesa cubierta con los manjares más exquisitos.

A las nueve próximamente, Edelmira en casa de su tío, terminaba sus últimos arreglos de mujer coqueta, delante del tocador.

Estaba verdaderamente interesante.

Se conocía hasta en sus menores detalles, que había agotado toda su habilidad en prepararse, para cautivar el corazón de Sandoval.

Llevaba vestido de tul celeste, matizado de lucientes estrellas, muy escotado, dejando ver el principio de un seno de nácar, divinamente redondeado.

Poco después se colocó el antifaz, y cubierta con un abrigo propio de la estación, en compañía de Pedrito subió al carruaje que la esperaba á la puerta, dirigiéndose á la casa de Tolosa. En ésta, la bulliciosa alegría estaba en su apogeo.

Extraordinaria concurrencia hormigueaba desde el zaguán hasta el comedor, confundíendose el frac con el chambergo encintado del gaucho; la bellísima aldeana con el gracioso cocinero, y codeándose los osos de caras horribles, con diablos de rojos cuernos.

Gran trabajo costó á Edelmira cuando llegó, abrirse paso por entre aquella multitud.

Una vez en el pátio, Matilde, que había sido avisada, salió á recibirla en lugar de la señora dueña de casa.

Después de abrazarla cariñosamente, la condujo al « toilette », de donde salieron en seguida, penetrando en el salón.

Sandoval hacía tiempo que se encontraba allí. Bailó un poco, por compromiso se puede decir, pues Magdalena, habiéndole prevenido que Edelmira asistiría, estaba impaciente por verla llegar, no teniendo gusto de compartir con nadie su habitual buen humor.

También este jóven había sabido vestirsē con suma elegancia.

Era alto, bien proporcionado y de porte distinguido. Así és, que el traje de etiqueta le sentaba admirablemente.

Cuando Edelmira acompañada de Matilde en el salón, se acercó á la de Tolosa para saludarla, Sandoval se hallaba con un amigo en el comedor, entregado á los placeres de la mesa.

Poco después la señora del brazo de la jóven, atravesaba las diversas piezas, buscándolo con ávida mirada. Por fin le encontró.

— Hola ! . . . qué se había hecho usted ? — le preguntó entonces.

— Aquí estaba mi señora — respondió sonriéndose el jóven — saboreando los manjares que usted se ha dignado servirnos.

— Muy bien está!... Usted aquí tan entretenido y yo con una « joya » buscándolo por todas partes, hace una hora... muy bonito! — exclamó Magdalena, en tono de cariñoso reproche.

Luego presentándole á Edelmira, le dijo :

— Bueno. Aquí le entrego esta preciosa máscara, para que baile con ella la polka de « Aida » que ván á tocar.

— Con inmenso placer la recibo! — contestó Sandoval, dándole el brazo á la jóven y conduciéndola al salón.

Luego los acordes de la orquesta se hicieron oír y la encantadora pareja se confundió en el torbellino de danzantes.

Sandoval bailaba entusiasmado, sumamente contento. El, oprimiendo con dulzura el flexible y modelado talle de su compañera; aspirando el tibio perfume, que emanaba de su seno divino. Ella, deleitada, entregándose toda, sintiendo al chocar por detrás con otra pareja, el suavísimo roce de sus cuerpos, con los ojos centelleantes de voluptuosidad.

Concluyeron de bailar y empezaron á pasearse lentamente.

Sandoval díjole casi al oído :

— Esta es la noche más feliz de mi vida!

— Has encontrado alguna hermosa—repuso la jóven— que haya colmado tus deseos?

— Y qué más hermoso, que el ángel que acabo de tener entre mis brazos?

Edelmira vió que la suerte iba favoreciéndole rápidamente; así es, que decidió llevar la corriente á su antiguo amado, respondiéndole:

— Nó Sandoval; no es ángel en hermosura, pero sí, en sentimientos delicados!

— Lo éres en todo! — exclamó el jóven — y tan es así, que mi vida ha sido un infierno desde la hora maldita que me separaron de tu lado.

— Entonces tu solo, no has pasado ratos de amargura! — dijo Edelmira, lanzando un profundo suspiro.

— Luego, quiere decir que has sufrido en mi larga ausencia?

— Ni preguntármelo debías! — respondióle un tanto ofendida.

— Es tan frecuente — dijo Sandoval — que las mujeres procedan de acuerdo con el proverbio « á rey muerto, rey puesto »

— Eso lo harán otras! Lo que es yó, he sufrido y sufro inmensamente.

Sandoval la miraba de una manera arrobadora.

Luego la jóven sintiéndose cansada, le pidió que se sentaran, lo cual hicieron cerca de la

puerta que daba al pátio, en un lugar verdaderamente estratégico, qué venía á quedar en la penumbra.

Edelmira prosiguió su interrumpida conversación:

— Mira — le dijo — en la actualidad, sin familia, sin la más pequeña ilusión, tristísima como vivo, he determinado tomar una resolución desesperada.

— Cuál? — le interrogó el jóven sorprendido.

— Entrar al Monasterio de las Salesas.

— Qué locura!

— No es locura, sino la consecuencia fatal, de mi desgraciada suerte!

— Pero si no éres desgraciada bella Edelmira! — exclamó Sandoval, tomándole una mano y oprimiéndola con dulzura entre las suyas. — Tú sabes que yo te he amado con idolatría; que obligado por doña Isabel, tuve que cortar mi relación contigo y que después nunca me dirigí á nadie, esperando siempre resignado, la hora en que feliz, pudiera poseerte entre mis brazos!

La jóven, electrizada por esta declaración, le respondió:

— Entonces no has hecho más que corresponderme dignamente!

— Sí, Edelmira! Y hoy me encuentro tan enamorado de tí, como el primer día!

— Luego me amas aún? — le preguntó sonriendo y envolviéndole á la vez, en una mirada de ardiente pasión.

— Con toda mi alma! — exclamó Sandoval. Y retirando la mano de las de la jóven, se sacó un precioso anillo que colocó en el dedo anular izquierdo de ella, diciéndole al mismo tiempo:

— Este es el lazo que nos uniré por toda la vida, jurándote por las cenizas de mis padres, que seré tu esposo ántes de un mes!

Edelmira, conmovida hasta las lágrimas, le contestó entonces:

— Tuya... para siempre!

Un grito y ruidos de espantosa lucha, simultáneamente se oyeron partir de la puerta de calle.

En el acto todo el mundo se puso en movimiento, preguntando en alta voz:

— Qué hay?

— Jesús!

— Qué sucede?

Entre la inmensa confusión, Sandoval se levantó del lado de su futura esposa, diciéndole:

— Voy á ver que es ésto!

— No vayas por Dios! — le suplicó afligida la jóven; pero él, partió con rapidez, mezclándose entre la azorada concurrencia.

Veamos lo que sucedía.

De la calle, un individuo disfrazado de gaucho, con una guitarra en la mano y bastante ébrio, quería entrar en la casa á todo trance.

El portero le impidió pasar; entonces el gaucho empezó á insultarle á gritos.

Dos jóvenes, de los muchos que acudieron al zaguán, haciendo causa común con el portero, se abalanzaron sobre el ébrio; pero éste, más fuerte y sobre todo más ágil, de un puñetazo echó por tierra al primero que lo atropelló. Los demás, viendo al compañero caído, retrocedieron hácia el pátio, al mismo tiempo que el gaucho avanzaba.

En ese momento se presentó Sandoval.

— Retírese de aquí! — le gritó con voz de trueno.

— Y quién « sos vos maula » para ordenarme á mí? — repuso el ébrio.

— A la calle pícaro! — replicó el joven ciego de cólera, dándole un fuerte empellón que lo hizo trastrabillar hasta la puerta.

— « Aura » verás! — dijo el gaucho al enderezarse. Y enarbolando la guitarra, hízola trizas sobre la cabeza de uno de los jóvenes que acompañaba á Sandoval.

En el acto del lado de éste, partió un silletazo, que rozando el brazo izquierdo del ébrio, fué á estrellarse contra la puerta, produciendo un ruido infernal.

Entonces el gaucha enfurecido, desnudando una enorme daga, se precipitó sobre los jóvenes, repartiendo puñaladas á diestra y siniestra.

Una confusión indescriptible, se produjo en seguida.

Gritos agudísimos, ayes de dolor, se oían por todas partes.

Inmediatamente la Policía se presentó.

Acudió el médico, y éste pudo contemplar un cuadro espantoso.

Sandoval yacía en tierra, bañado en sangre, con una horrible herida en el abdomen.

Al lado de él, y caído de bruces, se hallaba un joven Terrero, en agonía, con dos profundas heridas en la espalda, que le habían atravesado el pulmón izquierdo, lesionando también el corazón.

Edelmira, que había quedado sumamente afligida, cuando el joven se separó de ella, en el momento de la gran confusión, se mezcló también entre todos, preguntando desesperada por Sandoval.

Y como nadie le contestara satisfactoriamente, fué avanzando con gran trabajo hasta el zaguán.

Una vez allí, quedó aterrada al presenciar el cuadro de sangre.

Volvió á preguntar por su novio y al mirar

nuevamente á los que estaban tendidos en el suelo, reconoció á Sandoval.

Entonces acercándose más, pálida como el mármol, temblando, con los ojos fijos é inmensamente abiertos, lanzó una terrible carcajada.

Destino fatal!

Mientras Edelmira perdía la razón, Sandoval exhalaba su último suspiro.

FIN.

Elena

Veredicto Nacional.

ELENA von Jacob Numo. Erzählungen und Novellen mit lokalem Anstrich liefert uns die argentinische oder sogenannte nationale Literatur wenig. Das soeben erschienene Buch „Elena“ bringt nun in erzählender Form viel lokales Material, durch den sich die Fäden einer tragischen Liebesgeschichte ziehen.

“La literatura argentina ó mejor dicho nacional, desde hace algún tiempo ha producido muy pocas novelas de tinte local que hayan podido llamar la atención como la presente obra. El libro que acaba de aparecer, bajo el título de “Elena”, cuyo autor es el señor Jacob Numo, nos ofrece en forma novelística un inmenso material local, en el cual se encuentra entrelazada la trágica historia de un amor”.

Deutsche La Plata Zeitung.

ELENA — Al aparecer esta novela, de la que es autor el señor Juan M. Cobo, quien se oculta bajo el transparente pseudónimo de Jacob Numo, la prensa en general emitió su opinión, que era muy lisonjera para el escritor citado.

En efecto, *Elena*, es una novela que se lee con gusto, y que interesa sumamente por la habilidad de su trama, pero su originalidad consiste en el pretexto que en ella encuentra su autor para fustigar con dureza algunos servicios de la administración pública, procedimiento que por la novedad bien merece ser consignado.

La obra está elegantemente impresa por la casa Peuser.

El Diario Español.

ELENA. — Con este nombre y bajo el pseudónimo Jacob Numo, ha publicado el señor Juan M. Cobo una interesante narración.

El argumento de la obra se basa en un hecho policial que causó mucha impresión en nuestra sociedad, el que aparece, como es natural, con los nombres y épocas cambiados. La sencillez en que está relatado facilita mucho la lectura, la que llega á interesar por las escenas altamente dramáticas.

La Prensa.

El señor Juan M. Cobo nos ha remitido un ejemplar de ELENA, la novela que dió á luz bajo el pseudónimo de Jacob Numo.

Obra de circunstancias, ha sido ya juzgada por el público que la ha aceptado y comentado extensamente.

Se nos ocurre pensar de esta novela, que el señor Cobo no ha querido hacer literatura, por lo menos no era ese el norte que se había impuesto, y sin embargo la ha hecho.

Relatando la injusticia de que fué objeto, el señor Cobo ha trazado magistrales pinceladas de novelista de cepa, cir-

circunstancia que es doblemente digna de ser tenida en cuenta. en un hombre que escribe una novela no para buscar gloria sino para buscar justicia.

La Razón.

ELENA. — Bajo el transparente pseudónimo de Jacob Numo, ha publicado D. Juan M. Cobo, una dramática narración en forma de novela.

Elena, niña valiente y virtuosa, víctima de todos los que debieran protegerla, sucumbe en lucha emocionante contra la adversidad en momento en que debía realizar la dicha.

El autor nos inicia en tristes manejos de tutores, jueces, defensores de menores, casas religiosas de refugio, etc., etc., que ojalá sean pura exageración.

Pero lo original de la novela es que ella sirve de pretexto para obligar al público á leer un memorial del señor Cobo al Ministro de Hacienda, redactado como el «ACUSO» de Zola, en el cual pide luz y justicia completas contra injusticias consumadas con él por la Administración de Impuestos Internos, que claman al Cielo, según su propio decir.

El procedimiento tiene un sabor enteramente yanki.

Diario Nuevo.

«ELENA. — We have received from the hands of the author, who has adopted the *nom de plume*, «Jacob Numo», a very interesting volume bearing the above title.

ELENA is evidently a novel with a purpose, founded upon grim facts which were investigated judicially some years ago. For the general reader the interest of the work

lies in the disclosures made, which prove how simple it is to do immense and cruel injury in the name of justice»

The Buenos Ayres Herald.

ELENA. — Es una narración dramática, correcta y pintoresca, presentada en forma de novela.

Su autor Juan M. Cobo, que se oculta bajo el pseudónimo de Jacob Numo, usa de la forma literaria para dirigir una acusación á un ex-Ministro de Hacienda Nacional, bajo cuyo mandato; las malas prácticas y los procedimientos rudimentarios de la institución, son la causa de un drama que ha tenido sus actores reales, fuera de las páginas del bien escrito libro.

El Censor.

«ELENA». — Titúlase así una novela escrita por el señor Jacob Numo (Juan M. Cobo) é impresa por la casa de Peuser.

Es *Elena* una interesante narración escrita en un estilo claro y preciso, que tiene el mérito de constituir un trabajo literario basado en sucesos verídicos, de los que fueron actores varias personas conocidas.

Tribuna.

JACOB NUMO. — *Elena*. — L'autore ci racconta una pietosa istoria. L'eroína è Elena de la Torre. Il romanzo ha un sapore locale. E' una lettura sana.

La Patria degli Italiani.

ELENA. — Hubiéramos preferido hacer el silencio, si no nos asistiera el deber de cortesía, alrededor de esta producción del Sr. Jacob Numo (Juan M. Cobo), especie de novela, calcada en episodios de la vida metropolitana, administrativa, judicial y social, en la que, si bien se describen miserias, defecciones y vicios, se incurre en el defecto de trazarnos relatos de un naturalismo inconveniente, por no decir á veces ofensivo del pudor, á causa de los cuadros demasiado *gráficos*, de escenas que podrían mencionarse y exponerse á la execración, pero cubiertas del velo propio con que debe ocultarse todo aquello que choca y repugna á la rectitud y nobleza de sentimientos.

No estamos de acuerdo con el sistema de moralizar con curiosidades *nocivas*, ó de prevenir dolencias del alma, ofreciéndole tósigos que la imaginación extrae, por decirlo así, de las emanaciones mefíticas de la vida.

Para hacer resaltar los legítimos y recíprocos afectos de Elena y Carlos, no habría necesidad de presentarlos sobre el fondo tenebroso de las iniquidades del usurero Fernando, del crapulón Valladares, ni de la impúdica intrigante é infernal calumniadora Edelmira.

Por lo demás, reconocemos en el autor de «Elena», dotes para el género á que dedica su pluma, y que, aplicadas con la reserva que le indicamos, ú orientadas hácia el culto espiritualismo, pueden conquistarle triunfos más honrosos y dignos que el del libro en cuestión.

Acepte nuestro humilde, pero sincero consejo.

La Voz de la Iglesia.

ELENA. — Hemos tenido el agrado de recibir en nuestra mesa de redacción una preciosa novela bajo el título con que encabezamos estas líneas y con el pseudónimo Jacob Numo, publicada por el señor Juan M. Cobo.

Elena, es un libro digno de leerse, no solo por su buena lectura, sino porque en él se denuncian hechos verdaderamente vergonzosos para ciertas Reparticiones Públicas.

El Estímulo. (Redactado por señoras y señoritas).

ELENA.— Con este título ha aparecido una nueva producción literaria, cuyo autor se oculta bajo el pseudónimo de Jacob Numo.

El nuevo libro es también un proceso de las malas prácticas y los rutinarios procedimientos de que adolecen ciertas Reparticiones del Estado, defectos que el señor Numo ha idealizado en forma de romántico relato.

El Tiempo.

ELENA.— Impresa elegantemente por la casa Peuser, nos ha sorprendido la novela de ese título de que es autor Jacob Numo, nombre que nos parece un pseudónimo bajo el cual se oculta su modesto autor.

Debiendo hacer una noticia breve, diremos en síntesis que es interesante, sobre todo desde cierto punto de vista, pues á su trama original se enlazan apreciaciones de actualidad sobre alguna importante dependencia pública.

El Correo Español.

Con el sugestivo título de ELENA, el señor Juan M. Cobo, ocultándose en el pseudónimo de Jacob Numo, ha publicado una novela que sin exagerar incluimos en nuestro juicio, á la categoría de las literaturas experimentales de las modernas epopeyas sociales, que en la actualidad tienen univer-

salmente acaparado el esfuerzo consciente y revolucionario del mayor número de escritores contemporáneos.

La novela del señor Cobo, es todo un documento humano, cuyo trasunto de carácter exclusivamente local, se hace interesante para el lector susceptible de justa indignación ante la mentira social y administrativa entronizada.»

La Protesta.

ELENA.— Con el pseudónimo de Jacob Numo, que es un anagrama, el señor Juan M. Cobo ha publicado una novela titulada *Elena*, cuya acción se desarrolla en Buenos Aires entre personas de la buena sociedad.

Sin pretensiones literarias, el autor ha querido pintar cuadros de la vida real, y es quizás su obra un estudio de ambiente bastante acertado. La novela tiene escenas interesantes y á menudo dramáticas, siendo en general bien conducido y desarrollado el asunto.

El libro del señor Cobo tiene la particularidad de contener una acusación por procedimientos de que ha sido víctima como miembro del personal de la Administración de Impuestos Internos, siendo muy original la forma en que están intercalados algunos documentos que el lector se vé obligado á conocer y que, hay que confesarlo, demuestran las injusticias de que se hizo objeto al señor Cobo.

Diario del Comercio.

ELENA. — Es una novela escrita en estilo criollo por Jacob Numo. Sin tiempo para leerla, consignamos complacidos que ha merecido elogios de los principales diarios de la Capital, lo que importa un motivo de aliento para su autor.

« « ELENA ». — est-elle une histoire vraie? L'auteur a bien voulu nous documenter sur ce point, en nous communiquant le fait-divers publié, il y a ans, par un de nos grands collègues.

C'est donc malheureusement un roman vécu qui nous fait assister à toute une série de scènes, qui pour être vraies n'en sont que plus répulsives, mais éveillent un plus grand intérêt pour la jeune héroïne, marquée au sceau de la fatalité.

Mais ce que nous ne savions pas, c'est que Jacob Numo n'est autre que l'anagramme de Mr. Juan M. Cobo, le signataire de la fameuse lettre ouverte « J'ACUSSE » adressée au Ministre des Finances, un sujet de l'Administration des Impôts Internes, et intercalée dans le roman. Dans ces conditions, « Elena prend une toute autre tournure. Le roman devient la partie secondaire: c'est le cadre doré qui sert à présenter une auto-défense, un « Pro Domo Sua » d'un homme qui se considère lésé dans ses intérêts et surtout dans son honneur et qui, comme Zola, réclame la lumière et la justice. . . . »

Le Courrier de la Plata.

ELENA. — Novela. — Episodio romántico. Autor Jacob Numo, pseudónimo bajo el cual se encubre D. Juan M. Cobo.

Intercalado en el texto de la novela figura un memorial del señor Cobo al Ministro de Hacienda, en el cual denuncia injusticias perpetradas contra él por la Administración de Impuestos Internos.

El Diario.

Un escritor que se oculta bajo el pseudónimo de Jacob Numo, ha publicado últimamente una novela titulada

ELENA. Se trata de un episodio un tanto romántico, referido en un lenguaje pintoresco.

El autor intercala en su relato, para dar más animación al argumento, multitud de episodios que envuelven una crítica á nuestras autoridades administrativa y judicial.

Además de su acción novelesca, llena de interesantes peripecias, el libro está amenizado con curiosas y picantes referencias á los poderes públicos.

El País.

Absteniéndose de juzgar imparcialmente esta obra — *La Nación* se expresó así: «ELENA. — Ha aparecido la segunda edición de esta novela política social, publicada hace algún tiempo con el pseudónimo de Jacob Numo ..

¿ *Sobre la obra «ELENA».* — Hemos recibido una obra admirablemente escrita con el pseudónimo de Jacob Numo, siendo en realidad hecha por el distinguido escritor Juan M. Cobo.

Es completamente originalísima, pues bajo la faz elegante de la novela ha sabido intercalar con colores bien palpitan-tes, cuadros reales de la injusticia humana.

Y de la misma manera que la joven Elena es vilipendiada hasta el extremo de confundir la virtud con el vicio, ó sea lo mismo, la vestal romana con la mesalina del norte: -- así á nuestro autor Cobo, Inspector de Impuestos Internos en la administración pasada se le rebajó, se dudó de él por supo-nerse que debiera estar encausado por ser hasta cómplice de malos manejos en la administración de la renta y con la agravante de que ministros candidatos á presidentes han sido sabedores y lo han tolerado y que á pesar de sangrientas publicaciones no se dan por aludidos. ¿Será que se considera á Numo un despechado? No.

Lo que en realidad hay es que toda esa rama de la administración corrompida con sus miasmas deletéreos infeccionan el ambiente. Y como el aire puro y bien oxigenado se separa del gaz sulfhídrico, así Numo se separó. Por hoy la opinión pública lo acompaña en el saneamiento que se impone.

Nuestro diario felicita al novelista y al hombre de verdadero carácter encuadrado dentro de la virtud y alejado del sensualismo.

La Reforma.

We have been favoured with a very interesting novel entitled *Elena*, from the pen of « Jacob Numo » (Juan M. Cobo). It is full of local colour and deals with a remarkable incident which occurred many years ago. The circumstances of the case are now properly explained and the author's character vindicated.

The Standard.

ELENA. — Ocultándose modestamente bajo el pseudónimo de Jacob Numo, el señor Juan M. Cobo ha publicado una interesante novela titulada « Elena », nombre de la protagonista.

Más que novela, pudiéramos decir que es una série de hechos tomados de la vida real y hábilmente hilvanados, en los que el autor pone de manifiesto las malas prácticas administrativas y judiciales que imperan en nuestro país. El tema, bajo este punto de vista, está tratado con toda amplitud.

El estilo en que la obra está escrita no se parece al de ninguno de los novelistas conocidos. Es propio y peculiar del autor, quien parece haberse atendido á una escuela especial para que su obra resultase de fácil lectura á todas las clases sociales. Y lo ha conseguido, pese á la Academia.

La Ilustración Sud Americana.

